
ESCRITO SOBRE
TU PIEL
LISBETH CAVEY

Escrito sobre tu piel

Lisbeth Cavey

Título original: Escrito sobre tu piel

© Lisbeth Cavey 2024

Diseño de portada y maquetación: Lisbeth Cavey

Imágenes de portada:

Bing Image Creator

123RF Rodrigobellizzi

Corrección: Sonia Martínez Gimeno

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

TABLA DE CONTENIDO

0
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29

30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
Epílogo

0

El hombre tiró de la muchacha con fuerza. La delicadeza no era su fuerte y quería acabar con el asunto cuanto antes. Ya estaba bien de contemplaciones y había aguantado demasiado. A decir verdad, desde un principio pensó en ella como en una inversión para cuando le hiciera falta el dinero, además, tenía otras miras más altas y con ella a su lado no podría llevar a cabo el negocio que le proporcionaría definitivamente la vida cómoda que ansiaba.

—No te resistas, maldita mujer. Ambos sabemos que es lo mejor. Entre nosotros no hay afecto, amor ni nada parecido. A decir verdad, nunca lo hubo, así que no entiendo por qué te cierras de ese modo.

—Déjame libre y no te molestaré nunca más, lo juro. Pero no me lleves a Inverness, por favor… —suplicó ella con lágrimas en los ojos.

—De ningún modo, querida. La única manera de librarte de mí es esta, que seas una buena chica y obedezcas. Estoy seguro de que habrá algún individuo lo suficientemente estúpido como para dejarse encandilar por tus encantos, si es que todavía te queda algo de encanto que ofrecer.

—Por favor, Simon, te lo suplico, ten piedad de mí, déjame ir —gimoteó con desesperación.

—Harás que al final pierda la paciencia —soltó Simon llevándose la mano al cinturón.

Ella negó con la cabeza mientras intentaba localizar algo con que golpearlo, pero no halló nada que pudiera dejarlo fuera de juego. ¿Cómo podría salir de aquel aprieto? Simon era prácticamente un gigante, un gigante sudoroso y repugnante. Nada más imaginárselo desnudo sobre ella le entraban arcadas y no era el momento de sentirse presa de las náuseas.

—Está bien, Simon, iré contigo, pero déjame al menos darme un baño, ¿no querrás que me presente ante nadie sucia y vestida con harapos? —apuntó ella en un intento de ganar tiempo.

—Nos retrasaríamos demasiado y ya es tarde. Me has hecho perder mucho tiempo y el tiempo, como el dinero, nunca sobra.

—Por favor… —se arrodilló mientras suplicaba.

Simon estuvo a punto de replicar, de negarse a demorar más lo inevitable. Aquella maldita mujer acabaría por desquiciarlo si seguía un minuto más en su casa, sin embargo, ella tenía razón. Bien arreglada y limpia sería mucho más atrayente y su valor se incrementaría más que si la llevaba a Inverness oliendo a estiércol.

—¡¡De acuerdo, pero date prisa, mujer!! —vociferó Simon.

Ella abrió mucho los ojos y le dedicó una amplia y falsa sonrisa, Simon le franqueó el paso y la mujer entró en la habitación, separada de la destartalada estancia principal por una cortina de tela de tartán.

Simon le ordenó a la única sirvienta que tenía que preparase un baño para la mujer y luego salió de la casa, no sin antes decirle a la vieja empleada que no perdiera de vista a su señora.

La sirvienta cumplió de inmediato con lo que le había ordenado su patrón y se dirigió con un caldero grande a la habitación de la señora. Sin embargo, no halló a esta en su estancia, lo único que encontró fue la ventana abierta y las finas cortinas flotando en el aire.

—¡Señor, señor, la señora se ha ido, ha salido por la ventana! —exclamó la anciana.

—¡¡Maldita sea!!, te dije que la vigilaras —la reprendió él.

—Lo siento mucho, mi señor, pero cumplí sus órdenes y fui a calentar agua para llevársela a la señora, no podía estar en los dos sitios a la vez —se excusó la empleada.

—Ahórrate tus patrañas y quítate de mi vista, saldré a buscar a esa desagradecida… —espetó, y luego añadió—: Dame el abrigo y la boina, rápido.

Además de todo eso, Simon tomó un fusil del armero y salió de la casa a paso vivo. Si ella pensaba que se había burlado de él, estaba equivocada.

Simon se adentró en el bosque con la seguridad de que acabaría por encontrarla. Así que buscó y buscó.

—¡Maldita seas, mujer! —exclamó.

Ella entró con sigilo en la casa y se dirigió a la que había sido su habitación durante los últimos años. Al huir de modo apresurado, no se había llevado nada, ni tan siquiera los ahorros que tenía escondidos detrás de un cajón en el que Simon nunca miraba. Era por ello por lo que había esperado pacientemente escondida en el granero a que él saliera a buscarla.

Era demasiado previsible y, como siempre, actuaba por instinto sin pensar bien las cosas. Ella estaba segura de que así sería de nuevo.

Con cuidado de no ser escuchada, entró en la alcoba y sacó el último cajón de la cómoda. Metió la mano hasta el fondo y sonrió cuando palpó su tesoro, que, de inmediato, extrajo y guardó en el corsé.

No se molestó en poner el cajón de nuevo en su sitio y se dispuso a salir de la casa, pero su sirvienta le salió al paso.

—¿A dónde cree que va, señora? —la interrogó con regodeo.

—Hazte a un lado —ordenó la señora con aplomo.

La sirvienta, que llevaba una escoba en la mano, negó con la cabeza.

—Tengo órdenes del señor…

—¡Y yo soy tu señora, así que no muerdas la mano que sacia tu hambre, desagradecida! —cortó la mujer en un intento de imponerse sobre su empleada.

—Creo recordar que el señor te iba a llevar a Inverness —apuntó la empleada tuteando a su señora y con un tono cargado de inquina.

—Por favor, solo déjame pasar, al señor puedes decirle que no me has visto, como si nunca hubiera estado aquí, ¿qué te cuesta? —suplicó la mujer desprendiéndose de nuevo de su dignidad y arrastrándose demasiado, comenzaba a pensar que no era más que un gusano rastrero.

—Está bien, pasa —anunció la empleada.

—¿De verdad?, muchas gracias, no sé cómo pagarte lo que haces por mí —dijo la mujer en un intento de contentar a la empleada, total, la dignidad ya la había perdido, estaba esparcida por el suelo.

—Puede que la mitad del dinero que te has guardado en el corsé sea suficiente pago —intervino la empleada mostrándole la palma de una de sus manos en posición horizontal.

Ella sopesó el hecho de perder la mitad de su pequeña fortuna, le había costado mucho hacer acopio de aquella cantidad de dinero y tener suficiente como para buscar su libertad, sin embargo, no había podido reunir tanto como necesitaría y si aquella harpía le mordía gran parte de este, podría pasar muchas dificultades para llegar a Edimburgo.

—La mitad es demasiado, necesito dinero para alejarme lo suficiente de este lugar, lo entiendes, ¿verdad?, tú has sido testigo de cómo me trata el señor.

—El señor es tu esposo, si de vez en cuando se permite azotarte, en su derecho está —intervino la anciana con una ojeriza sobrecogedora.

—El señor es un monstruo, no sé cómo he podido aguantar tanto tiempo. Compréndeme, eres mujer como yo, sabes muy bien que estamos en manos de nuestros maridos y si estos son buenos podemos ser dichosas, pero si son malvados como el señor, nuestras vidas se pueden convertir en el mismísimo infierno.

La anciana le dedicó a su señora una sonrisa de dientes faltantes.

—A mí no me importan tus motivos, pero sí el dinero, así que, si no me das la mitad, de aquí no saldrás.

La mujer bajó los hombros en señal de rendición y claudicó. Sacó el fajo de billetes de su escote y le dio la mitad a la sirvienta.

—Ves, no era tan difícil —anunció guardándose el dinero en el bolsillo de su mandil.

Se hizo a un lado y la mujer comenzó a caminar a paso rápido, atravesó la puerta y lo siguiente que vio fue el cañón del fusil de su esposo, que frío apretaba su frente.

1

Para Douglas Grant, joven terrateniente, la vida se tornó complicada desde que su padre falleció meses atrás. De ser libre y despreocupado a demasiadas preocupaciones.

Aquella mañana había abandonado Urquhart bien temprano, debía ir a Inverness para reunirse con su viejo amigo Callum, con el que estudió en la Universidad de Edimburgo en esos tiempos en los que no tenía prevista la muerte temprana de su progenitora.

Arribó a la ciudad y caminó por sus calles plagadas de gente, de caballos y carros, de bullicio y, sobre todas las cosas, la música eterna del río Ness, que parecía llamarlo hacia sus aguas de corrientes estrepitosas.

Corría el año 1740 y Douglas contaba con veintisiete primaveras.

Era un hombre muy alto, apuesto, de ojos y cabello castaños, de piel ligeramente tostada. Doug no tenía muchos amigos, era algo introvertido y valoraba la amistad por sobre todas las cosas, por lo que no intimaba con cualquiera.

Aquella forma de ser le había hecho ganar fama de huraño y frío, aunque, en realidad, Douglas no fuera nada de eso. No obstante, no le importaba demasiado que los demás pensaran aquello de él, incluso era de recibo que lo vieran como alguien con quien había que andarse con cuidado, ahora que era el señor de Urquhart.

Se había quedado solo, primero murió su madre, cuando él era solo un universitario. Una enfermedad larga y dolorosa se la llevó demasiado pronto, pues todavía era joven. Su padre pereció del mismo modo. En los alrededores se rumoreaba que la familia estaba maldita y que todos sucumbirían tarde o temprano a aquel extraño mal, que parecía carcomer a quien lo contraía hasta arrebatarle la vida.

Douglas no le temía a aquella especie de leyenda familiar, así que se limitaba a vivir al día y a mirar al futuro con curiosidad, ¿qué tendría preparado para él?

Por el momento, se había convertido en un joven y solitario señor del castillo, que contaba con los miembros más afines de su clan, escasos sirvientes y varios empleados, para llevar adelante su día a día.

Entró en la librería de su querido amigo, negocio que había heredado este de sus padres. Un verdadero paraíso en el que perderse en la gran marea de libros que se apilaban en estanterías y en todos los lugares habidos y por haber del local.

Douglas tardó tiempo en entender cómo Callum podía aclararse con tanto desorden. Cuando alguna vez se lo había preguntado, él había sido claro: «no hace falta orden en este lugar,

los libros tienen magia y son capaces de llegar a quien quiera leerlos de modo inexplicable».

Era una exposición algo extraña, pero Douglas la comprendió enseguida, en cuanto tropezó con un montón de libros apilados en el suelo y una joya de la literatura cayó en sus pies. Él la recogió, admiró la hermosa edición y la dejó de nuevo en su lugar.

—Los libros tienen su momento, amigo, quizá otro día —le susurró al ejemplar, a riesgo de parecer algo enajenado por hablar con él.

Doug volvió al momento presente y cerró la puerta tras de sí. Vio a Callum enseguida y lo sacó de golpe del lugar donde este hubiera ido, pues se hallaba embobado mirando un libro abierto ante él, tras el mostrador.

—Dios mío, Doug. ¡Qué sorpresa! ¿Qué te trae por aquí? —dijo Callum de corrido mientras salía de detrás del mostrador y le daba un abrazo a su amigo.

—Ya ves, me he decidido a salir de mi frío castillo por una vez —soltó Doug mientras rodaba los ojos.

—Mira que hacía tiempo que no nos visitabas, malnacido —Callum fingió un reproche.

De pronto, Megan, su mujer, apareció en el campo de visión de los dos hombres, luciendo su abultada tripa de ocho meses.

—¡Oh!, querido Douglas. Qué sorpresa. Nos visitas en el mejor momento, hoy cenamos en casa de los tíos de Callum, ¿por qué no vienes con nosotros? —inquirió ella acercándose a él, y, tal y como había hecho su esposo antes, le dio un fuerte abrazo.

—Me gustaría poder acompañaros, pero debo volver a Urquhart antes del anochecer —se excusó Doug rascándose la cabeza, señal inequívoca de que se sentía incómodo por poner una excusa sin cimientos.

—¿Quién te espera en la soledad de tu castillo, Doug? Oh, vamos, quédate, hace mucho que no nos honras con tu visita y ya sabes que mis tíos te adoran —insistió Callum, brazos en jarras.

Douglas atrapó todo el aire que fue capaz de albergar en sus pulmones y lo soltó de golpe antes de decir: «Está bien».

Megan y Callum se miraron con complicidad y alegría. Realmente estaban contentos de que Doug cenara con ellos, aunque tenían segundas intenciones que pronto él averiguaría.

Tras hablar un rato más de temas sin trascendencia, Doug y Callum salieron a beber unas cervezas a una taberna que no estaba muy lejos de la librería, y donde ya habían ido en infinidad de ocasiones en las anteriores visitas de Douglas a su amigo.

Desde la muerte de su padre no había vuelto por allí, eso sí.

Los dos hombres entraron en el local y se sentaron en una de las mesas. La tabernera acudió rauda a preguntarles qué querían beber, y de inmediato les sirvió unas cervezas.

—¿Cómo se encuentra Megan? —preguntó Douglas con interés—, en tu carta me dijiste que no llevaba muy bien el embarazo y no he querido incomodarla.

—Oh, los primeros meses fueron duros y estos están siendo más bien pesados, pero ya no se pasa el día vomitando y se encuentra mucho mejor, eso sí, se comporta de modo extraño y lo

mismo ríe que llora, espero que sea cosa del embarazo como dice mi tía y no se quede toda la vida así —dijo Callum dándole un trago a su cerveza.

—¿Megan? No, no te creo, si es una criatura de lo más adorable —rio Doug a sabiendas del carácter que se gastaba esta cuando se enfadaba.

—Todavía recuerdo el día aquel que llegamos de madrugada… —comenzó a decir Callum.

—Sí, cuando nos esperó y dijo que no era un caballo para que la dejáramos frente al abrevadero, que también quería pasarlo bien, que por qué no habíamos contado con ella —intervino Doug, divertido.

—A Megan no le gusta que la dejen de lado. No desea ser solo una esposa sin más, quiere ser mi compañera, mi amiga, y lo es, por mucho que se empeñe en decir que no la veo como tal.

—Es una buena mujer, y también una gran amiga. Me llenaría de dicha conocer a una mujer como ella —apuntó Doug algo envalentonado por los efectos de la cerveza.

Callum lo miró sorprendido.

—¿Doug?, ¿viejo amigo?, ¿eres tú? Madre mía, fíjate si estoy borracho que imaginé que decías que te gustaría conocer a una mujer, ¡una mujer! —bromeó Callum.

—Cállate, insensato, que se va a enterar toda la taberna —masculló Douglas.

Callum no podía parar de reír.

—Ahora en serio, me alegra que digas eso —dijo Callum con una mirada pícara que puso en guardia a Doug.

—¿Por? —preguntó Douglas con el ceño fruncido.

—Porque ya va siendo hora de que encuentres una esposa, amigo. Estás a punto de entrar en la treintena y jamás te he visto con ninguna mujer, bueno, salvo aquella vez que fuimos al…

—Shhh…, cállate. Si alguien llegara a enterarse de que estuviste con una cortesana pocos días después de tu boda… No sé qué haría Megan contigo, y conmigo por haberte cubierto las espaldas —apuntó Doug en voz baja.

—No hice nada con esa mujer, ya te lo he dicho muchas veces. Solo te acompañé porque necesitabas saber lo que era retozar con una hembra, tenías veintitrés años y todavía no lo habías hecho con nadie, por dios…

—Sí, tú explícaselo a Megan, seguro que no te cree, yo mismo no te creo, te conozco en demasía para saber que eres un buen pájaro, Callum MacKay —sentenció Doug.

—Qué poca fe tienes en mí, amigo —soltó Callum entre risas.

—Acabemos con la cerveza y volvamos junto a Megan, de lo contrario, la veo capaz de presentarse en la taberna y no sé en qué lugar nos dejará eso… —dijo Doug encogiéndose de hombros.

La casa de los MacKay estaba algo lejos de la librería de Callum. Él y Megan vivían en la planta de arriba de su negocio y sus tíos lo hacían en una pequeña granja de las afueras de Inverness, donde se había criado Callum. Ya había oscurecido cuando los tres amigos subieron al carruaje.

Lewis y Ada los esperaban en el interior de la casa, sentados ambos en sendos sillones junto a la chimenea. Eran prácticamente ancianos, aunque todavía se les veía vigorosos y se notaba que gozaban de una salud de hierro.

Tenían una granja de vacas *hairy coo* [1]y vivían de la carne y la leche que estas proporcionaban.

La cena transcurrió en un ambiente distendido, en el que Ada no dejaba de hablar del bebé que pronto nacería y al que podrían llamarle Ludovic, igual que su suegro, «que en paz descanse».

La cara de Megan era de verdadero terror, sobre todo cuando su esposo les siguió la corriente a sus tíos y afirmaba la hermosura de dicho nombre.

—Te juro que cuando lleguemos a casa lo mato —le dijo Megan a Doug al oído.

Douglas no pudo evitar que se le escapara el caldo por la nariz al estallar en carcajadas.

Megan lo fulminó con la mirada.

—¿Qué le ocurre, sir Grant?, ¿qué le hace tanta gracia? —inquirió Lewis a sabiendas de lo que estaba ocurriendo en torno a su esposa sin que esta fuera consciente de ello.

—Na-nada, solo es que Megan es muy graciosa y me contó algo muy divertido al oído. Va, Megan, deléitanos a todos con tu arte para el humor… —soltó Douglas para salir del aprieto.

Megan lo miró con los orificios de la nariz muy abiertos, a punto de descargar toda su furia con él, sin embargo, en lugar de enfadarse, estalló en estridentes carcajadas. Todos la secundaron, menos Ada, que seguía sin entender qué gracia tenía que le pusieran al chiquillo el nombre de su suegro.

2

Douglas se había quedado a dormir en casa de sus amigos y se levantó bien temprano con el fin de ponerse en camino pronto, para llegar a Urquhart cuanto antes. Sin embargo, Callum, que intuía sus intenciones, le esperaba junto a la puerta de su casa.

—¿Ibas a marcharte sin despedirte? —inquirió con fingido enfado.

—No, bueno, sí, no quería molestaros, y como ayer ya nos despedimos tras la cena con tus tíos —se excusó Doug.

—Bueno, te lo acepto, siempre que me acompañes al mercado, he de ver a un cliente que dice que tiene varios libros que pueden interesarme. Lo de siempre, personas que se ven apuradas con el dinero y acaban por vender hasta su alma, y lo peor, suelen deshacerse de su biblioteca. ¿A quién demonios se le ocurriría deshacerse de los libros que le han acompañado durante una vida? En fin, aunque no me guste, a mí me conviene, ya sabes, amigo mío, el negocio —argumentó Callum con su acostumbrada verborrea.

Douglas rodó los ojos.

—De acuerdo, pero no me enredes más, en cuanto veamos a ese cliente tuyo, me marcharé. Tengo asuntos que requieren mi presencia en Urquhart —masculló Doug señalando a su amigo con el dedo índice.

—Que sí, que te dejaré en paz para que vuelvas a darle de comer a la criatura que habita el lago —rio Callum.

—Ya estamos otra vez con eso, sé que te puede parecer extraño, pero yo he visto al animal que vive en el lago, era grande, a decir verdad, muy grande.

—Son viejas leyendas, y muchas veces las personas ven lo que quieren ver, influidos por lo que cuentan otras —apuntó Callum con esa actitud intelectual que solía poner cuando intentaba hacerse el interesante.

—Habló el que dice que no ordena los libros de su negocio porque tienen magia y se acercan a los clientes ellos solitos —intervino Doug.

Callum aspiró una gran bocanada de aire y se tapó la boca para no despertar a su esposa con las carcajadas que estaban a punto de estallar.

—Vámonos, venga, antes de que Megan se levante.

Los dos hombres caminaron hacia el mercado de Inverness mientras hablaban de forma distendida de sus batallitas en la universidad de Edimburgo. Cuando llegaron a la plaza donde los

comerciantes locales exponían toda clase de artículos, tanto alimentarios como artesanos, Callum le pidió a su amigo que aguardara fuera de uno de los edificios que la rodeaban.

—¿Así que para eso me has traído aquí?, ¿para dejarme solo a mi suerte en esta plaza atestada de gente?, sabes que no me gustan nada los lugares tan concurridos, demonios —lo reprendió Doug.

—No seas cascarrabias, no tardaré mucho. Date una vuelta por el mercado, quizá encuentres algo que te alegre ese tono agrio que tienes esta mañana —dijo Callum, divertido, mientras entraba en el edificio.

Douglas se quedó solo, en medio de todo el barullo del gentío que iba y venía entre los tenderetes de los marchantes.

Decidió dar una vuelta y buscar un sitio menos atestado de gente. Lo encontró bajo un soportal, al otro lado de la plaza y desde donde podía observar la entrada del edificio al que había accedido Callum.

De pronto, vio una escena que le llamó la atención en demasía. Un hombre muy alto y orondo llevaba atada por una cuerda de la cintura a una mujer menuda y sucia de barro y, con toda probabilidad, de estiércol.

Ella caminaba con la cabeza alta, a decir verdad, era de admirar la entereza de la fémina, que lejos de mirarse los pies como él mismo creyó que haría de hallarse en semejante situación, se mostraba al mundo, manteniendo su dañada dignidad a flote.

Sabía de qué se trataba aquel asunto, ya lo había vivido en una única ocasión en una taberna, en una de sus visitas a Inverness algunos años antes.

Esa mujer sucia y desmadejada iba a ser vendida por su marido. Era la forma rápida de quitarse de encima a una esposa y quedar libre de obligaciones con ella.

Al momento, la extraña pareja se detuvo ante un hombre que recibió algunas monedas por parte del esposo de la interesada. El marchante arrastró entonces una especie de tarima medio podrida de madera y le indicó a la mujer que subiera. Ella lo observó con desprecio y, sin mediar palabra, le escupió a la cara.

Douglas observaba con los ojos muy abiertos, sin poder dejar de contemplar aquella escena.

El marido se acercó a su todavía esposa y le abofeteó la cara ante la multitud impasible que caminaba en derredor.

—¡¡¡Maldita mujer, como vuelvas a hacer algo semejante, te azotaré hasta destrozar tu bonita cara!!! —bramó el individuo.

Ella le dedicó una mirada furiosa.

—Acabemos de una vez, Simon —masculló con una expresión difícil de identificar, aunque se pareciera muchísimo a la impotencia.

Simon miró al marchante con complicidad y este comenzó a vociferar.

—¡Hermosa mujer en la flor de la vida!, ¡nunca ha tenido hijos y, como pueden apreciar, tiene caderas anchas para poder traer al mundo unos cuantos niños regordetes! No se dejen engañar por su sucia apariencia, bajo su harapienta presencia hay una hermosa mujer esperando

poder complacerlos. No se arrepentirán.

De inmediato, varios hombres se acercaron al lugar y se arremolinaron alrededor. Uno de ellos se atrevió incluso a acercarse a la mujer, subirse a la tarima e intentar tocarle un pecho. La mujer se revolvió furiosa y lo empujó, haciéndolo caer al suelo.

—¡Maldita bruja! —exclamó el tipo.

—Puede mirar, pero no tocar, amigo —dijo el marchante con su voz cantarina.

Varias voces ofreciendo cantidades irrisorias de dinero se escucharon de fondo. El marido negaba con la cabeza y le decía algo al oído al marchante.

—Esta mujer vale mucho más de lo que ofrecen, señores, ya les he dicho que es joven y aun con toda esa mugre, no se puede negar que es una verdadera preciosidad.

Douglas seguía sin poder quitar la vista de la escena, estaba paralizado, aterrado incluso, ¿cómo alguien podía mercadear de semejante forma con una mujer?, y lo peor, ¿con la mujer que alguna vez había amado y era ni más ni menos que su esposa?

Sin saber cómo lo hizo, ni siquiera fue consciente de ello, cruzó una mirada con la mujer y algo se rompió en su interior, algo que le hizo hablar y ofrecer una cantidad por ella.

Negó con la cabeza instintivamente, ¿por qué había hecho eso?, ni él lo sabía. Lo único de lo que fue consciente enseguida fue de que aquella mujer pasaba a ser su esposa desde ese mismo instante y de que el que había sido su marido durante vete a saber cuánto tiempo, recogía el dinero que Douglas había puesto en su mano y comenzaba a caminar a paso rápido sin mirar hacia atrás.

De pronto, ahí estaba, ante la mujer que olía a estiércol sin saber qué decir o hacer. Ella lo observó con curiosidad, le dedicó una leve reverencia, entonó un: «gracias», y se alejó a la carrera.

Callum llegó hasta donde Douglas estaba y se plantó ante él haciendo aspavientos.

—Cualquiera diría que no oyes, mal amigo. Llevo un buen rato llamándote, además, ¿quién era esa mujer con la que hablabas?

—Mi esposa, Callum, mi esposa.

3

Mientras tomaban una última cerveza, esta vez sugerida por el mismo Douglas, este le contó a su amigo lo acaecido en el mercado.

—Repítemelo, porque todavía me hallo impresionado por tu relato. Corrígeme si me equivoco, me voy un ratito pequeñito, pero que muy pequeñito, y cuando vuelvo eres un hombre casado con una mujer por la que has desembolsado una gran cantidad de dinero, ¿cierto? —dijo Callum entre palabras atropelladas.

—Lo sé, ha sido una estupidez, pero si tú hubieras presenciado la escena, estoy seguro de que, de estar soltero, habrías hecho lo mismo que yo —se excusó Douglas.

—A ver, lo hubiera hecho quedándome luego con la mujer. Soltar el dinero para irme con las manos vacías, perdóname, Doug, amigo, pero mira que eres inocente… —intervino Callum mientras negaba con la cabeza.

—Tú no la miraste a los ojos, no viste los horrores por los que ella había pasado y su grito silencioso pidiendo justicia. Fue por ese motivo por lo que di el dinero y con ello compré su libertad —sentenció Douglas.

—Eres demasiado bueno, amigo. Ella podría haberse quedado contigo, al menos por gratitud —apuntó Callum ladeando la cabeza.

—El día que una mujer se quede a mi lado, quiero que lo haga por amor, no por agradecerme que la haya librado de un mal marido.

Sin comer y con la reprimenda de Megan por no quedarse y partir con el estómago lleno, Douglas puso rumbo a Urquhart. Él mismo conducía su carruaje y se deleitaba con el paisaje que le ofrecía su tierra.

De pronto, sintió su estómago rugir con fiereza y decidió hacer una parada. Megan le había preparado comida por si en el camino de regreso se sentía hambriento, como sabía que ocurriría, pues Douglas era hombre de buen comer.

El *highlander* descendió del carruaje, abrió la portezuela de la caja y se introdujo en esta. Era algo inusual que viajara con el carruaje que en Urquhart casi estaba en desuso. Sin embargo, le pareció una buena idea por el estado de Megan, por si tenían que desplazarse, como efectivamente hicieron a casa de los MacKay.

Cuando echó mano a la cesta que le había preparado Megan, la halló prácticamente vacía, y encontró migas en el asiento, además de un olor bastante desagradable que parecía haberse

quedado aferrado al interior del habitáculo.

Douglas miró la comida, incrédulo, ¿se habría colado algún ratón en el carruaje?, era poco probable, aquel ratón debía ser muy grande teniendo en cuenta el tamaño de la mordedura que había dejado en una de las manzanas que había en el piso.

—¡Sal de dónde estés, malnacido! —exclamó Douglas.

Silencio y ni el más mínimo indicio de que hubiera alguien más en el interior del carruaje, ¿dónde diablos podría esconderse sin ser visto?

De pronto, al levantar la cabeza, vio pasar algo, una figura que corría y se escondía.

Douglas salió del carruaje y miró en dirección a donde había visto al individuo.

—¡Da la cara, si tienes hambre solo tienes que decirlo, no tengo problema en compartir lo poco que has dejado contigo! —bramó Doug.

Nada, silencio, solo el trino de los pájaros lo rompía de modo suave. Douglas se encogió de hombros, y cuando iba a sentarse en el pescante para emprender la marcha de nuevo, pues se le había quitado el hambre, notó como un pequeño quejido, que no era otra cosa que una de las portezuelas del carruaje.

Douglas descendió con premura del pescante y con rapidez abrió la portezuela, en esta ocasión lo vio, estaba en el piso, intentando salir por el otro costado.

Agarró al individuo por un tobillo y tiró de él hacia sí mismo. El muchacho, porque no debería ser más que eso, llevaba una de sus capas y se revolvía con fiereza. Incluso se permitió darle una patada a Doug en sus partes nobles.

—Será posible, ahora verás, desgraciado, te voy a enseñar que nadie roba a un Grant sin sufrir las consecuencias —espetó Douglas agarrando al hombrecillo por la cintura con fuerza y sacándolo del carruaje con ímpetu.

El muchacho cayó al suelo y retrocedió hacia atrás, asustado. Fue entonces cuando Douglas se dio cuenta de que tenía una larga y sucia cabellera que asomaba por la capucha de la capa y que no era un muchacho.

—¡¡Tú!!

4

Douglas y la mujer estaban sentados sobre unas piedras. Un trozo de tela de tartán se hallaba en el suelo y les hacía de improvisado mantel. En él, el highlander había dispuesto lo que quedaba de las viandas que le había dado Megan y ambos comían en silencio, mientras se dedicaban miradas cautelosas.

La mujer devoraba la comida con el ansia de los que apenas se llevaban alimento a la boca, y, a decir verdad, la delgadez de su figura, su rostro pálido, ojeroso y de pómulos salientes denotaban que Doug estaba en lo cierto al imaginar el hambre que habría pasado la fémina durante su vida.

—¿Cómo te llamas? —inquirió de pronto Douglas.

La mujer alzó la cabeza y clavó sus dos ojos marrones sobre los del hombre que se encontraba frente a ella. Terminó de masticar y engulló el trozo de pan que tenía en la boca y respondió:

—Gabriella…

—No eres de por aquí, ¿verdad?

—Soy medio española.

—Una española en las Tierras Altas, hacía tiempo que no veía a ninguno de los tuyos.

—En realidad, soy de Inverness, mi padre llegó para la revuelta jacobita de 1719 en un barco procedente de Cádiz, en España. Cayó herido y el destino hizo que mi madre lo cuidara, fue amor a primera vista.

—¿Y cómo acabaste casada con un malnacido? —inquirió Doug, curioso.

Gabriella agachó la cabeza.

—Mis padres murieron cuando yo era todavía muy pequeña. Unos hombres entraron en nuestra casa y los asesinaron a sangre fría. Yo pude escapar y llegué a casa de mi abuelo. Él me crio, y, cuando consideró que tenía edad para casarme, me entregó.

—Pero de eso no puede hacer mucho tiempo, pareces muy joven —intervino Douglas.

Gabriella se encogió de hombros.

—Tengo diecinueve años, hacía cinco que estaba casada con Simon… —dijo la muchacha con una dureza implícita en la voz.

—Entiendo… —Douglas no sabía qué decir, le parecía una aberración que una niña,

porque Gabriella era apenas una mocosa cuando su abuelo la casó con ese hombre, quien al menos le cuadruplicaba la edad, fuera entregada como mera mercancía.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —Gabriella tragó saliva y alzó el mentón. Douglas asintió con la cabeza—. ¿Por qué me compró?

Douglas a punto estuvo de atragantarse con el pan que masticaba en ese mismo instante. ¿Qué podría decirle?, que sintió lástima, que la vio tan digna en aquella tarima, defendiéndose de los desgraciados que pretendían tocarla, que le pareció un animal enjaulado, que hubo algo en su mirada que lo instó a ofrecer dinero por ella, para luego dejarla en libertad.

—Eras libre, ¿por qué me seguiste? Yo no puedo hacerme cargo de ti, estoy demasiado ocupado con mis asuntos y no entra entre mis planes tener esposa, al menos de momento —dijo entre palabras atropelladas.

Gabriella lo observó con extrañeza.

—No ha contestado mi pregunta —anunció de pronto.

—¡Los motivos no son de tu incumbencia! —exclamó Douglas con una voz fuerte y autoritaria, esperaba así que ella dejara de hacer preguntas que a él le resultaba difícil responder.

—Usted me compró, no puede deshacerse de mí como si nunca lo hubiera hecho, ahora soy su esposa —replicó Gabriella haciendo aspavientos.

—¡¡¡He dicho que no quiero una esposa, demonios!!! —bramó él de pronto.

Gabriella reculó, no le gustaba que le gritaran, Simon era especialista en intimidarla con la voz. Así que se armó de valor y masculló:

—No me grite, no lo haga nunca más.

Douglas cerró los ojos, él no era un hombre de perder los nervios con facilidad, sin embargo, aquella muchacha, con sus preguntas, había conseguido turbarlo.

—Lo siento, no debí hacerlo. No volverá a ocurrir, pero te pido a cambio que dejes de hacerme preguntas incómodas. No importan los motivos, ahora eres libre y puedes hacer lo que gustes de tu vida —argumentó Douglas, todavía decepcionado consigo mismo por el trato que le había dispensado a la muchacha.

—Está bien…

—Se está haciendo tarde y debo ponerme en marcha. ¿Puedo llevarte a algún sitio?, ¿a casa de algún familiar? —preguntó Douglas sintiéndose estúpido al acto.

—Estoy sola, señor. Si usted me lleva a su casa, puedo trabajar. Nadie tiene por qué enterarse de lo ocurrido esta mañana, de cómo nos conocimos —expuso Gabriella como si hubiera venido ensayando todo el camino qué le iba a decir al hombre que la había liberado de Simon.

—Ya tengo empleados y no nado en la abundancia…

—Pero seguro que no tiene a nadie que sepa remendar, tejer la lana y hacer los mejores guisos de todo Inverness. Por favor, solo será un tiempo, hasta que consiga el dinero suficiente como para poder vivir por mi cuenta. Pasé años ahorrando, sisándole dinero a escondidas a Simon, y haciendo pequeños trabajos para algunas conocidas que me guardaban el secreto. Pero

él y su sirvienta me lo arrebataron todo, necesito dinero para llegar a Edimburgo.

—¿Y qué hay en Edimburgo?, me acaba de decir que está sola…

—Hay una universidad.

Douglas abrió los ojos como platos.

—Sí, la conozco, cursé mis estudios en ella. Pero eres una mujer, dudo mucho que te permitan estudiar allí.

—Haré lo que sea, sé imitar muy bien los gestos de los hombres, y puedo disfrazarme de uno de ellos.

Douglas frunció el ceño, aquella muchacha menuda difícilmente pasaría por uno de los estudiantes de la universidad de Edimburgo.

—¿Y por qué tienes tanto interés en estudiar en la universidad?

—Porque no me resigno a saber hacer las labores de una casa, complacer a un marido y…

—Hijos, ¿no te ves a ti misma como una madre?, ¿eso es lo que quieres decir?

—No se trata de eso —espetó Gabriella, sorprendiendo a Douglas.

—¿Entonces? —inquirió el *highlander* con los ojos entornados.

—Si no acepta mi propuesta, solo tiene que decirlo, pero no voy a responder a más preguntas. Tengo derecho a luchar por mis sueños, tenga en cuenta que intentaron quebrarlos cuando solo era una niña, es más, fueron esos sueños los que me ayudaron a seguir hacia delante, a aguantar un día más junto a ese maldito bastardo.

—¿Y por qué no te marchaste?, podrías haberte ido en un descuido de tu esposo y buscar ayuda —intervino Doug.

Gabriella esbozó una sonrisa irónica.

¿Para qué iba a responderle a eso?, ella sabía que en las ocasiones que intentó escapar, Simon siempre la encontró y el castigo fue ejemplar. Había aprendido a saber esperar, lo que no imaginaba era que su esposo se enamorara de otra y decidiera quitársela de encima.

—¿Me va a dar cobijo en su casa, o no?

5

El castillo de Urquhart se le antojó a Gabriella un lugar idílico. Lejos de su apariencia pétrea y su imponencia, era hermoso, pero estaba semiderruido, ¿cómo podía vivir aquel hombre en un lugar así?

Estuvo tentada a hacerle la pregunta, aunque se contuvo, no era de recibo andar haciéndole ascos a la generosidad del individuo que la había librado de Simon. Cayó en la cuenta entonces de que no sabía su nombre, era lo primero que él le había preguntado, sin embargo, no se presentó y ella se empecinó en saber por qué la compró.

El lago Ness era el telón de fondo para una estampa idílica de decadencia, que tenía un deje de romanticismo implícito que cautivó a Gabriella de inmediato.

Douglas la instó a seguirlo y, tras sortear las ruinas de lo que en su día fueron edificios y dependencias del castillo, arribaron a la torre y comenzaron a subir.

—Mi familia se resistió a abandonar el castillo después de que a finales del siglo XVII lo destruyeran. Reparamos la torre y la convertimos en nuestro hogar. Teníamos suficiente, pues es bastante grande, como puedes ver.

Gabriella miraba a todas partes, admirando lo acogedor de la improvisada vivienda.

De pronto, Douglas se paró delante de un portón y lo abrió, un chirrido se escuchó, pues hacía mucho tiempo que aquella estancia no se abría para nadie.

—Podrás dormir aquí, no te preocupes, le diré a Morna que adecente tus nuevos aposentos, debe andar por aquí cerca. ¡¡Morna!!, ¡¡Morna!! —vociferó, pero solo le respondió la brisa que se colaba por los ventanucos.

Douglas se encogió de hombros.

—Yo misma lo haré, pero agradecería poder darme un baño, el día ha sido largo y…

—Hueles fatal, sí —terminó la frase Douglas sintiéndose un verdadero imbécil; cada vez que abría la boca, lo hacía para soltar algo inadecuado, ¿qué demonios le ocurría con aquella mujer?

Gabriella se encogió de hombros.

Douglas la condujo a una sala donde había una tina y todo lo indispensable para prepararse su baño. Incluso había un hogar con leña, que Doug hizo prender para poder calentar el agua necesaria.

Estaré en el salón principal.

Gabriela torció el gesto.

—Está justo debajo de esta planta, es la estancia donde hay…

—Una gran cabeza de ciervo —terminó ella, era lo que más le había llamado la atención al recorrer la estancia.

—Exacto —confirmó Douglas relajando sus tensos hombros.

Cuando Douglas se hubo marchado y su baño estuvo preparado, Gabriella se introdujo en la tina y se dejó mimar por el agua caliente y el tacto del jabón en su cuerpo. Se relajó a la luz de las velas y pensó entonces en todo lo acaecido durante la jornada.

Aquella mañana creyó que por fin podría huir de Simon, pero este, como siempre, fue un paso por delante de ella, la conocía tan bien. Solo pensar en él hizo que su momento de abstracción se viera empañado. Decidió que ya bastaba de recordar hechos desagradables y a personas a las que le gustaría no haber conocido jamás.

Todavía era joven y tenía mucha vida por delante. Aquel sueño imposible podía hacerse realidad, llevaba tanto tiempo evocándolo en su imaginación. Edimburgo, ¡qué bien sonaba aquella palabra!, fue el hermano de Simon, un hombre agradable, muy diferente a su mellizo, el que habló de aquella universidad en la que él había trabajado durante años dando clase. Cuando supo que Gabriella no sabía leer ni escribir, se ofreció a enseñarla. Simon se negó en un principio, pero Albert, su hermano, consiguió convencerlo. Fueron varias semanas de arduo trabajo, primero identificar las letras, luego las sílabas, al final las palabras, sabía leer y los libros se convertirían en sus fieles compañeros, esos que la ayudarían a evadirse. Respiró profundamente al recordarlo. Incluso sintió añoranza, aquel hombre era bueno y noble, no como su hermano.

Sin embargo, las buenas personas que llegaban a su vida tenían la manía de morirse y a Albert le ocurrió lo mismo. Se quedó algún tiempo en casa de su hermano Simon, la misma que había sido de sus padres con anterioridad, el lugar donde nació. Los médicos le habían dicho que se moría, y que con suerte duraría un año. Duró dos, y murió una mañana de invierno, Gabriella sujetaba su mano, sabía que con él se iba la única persona importante que tenía en aquel momento a su lado. Cuando volvió al presente se dio cuenta de que las lágrimas resbalaban por su rostro.

—He de estar feliz, si he llegado a este lugar, si la providencia ha hecho que este hombre se cruce en mi vida, por algo será —susurró.

Se enjugó la cara con agua y sonrió. Era libre… Libre.

Pasó un periodo de tiempo que Gabriella no supo identificar, se había permitido el lujo de cerrar los ojos y respirar profundamente, hasta relajarse y sentirse en paz, plena.

Fue entonces cuando dio un respingo. Se percató de que no tenía ropa con qué cambiarse. No podía por nada del mundo volver a ponerse los harapos sucios de estiércol, ¿para qué le serviría entonces darse aquel baño?

Se llevó la mano a la boca y ahogó una risita. ¿Se habría percatado aquel hombre de que ella no podía bajar al salón como su madre la trajo al mundo?

Parecía ser que no, así que miró a todas partes de la estancia, buscando algo con qué ataviarse. Tras varios minutos creyó ver un trozo de tela en un estante pequeño de un mueble que

había cerca de la entrada.

Salió de la tina y se secó con los paños, eran pequeños y no cubrían su cuerpo. Se aproximó entonces al mueblecito y tiró del tejido.

El trozo de tela era idéntico al que aquel hombre había extendido en el suelo para comer horas antes. Se envolvió en él y se dispuso a bajar al salón.

Gabriella descendió los peldaños que la conducían a la planta inferior descalza. Hacía frío y la piedra del piso no contribuía a que se sintiera reconfortada. Cuando estuvo frente a la puerta del salón respiró profundamente, el olor a leña se coló en sus fosas nasales y el calorcito del hogar hizo que tuviera prisa por estar ante el fuego, tanta que no se dio cuenta de que el improvisado atuendo que llevaba se había enganchado con algo que no supo identificar. Aquello fue rápido, muy rápido. Estaba desnuda, completamente desnuda. Y él estaba ahí plantado delante de ella.

El hombre tragó saliva, sin poder dejar de contemplarla.

Gabriella miró en derredor buscando el trozo de tela, pero la escasa luz que emitía la llama del hogar no le facilitó la tarea.

Masculló varias maldiciones y consiguió encontrarlo en el suelo. Se envolvió de nuevo con premura y torpeza.

Cuando estuvo segura de que no se veía nada que pudiera avergonzarla, dirigió una mirada equivalente a la de dos flechas ardientes a aquel individuo que la había observado embobado durante lo que a ella le había parecido un siglo.

—¿Se puede saber qué miras? —inquirió en un tono cargado de falsa indignación.

—Lo siento, yo…, debí pensar en que no tenías nada que ponerte, no se me ocurrió, no estoy acostumbrado… En fin, espera…

El *highlander* salió de la estancia y se le escuchó trotar escaleras arriba.

Minutos después apareció con un vestido que tenía un olor algo notable a humedad.

—Era de mi madre, hay alguno más en el armario de mis aposentos. Eran las antiguas habitaciones de mis padres y…

Gabriella le dio las gracias y soltó de pronto:

—Date la vuelta, por favor.

—Sí, sí… De acuerdo —Douglas obedeció, pero fue consciente enseguida de que en la ventana cerrada se atisbaba el reflejo de Gabriella, vistiéndose con gestos delicados.

Sonrió. Jamás imaginó que aquella mujer fuera tan hermosa. La imagen de Gabriella entrando en la sala completamente desnuda, sería algo que no olvidaría jamás, de ello estaba seguro, al igual que no había olvidado aquella ocasión en la que vio a la criatura del lago Ness.

6

El silencio se había instalado entre Douglas y Gabriella. Él permanecía sentado mirando al fuego del hogar, sin decir nada. Era como si la noche hubiera sellado sus labios.

Gabriella se sentía incómoda. Aquel hombre le había facilitado un vestido, pero nada más. Ni siquiera llevaba unos tristes calcetines para calentar sus pies. Por ello, se atrevió a sentarse en el suelo, frente a la chimenea. Y tal como él hacía, se dejó llevar por el vaivén del fuego. Ello hizo que de repente sintiera sueño, mucho sueño.

Douglas estaba en la misma situación, llevaba varios minutos cabeceando e irguiéndose de sopetón. Por nada del mundo quería que Gabriella escuchara sus atronadores ronquidos. Aunque se había despertado ya en medio de un par de ellos.

Escuchó una risita furtiva.

—Duerma tranquilo —dijo de pronto ella—, yo también ronco y bien fuerte.

Douglas asintió extrañado.

—¿Lo dices para que no me sienta mal? —preguntó él, sin poder creer que aquella dulce criatura emitiera ronquidos más grandes que ella misma.

—No… Es cierto, Simon siempre decía que parecía una cerda… Pero ¿qué hago hablando de Simon?, no importa —soltó una risita nerviosa—. Me muero de sueño, ¿le importa que me retire?

—No, puedes retirarte, no hace falta que me pidas permiso para ello. Yo también me iré a dormir —dijo de pronto Douglas levantándose del sillón.

Él se adelantó y salió de la estancia, Gabriella lo siguió. Ambos subieron a la planta superior. De nuevo, sus pies descalzos le pasaron factura, ansiaba calentarlos con urgencia.

—Es aquí —anunció de pronto el *highlander* al ver que Gabriella estaba algo confundida en su nuevo hogar, y, de inmediato, siguió adelante y se internó justo en la habitación contigua, cerrando la puerta tras de sí y dejando a Gabriella totalmente extrañada por su actitud.

La muchacha entró en la estancia, que al final, con todo el trajín del baño, no había adecentado. Pensaba que hallaría un lugar dejado y sucio, por el contrario, aquella alcoba le pareció muchísimo mejor que la que compartía con Simon en su antigua vida.

Su antigua vida…

Gabriella respiró profundamente y se dejó caer en la gran cama de madera tallada. Una nube de polvo se alzó a su alrededor. En la mesita que había junto al lecho titilaba una lámpara

de aceite. Un viejo armario se hallaba a su derecha, contra la pared, y en frente, una pequeña chimenea. No muy lejos, un gran baúl. Había una puerta que conducía a otra estancia, pero Gabriella estaba tan cansada y tenía tanto frío que se metió en la cama y se tapó hasta la cabeza.

Antes de cerrar los ojos, dio gracias a Dios porque su vida hubiera cambiado. ¿Qué le depararía el futuro?, no podía ni siquiera hacerse a la idea, lo único que le decía su corazón era que se abría ante ella un nuevo horizonte que se ocuparía de alcanzar algún día.

Era bien temprano cuando Gabriella abrió los ojos. Unos gritos atronadores la espantaron.

Cerró los ojos de nuevo y se mordió el labio inferior.

De un brinco, saltó de la cama y corrió para dirigirse hacía dichos gritos. Halló a una mujer gruesa y bastante alta, con el pelo entrecano, cara de pocos amigos y valientes, que se quejaba por el estado en el que había encontrado la tina y el suelo de la habitación que la albergaba.

—Lo siento, lo siento… —dijo de pronto Gabriella entrando en la estancia como una exhalación —lo recogeré yo misma.

—¿Se puede saber quién eres y qué haces aquí? —inquirió la mujer brazos en jarras.

—Me llamo Gabriella y soy… —se lo pensó mucho antes de añadir—: la nueva sirvienta.

La mujer que Gabriella dedujo que debía ser Morna la observó con desprecio y hasta diría que con despotismo.

—Este lugar es demasiado pequeño para dos sirvientas, no me hace falta ningún tipo de ayuda, así que, por mí, puedes marcharte por dónde has llegado. Además, ¿qué demonios haces con el vestido de *lady* Emily?

—Me lo dio el hombre que…

—Sir Douglas Grant es el señor de estas tierras —la cortó Morna con autoridad.

—Así que se llama Douglas —dijo Gabriella haciendo que sus pensamientos se materializaran en su voz.

Morna se cruzó de brazos.

—Tendré que hablar muy seriamente con él, si es verdad que te ha empleado en este lugar. Apenas hay sitio, como ves, está prácticamente en ruinas y la parte que se destina a la vivienda del señor no necesita demasiadas atenciones. Además, no hay sitio en mi casa para ti.

Gabriella arrugó el ceño.

—No hace falta, me alojaré en la habitación que Douglas, digo, el señor de estas tierras me ofreció anoche.

Morna abrió la boca haciendo que esta se transformara en un agujero profundo y oscuro.

—El servicio no vive en la casa del señor, niña. Rory y yo vivimos en uno de los pocos edificios que quedan en pie en la fortaleza. Quizá mi esposo pueda habilitar la antigua despensa del castillo para que vivas allí. Hablaré con el señor sobre el tema. Es demasiado generoso… —masculló mientras abría las ventanas y una ráfaga de aire gélido se colaba y llegaba hasta los mismísimos pies ya congelados de la muchacha.

Gabriella asintió con la cabeza. El día anterior habían llegado de forma apresurada y Douglas no parecía tener idea de qué hacer con ella, así que quizá ese fuera el motivo por el que le había ofrecido una habitación en su morada.

—Necesito ropa adecuada para trabajar —anunció de pronto Gabriella.

Morna la observó de arriba abajo y se detuvo en sus pies desnudos.

—Por dios, niña. Esos pies están más muertos que vivos, ven conmigo, te buscaré algo que ponerte. La ropa que había esparcida por el suelo irá de cabeza a la hoguera.

—Me parece bien —aceptó Gabriella, pues no quería nada de su antigua vida.

—¿De dónde has salido tú?, por cierto… Olía a mierda de vaca nada más entrar en la torre.

Gabriella soltó un suspiro largo y enérgico.

¿Qué podría decirle a aquella mujer?, si le decía que había salido del mismísimo infierno no la creería. Solo hacía un día que había escapado de las fauces de Simon y ya veía tan lejos aquel agujero oscuro que no se le ocurría otro modo de responderle a Morna que:

—De la cara oculta de la luna, señora Morna.

Morna rodó los ojos y negó con la cabeza.

—Déjate de acertijos y ven conmigo, hay mucho trabajo que hacer.

Gabriella siguió a la mujer y ahogó una risita, tan solo unos minutos antes le había dicho que en aquel lugar no había apenas trabajo y mucho menos sitio para dos sirvientas.

7

Douglas se levantó temprano aquella mañana, todavía el sol no había hecho acto de presencia y daba la sensación de que, si lo hacía, sería un sol mortecino y sin apenas vida. Las nubes lo abrazarían durante todo el día, como muchas mañanas de invierno.

Mientras se vestía pensó por un momento en la mujer que dormía muy cerca de él, en la habitación contigua. Era tan bella, no había podido dejar de evocar durante toda la noche su cuerpo desnudo. Mas volvió a la realidad de inmediato. No le parecía de recibo pensar en una mujer que había conocido en semejantes circunstancias y que compró para que pudiera tener una vida, no para hacerla suya, aprovechándose de las circunstancias. ¿En qué lo convertiría aquello?, ni más ni menos que en uno de los hombres de boca aguada que la miraban como si fuera una montaña de oro, cuando menos.

Desterró sus pensamientos lujuriosos y terminó de vestirse y asearse. No probó bocado. En la cocina había escuchado a Morna trastear con los cacharros, pero no tenía ganas de enfrentarse a ella, lo obligaría a comer y nada le entraba en el estómago, así que salió de la torre con sigilo.

Se dirigió a las caballerizas y saludó al viejo Rory, el esposo de Morna, que cepillaba a uno de los cuatro caballos que poseía.

—Buenos días, parece que va a llover hoy, muchacho —le devolvió el saludo el anciano.

Rory tenía al menos veinte años más que su esposa Morna. Había visto nacer a Douglas y era la mano derecha de su padre cuando este estaba en vida. Tanto él como Morna lo llamaban por su nombre y solo cuando había invitados se dirigían a él con tratamientos más formales.

—Sí, pero igualmente voy a salir, he de ver a varios terratenientes. Ensillaré a Curran —anunció Douglas.

—Espera, muchacho, yo lo haré —dijo Rory, solícito.

Douglas lo dejó hacer, Rory sentía que, por su avanzada edad, su señor intentaba facilitarle el trabajo, si bien, él no quería que hiciera eso. Era un hombre de tradición que respetaba por encima de todo las viejas costumbres y el estatus social de cada uno, aunque luego fuera el primero en tratar a su señor con la familiaridad de un hijo.

Rory apareció con Curran, un precioso *clydesdale*[2] de pelaje anaranjado, por ello su nombre, que significaba zanahoria.

Douglas acarició la quijada del equino antes de montarlo.

—Dile a Morna que volveré a la hora de comer —anunció Douglas.

Rory asintió con la cabeza y se introdujo de nuevo en las caballerizas.

Douglas se alejó del castillo, mientras en su cabeza se hacía presente un reclamo. No le había dicho nada a sus sirvientes sobre la mujer con la que compartía desde hacía unas horas su torre.

La mañana fue fructífera para Douglas, había hablado con un par de terratenientes con los que solía hacer tratos y había conseguido que estos dejaran de pelearse. En los últimos tiempos, las rencillas entre vecinos se volvían cada vez más habituales.

Douglas tenía buena mano para amansarlos y hacer que llegaran a entenderse sin que corrieran ríos carmesíes.

Divisó el castillo que siempre había sido su morada y que no habían podido devolver a su forma original ni su progenitor ni él mismo. Aquel lugar llevaba muchos años en ruinas y cada vez estaba peor, más decadente, más dejado.

En ocasiones, se sentía un fracasado por no poder hacer frente a aquella obra, pero hacía falta muchísimo dinero para llevarla adelante. Su padre murió con la pena de ver que su querido castillo jamás había recuperado su antiguo esplendor.

Había sido grande, muy grande. Su padre siempre le explicaba cómo era y qué había en cada lugar. Lo había visto derramar lágrimas por ello y le había prometido desde que era un niño que lo haría, que repararía el daño que hicieron los ingleses en su día.

Él siempre lo había conocido como estaba, quizá algo menos decrépito en algunos lugares y mejor en otros, ya que se habían ido habilitando.

La torre era sin duda el lugar mejor conservado, y el único que se había reconstruido. Era su morada, el lugar donde se sentía seguro. Amaba aquellas tierras y su hermoso lago.

Entró en la fortaleza y localizó a Rory cerca de las caballerizas, estaba partiendo leña y, al verlo, dejó el hacha y se dirigió presto a atender a su señor.

—¿Todo bien por aquí, Rory? —preguntó Douglas tendiéndole a este las bridas de Curran.

—Sí, todo bien, aunque mi esposa anda algo crispada a causa de la presencia de esa chica… Ya sabes, la nueva sirvienta.

Douglas se llevó la mano a la frente y la golpeó.

—Es verdad, se me olvidó hablar con Morna.

—¿Qué ocurre, hijo? —inquirió Rory, con curiosidad.

—Ocurre que esa muchacha no es la nueva sirvienta.

—Pues es lo que le ha dicho a Morna y lleva todo el día de un lado para el otro con ella. Ya le he dicho a mi esposa que no fuera tan dura con la muchacha, se la ve tan indefensa, es como un saco de huesos.

—No pasa nada, yo hablaré con ella, no debe tratar de ese modo a… —Douglas se quedó a medias.

—¿A quién, muchacho? —Rory frunció el ceño.

—No debe tratar como una sirvienta a la señora de esta casa.

8

Gabriella estaba de rodillas en el suelo, pasaba un paño por el piso. Tenía el cabello desgreñado y vestía la ropa humilde que Morna le había proporcionado. «De cuando era más joven y esbelta», le dijo en cuanto se la entregó.

La había hecho trabajar hasta la extenuación, Gabriella no era estúpida, era consciente de que lo hacía para aburrirla y que ella misma tomara la determinación de marcharse de Urquhart. No sabía aquella mujer lo equivocada que estaba al pensar que lo conseguiría, que haría que ella saliera despavorida de su nuevo hogar.

Unas botas enormes y manchadas de barro aparecieron de pronto en su campo de visión.

Gabriella alzó la cabeza y vio que se trataba de Douglas.

—¿¿Qué demonios haces en el suelo?? —preguntó él, visiblemente enojado.

—Yo… Solo cumplo con nuestro acuerdo. Necesito dinero, ¿lo recuerda? —respondió Gabriella levantándose del suelo y secándose las manos con el mandil.

—No hace falta, no has de fregar los suelos de mi casa para ganarte el pan —dijo él en tono conciliador.

—Lo hago por motivos más importantes que ganarme el pan, creí que quedaron claros ayer. Necesito viajar a Edimburgo para cumplir mi sueño.

Douglas la observó con ternura y negó con la cabeza.

—Ambos sabemos que una mujer no puede ir a la universidad, y en mil años se creería nadie que eres un hombre —dijo Doug con aplomo.

—¿Por qué no?, ya le dije que sé interpretar a la perfección los movimientos de estos. He ensayado durante mucho tiempo para ello.

Douglas esbozó una sonrisa. Le parecía tan inocente la mujer que tenía ante él. Cuando estudiaba en Edimburgo conoció a una muchacha con parecida determinación, pero no le sirvieron sus sueños para ser aceptada en aquel templo de sabiduría. Por el contrario, fue motivo de mofas y habladurías por parte de la sociedad a causa de su lucha. Al final todo quedó en saco roto y poco tiempo después estaba casada y no tardó apenas nada en dar a luz a su primer hijo, ¿cuántos tendría ya?

—No, Gabriella. Es imposible. Como te dije, yo estudié en la Universidad de Edimburgo y sé que nunca admitirían a una mujer, es más, lo que planteas de hacerte pasar por un estudiante es una verdadera locura. Piénsalo bien. Hay sueños que solo pueden ser eso, simples

experiencias oníricas sin más trascendencia que levantarse al día siguiente y olvidar nada más poner un pie en el suelo.

Cuando Douglas terminó su exposición cruzó la mirada con la muchacha. No fue consciente hasta ese momento de las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

—Es usted un hombre horrible —espetó ella sin poder reprimir sus lágrimas.

—Lo siento, yo… —se disculpó Douglas agarrando el brazo de la muchacha con suavidad, pero ella se zafó con fuerza y salió de la estancia como una exhalación.

Una vez en su habitación, solo pudo llorar. Su sueño era el que la había animado a seguir adelante, a ahorrar todo el dinero que su esposo y su taimada sirvienta le arrebataron. A perseguir una meta que, en un momento, Douglas Grant le había destrozado con sus palabras.

Era su sueño, nadie tenía derecho a mandar en su destino, ya no. Se prometió algo a sí misma: nadie… nadie le diría jamás qué podía o no hacer. Ya había padecido la voluntad de los demás por demasiado tiempo. Tan solo era una chiquilla cuando su abuelo la vendió al mejor postor, a Simon, un hombre sin entrañas.

No quería recordar su noche de bodas, era traumático para ella y todavía sentía ganas de llorar cuando aquellas imágenes acudían a su mente. Las desterraba, lo intentaba con todas sus fuerzas, pero era difícil, muy difícil.

Las palizas, los insultos, el trato vejatorio al que la había sometido habían dejado marca en ella, una marca que, por suerte, Douglas no había llegado a ver cuando se quedó sin ropa ante él. Se abrazó el cuerpo y se dejó caer en la cama.

No supo el tiempo exacto que había transcurrido hasta que alguien dio unos toques tímidos en la puerta.

Gabriella se incorporó y se aproximó para abrirla. Halló el rostro de Douglas que la observaba con el ceño fruncido y sin saber qué hacer con sus manos.

—Lo siento mucho, Gabriella. No quería dañarte. En ocasiones soy demasiado claro en mis afirmaciones. Pero lo hago de buena fe. La ciudad es peligrosa y tú eres tan joven. No me gustaría que te ocurriera nada por aventurarte sola…

—Sé cuidarme, Douglas —dijo Gabriella con el mentón alzado.

Douglas sonrió, no recordaba haberle dicho su nombre todavía a la muchacha. Tal parecía que Morna ya se había encargado de ello. Si bien, sintió un estremecimiento interior al escuchar su nombre pronunciado por los bonitos labios de Gabriella.

—No lo dudo, y no quiero que te enfades conmigo. Pero la realidad es dura, Gabriella. Entiendo que persigas tus sueños y no seré yo quien los trunque, no lo haré más. Solo quiero que lo tengas presente —sentenció, se dio media vuelta y se alejó.

***

Morna y Rory se hallaban en su pequeña casa, sentados a la mesa. Habían terminado de cenar y la luz de una lámpara de aceite los alumbraba.

—¿Pero estás seguro de que has escuchado bien?, mira que tu oído no es de fiar —

inquirió Morna mientras se levantaba de su silla.

—Que sí, mujer. Lo he oído perfectamente. Doug ha dicho que esa muchacha es la señora de la casa— respondió Rory, ya era al menos la tercera vez que se lo repetía a su esposa.

—Me parece muy extraño. A ver si va a ser una ladrona o una embaucadora y ha enredado a este atolondrado muchacho. Lleva tanto tiempo solo que no me parecería nada raro que ella, con sus encantos, lo hubiera conseguido —argumentó Morna con los brazos en jarras.

—¿Pero tú la has mirado bien?, parece un cadáver andante, ahí no hay carne de donde agarrarse, además, tiene un ligero acento que no logro identificar. Y sus facciones, su color de piel, casi diría que no es de por aquí.

—La muchacha es bonita, no todas las mujeres tienen que estar dotadas con esas carnes que tanto te gustan —intervino Morna encogiéndose de hombros.

—¿Qué hay de malo en unas buenas caderas y un trasero apetecible, como el tuyo, amor mío? —dijo el viejo Rory levantándose y aproximándose cual león a su esposa.

—Estate quieto, alcornoque. Que tengo más muerte en el cuerpo que ganas de vivir, esa muchacha me ha hecho sudar lo mío. La juventud cada vez está peor.

—Pero si la has tenido todo el día haciendo tu faena y la que no era de nadie. La chica ha trabajado como una bestia, y cada vez que os he visto, tú solo mirabas y refunfuñabas —argumentó Rory entre risas.

—¿Yo?, ¿ociosa?, no… ¿Cómo puedes decir semejante barbaridad?, mira estas manos, ¿me vas a decir que son de coger florecillas y llevármelas al pelo? —inquirió Morna con evidente indignación.

—Esas manos son hermosas, como toda tú. Anda, mujer, vamos a la cama —suplicó el anciano con ganas de fiesta nocturna.

—Yo no tengo sueño. Estoy pensando en esa mocosa. Mañana hablaré con Douglas muy seriamente, ese jovencito ha de tener mejor vista para elegir una mujer. ¿Te puedes creer que las ropas que traía olían a mierda de vaca?, por la mañana toda la torre apestaba a sus harapos. Yo diría que la debió conocer en una cuadra cuando menos. Además, es que es del todo extraño. Se marcha un día a ver a su amigo a la ciudad y vuelve con una mujer andrajosa diciendo que es la señora de la casa. —Morna caminaba de un lado al otro de la estancia mientras gesticulaba enérgicamente.

—Deja de meterte en los asuntos de Douglas, mujer, ahora pensemos en el que tenemos nosotros entre manos…

Morna miró a su marido con desesperación e ignoró de nuevo sus reclamos.

—Has sido tú el que has venido con el chisme, así que ahora no me vengas con que lo deje estar. Lo que está ocurriendo en este lugar es muy grave, más de lo que nos pensamos. Una desconocida apestosa es ahora la señora de la casa, ¿no te lo parece?

—¿Tenías esperanza de ser tú la señora de este castillo, querida? —preguntó Rory entre risas.

—No digas tonterías, malnacido. Solo es que quiero a Doug como a un hijo y no me gustaría que ninguna aprovechada lo dañara.

—¿Y quién te ha dicho que es una aprovechada?, no la conoces, mujer. Si él ha decidido convertirla en la señora de Urquhart, por algo será.

—¿Y cómo se ha convertido en la señora?, ¿se han casado y no hemos sido invitados?, porque si Douglas no ha tenido tal consideración con nosotros, que nos hemos comportado con él como si fuéramos sus padres, me parecería del todo indigno. Voy a tener que hablar muy seriamente con ese chico…

Rory negó con la cabeza, estaba visto que esa noche no iba a poder disfrutar de aquellas carnes lozanas que tanto le gustaban. Así que decidió retirarse a dormir ante la expectativa de tener que soportar horas y horas de elucubraciones y conspiraciones de su esposa.

—¿A dónde vas, alcornoque? —inquirió ella entre aspavientos.

—A dormir, ¿dónde voy a ir a estas horas?

—¿Y me vas a dejar así?, ¿eres tan desconsiderado que te meterás a dormir como si no pasara nada?, de verdad, nunca entenderé a los hombres. Puede caérseles la casa encima, que a ellos no se les quitará jamás el sueño.

—Lo que tú digas, mujer. Y ya que no quieres venirte conmigo, ahí te dejo buscando una solución al «gran problema» —sentenció Rory haciendo énfasis en sus últimas palabras.

Morna se quedó sola y se sentó delante de la chimenea. Todo aquel asunto le producía un frío enorme en el cuerpo. Algo ocultaba aquella muchacha, algo turbio, lo había visto en su mirada y no iba a cejar en su empeño hasta descubrirlo.

9

Gabriella cayó rendida en los brazos de ese al que llamaban Morfeo después de tragarse la pena por las palabras de Douglas. Morna les había dejado cena a ambos, Sin embargo, ni el uno ni el otro probaron bocado. El highlander se fue directo a su alcoba, se sentía mal después de haberle truncado los sueños a la muchacha, pero había hecho bien en hacerlo. Una mujer en la universidad, y haciéndose pasar por hombre, le parecía una verdadera locura. Quizá le tendría que recordar la historia de Juana de Arco, que acabó quemada por bruja por su vestimenta masculina, sus visiones divinas y su papel en la lucha. Curiosamente, ella tenía la misma edad de Gabriella cuando ocurrió, diecinueve primaveras. Aquello nunca acababa bien.

No tenía ni idea de cómo lo haría, si bien, le quitaría esa idea disparatada a la muchacha de la cabeza. Tampoco era conocedor del tiempo que ella se quedaría en Urquhart. Para él hubiera sido mucho mejor que decidiera tomar la libertad que él le proporcionó y nunca más volver a verla. Aunque, por otro lado, prefería que estuviera allí, a salvo, a su lado. Gabriella le inspiraba mucha ternura y no sabía bien por qué.

El sueño tardó en visitar a Douglas, sumido en los pensamientos circulares que tenían como protagonista a la muchacha que parecía haberse hecho ya un hueco en su vida de manera abrupta. ¿Y si no hubiera ido a Inverness?, ¿la habría puesto la providencia en su camino con algún fin concreto?

La mañana sorprendió a Gabriella con un candor especial. Se acercó a la ventana y admiró la hermosa vista del lago Ness. El vuelo de un águila la sorprendió sobremanera, nunca había visto una. Se llevó las dos manos a la boca y sonrió.

Esa mañana se había propuesto comenzar de cero y no dejar que nadie empañara sus pretensiones. Se vistió y se aseó con la otra muda que le había proporcionado Morna y se dispuso a bajar a desayunar. Su estómago rugía de puro hambre.

En las cocinas halló al ama de llaves que respondió a los «buenos días» que Gabriella le dio con la boca pequeña y una expresión hostil que a la muchacha no le pasó inadvertida.

—¿Ocurre algo? —inquirió Gabriella con el ceño fruncido y los hombros demasiado levantados, como para protegerse.

Morna la miró y no dijo nada, solo negó con la cabeza.

De pronto, hizo algo que a Gabriella sorprendió sobremanera. Puso una hogaza de pan y morcilla sobre la mesa y le indicó a la muchacha que se sentara.

—Siéntate y come, que estás muy flaca —ordenó la mujer, que no parecía darle a

Gabriella alternativa.

—¿Y usted?, ¿no se sienta? —preguntó sin recibir respuesta por parte de la mujer y sintiéndose mal porque permaneciera de pie trajinando mientras ella devoraba aquel manjar. Hacía mucho que no las probaba, cuando era pequeña su padre solía hacerlas. Tenían cerdos y, cuando mataban alguno, en los meses posteriores, su humilde casa se llenaba de embutidos, morcillas y demás. Cuando probó la morcilla una lágrima resbaló por su mejilla, y a esa lágrima la acompañó otra.

—¿Qué ocurre, chica?, ¿no te gusta el desayuno? —preguntó Morna con el ceño fruncido.

—No es eso —se excusó Gabriella—, está buenísima.

—Debes haber pasado mucha hambre para que te emocione probar mi morcilla.

—Mi padre también la hacía, aunque era un poco diferente.

—¿Dónde están tus padres ahora? —inquirió Morna, curiosa.

Gabriella forzó una sonrisa y sus labios quedaron sepultados en una fina línea. A Morna no le hizo falta más explicación, sabía qué significaba aquello, pues ella misma había reaccionado de igual forma en innumerables ocasiones. Sus padres murieron de enfermedad cuando solo era una niña, así que se quedó sola y los Grant fueron para ella como su segunda familia.

Gabriella continuó devorando el desayuno. Cuando terminó, se levantó y se dispuso a recoger el plato y demás. Morna la detuvo. Ante la extrañeza de la muchacha, que no entendía por qué la sirvienta actuaba de esa forma.

—Bueno, pues estoy lista para trabajar, ¿qué necesitas que haga hoy? —dijo Gabriella con efusividad.

Morna negó con la cabeza.

—Nada, tú no puedes trabajar, muchacha, son órdenes del señor.

Gabriella dio un respingo y rodó los ojos.

—Ese malnacido… —masculló entre dientes.

—Cuida lo que dices, niña. Ese «malnacido» —empezó a decir haciendo énfasis en el apelativo que Gabriella le había dedicado a Douglas— te ha proporcionado techo y comida, encima no quiere que te destroces tus pequeñas manos, aunque yo le he dicho que ya estaban más que destrozadas.

Gabriella cerró las manos en puños, incómoda.

—Me da exactamente igual lo que diga el señor, yo necesito trabajar y lo voy a hacer —dijo Gabriella con decisión mientras se dirigía al lugar donde sabía que Morna tenía los utensilios para la limpieza de la torre y agarraba un cubo y varios paños.

—¡Deja eso, insensata!, o la que tendrá problemas con el señor seré yo, me ha dejado claro que bajo ningún concepto quiere encontrarte como lo hizo ayer, y tú vas precisamente a por el cubo —exclamó Morna en cuanto la vio pasar por la cocina.

—No pienso acatar ninguna norma, el señor me dijo que era libre y libre quiero ser para

decidir qué hacer.

Gabriella salió de la estancia como una exhalación y con el cubo lleno de agua.

Lo que ella no sabía era lo que había ocurrido tan solo un rato antes, cuando Douglas se levantó con el canto del gallo y apareció en la cocina con la intención de hablar con su sirvienta seriamente.

Morna recordó el encontronazo y se llevó la mano a la frente, estaba claro que con aquella muchacha habían llegado los problemas a Urquhart.

10

Gabriella pasó la mañana arrodillada fregando los suelos de la torre. En un momento concreto estuvo a punto de entrar en la habitación de Douglas, mas se contuvo. El día anterior, Morna le había dicho que ni se le ocurriera adentrarse en las dependencias del señor sin pedirle antes permiso a él.

Su curiosidad hacía estragos justo cuando pasaba el paño delante de su puerta. ¿Y si la abría?, solo un poquito, para echar un vistazo y nada más.

No había nada peor que le dijeran que no podía hacer algo para que se despertara en ella un deseo irrefrenable.

Se levantó y empujó el portón suavemente. Como esperaba, no se abrió, es más, a diferencia de la puerta de su habitación, la de Douglas tenía cerradura, así que, probablemente, él tendría la llave. Y no podía pedírsela a Morna, porque puede que ella y no Douglas la tuviera, ¿cierto?

La mujerona llevaba siempre un aro de hierro con llaves gigantescas. ¿Una de esas sería la del cuarto de su señor?

Es más, ella misma había visto entrar a Douglas en su alcoba sin necesidad de abrir la cerradura, quizá si hacía más presión sobre la puerta, esta cedería. Aquellos portones eran grandes y macizos.

Intentó de nuevo abrir la puerta sin suerte, en verdad estaba cerrada, ¿pero por qué?, ¿qué intentaba proteger Douglas de los ojos ajenos? Gabriella se moría de la curiosidad, aunque tuvo que desistir de sus pretensiones, sobre todo cuando escuchó la voz potente del *highlander* muy cerca de ella. La llamaba por su nombre.

—¡¿Qué demonios haces?!, ¿acaso no te ha dicho Morna que no quiero que hagas estos trabajos tan penosos? —inquirió él, furioso.

—Pero yo quiero trabajar, llegamos a un trato y no cejaré en mi empeño hasta cumplirlo. ¿O es que acaso no quieres pagarme por mis servicios?

Douglas rodó los ojos.

—Cuando doy una orden quiero que sea respetada, para algo soy el señor de este castillo —intervino él con determinación y autoridad.

—¡¡Valiente señor que no es capaz ni de reconstruir su morada en ruinas!! —bramó Gabriella en un intento de ponerse a su altura con el mentón alzado y echando hacia delante el pecho.

—¡Cállate!, cállate o no respondo de mis actos —soltó él envuelto en la furia más visceral.

—Si tuvieras más determinación, tu castillo no estaría tan deteriorado. Solo hace falta trabajo, trabajo y más trabajo. Mi padre siempre decía que el esfuerzo lo era todo, que podía mover montañas, y yo estoy de acuerdo con él —argumentó ella.

—Ah, ¿sí?, solo trabajo, muy romántica tu idea de que unidos y con esfuerzo todo es posible, pero te voy a decir algo, muchacha, hace falta mucho más que trabajo para reconstruir esta mole de piedra. Para empezar, dinero, mucho dinero, y hombres fuertes a los que hay que pagar también por su trabajo. ¿O crees que tú podrías hacerlo?, seguro que dices que sí, una mujer empeñada en ir a una universidad haciéndose pasar por un hombre es capaz de soltar cualquier locura.

Gabriella lo miraba desafiante, con los puños y la mandíbula apretada.

—¡No estoy loca!, si los hombres dejaran de trazar nuestros caminos, el mundo también tendría un lugar para nosotras…

A Douglas le vino a la mente de nuevo la historia de Juana de Arco.

—No lo entiendes, ¿verdad?, es imposible, no todo se logra por decir muy fuerte que lo harás, y mucho menos puedes parar el mar con un dedo cuando este se embravece.

—¡El que no entiende nada eres tú, señor de las piedras! —exclamó ella antes de recoger el cubo, darle la espalda y comenzar a caminar en dirección opuesta a paso vivo.

De pronto, notó un tirón en su brazo, tirón que hizo que el cubo cayera al suelo y su contenido se derramara.

—¿Se puede saber qué haces? Perfecto, ahora tendré que fregarlo todo de nuevo, no me gusta hacer la misma faena dos veces… —gruñó Gabriella.

—No había terminado la conversación. Deberías entender que es una falta de respeto dejar a alguien a medias…

—¿Y lo dices tú?, precisamente tú.

—No es ético…

—¿Y es ético pagar dinero por una mujer?, ¿acaso soy una vaca? —inquirió Gabriella arrepintiéndose de inmediato de sus palabras.

—¡Hasta aquí has llegado, niña malcriada! —exclamó él agarrándola por las piernas con fuerza y echándosela a la espalda cual saco.

Gabriella comenzó a manotear para zafarse de la fuerza del *highlander*, mas no pudo hacer nada para que este no la llevara a la que ahora era su alcoba y la echara sobre la cama.

Ella, horrorizada, intentó escapar por el otro lado, pero Douglas la agarró por los tobillos y la atrajo de nuevo hacia él. Se sentó en el lecho, la puso bocabajo, quedando la cintura de ella sobre sus muslos, levantó su falda y le bajó las calzas.

Se disponía a darle unos azotes como si se tratara de un infante, cuando de pronto se detuvo, ¿qué demonios era aquello?

Fue consciente entonces de que Gabriella estaba sufriendo, sollozaba entrecortadamente

y respiraba como si le faltara el aire.

Le recompuso la ropa y la sentó con delicadeza sobre el lecho.

—Lo siento, lo siento mucho, no sé qué me ocurrió, yo sería incapaz de hacerte daño… —dijo él con sinceridad, mas ella no podía dejar de hiperventilar.

Miedo, Gabriella estaba aterrada y Douglas se sentía como un hombre primitivo y desalmado. Por suerte, se había detenido a tiempo, ¿pero por qué lo había hecho?, la respuesta era de lo más siniestra: porque lejos de encontrar bajo las calzas de Gabriella un trasero terso, de piel nívea y suave, lo que halló fue una piel marcada por lo que parecían latigazos. Había infinidad de ellas, heridas que habían ido cicatrizando y dejando su huella en el tiempo.

—Lo siento mucho —repitió a punto de la lágrima y la atrajo hacia sí, fundiéndose con ella en un abrazo que la muchacha no rechazó, pero tampoco aceptó, pues no se aferró a él.

Poco a poco, Douglas consiguió calmarla, acariciándole el cabello oscuro y diciéndole palabras suaves, disculpas, y haciéndole ver que jamás volvería a repetirse ninguna escena como aquella. Pues él no era un hombre violento y no sabía qué demonios le ocurría con aquella mujer.

En aquel abrazo unilateral, permanecieron durante un buen rato, hasta que Douglas sintió la respiración calmada de Gabriella, que se había quedado dormida en sus brazos.

La ayudó a tenderse en la cama y la tapó con una manta. Salió de la estancia en silencio, sintiéndose un verdadero patán. Aquella muchacha tenía su historia escrita en la piel, una historia que incluía un látigo y al menos una persona horrible que la marcó para siempre. Douglas apretó los puños y fue consciente de que la providencia tenía razón al ponerlo a él ahí, aunque por un momento hubiera estado a punto de convertirse en un monstruo, otro más para la existencia de Gabriella.

11

El alba despuntaba con bonanza, teniendo en cuenta que el invierno ya había comenzado, la temperatura era demasiado suave. Hecho que a Douglas se le antojó a su favor para hacer lo que tenía pensado.

Esperó con paciencia a que el portón de la habitación de Gabriella se abriera, pero ya era algo tarde y seguía cerrado. Estuvo tentado a dar unos toques en la puerta, pero se detuvo con los nudillos a escasos milímetros de esta.

Dio varias vueltas por el pequeño pasillo que conducía a las habitaciones y se situó de nuevo frente al portón. Respiró profundamente al escuchar cómo se abría y dio un paso atrás para que Gabriella no lo viera en actitud cuando menos amenazante, por no decir desesperada.

Ella lo observó con seriedad. Tenía los párpados hinchados y los ojos rojos, señal inequívoca de que había llorado bastante y por demasiado tiempo. Una punzada de remordimiento se clavó en su corazón.

—Buenos días, Gabriella, tengo que ir a ver a unos terratenientes y me preguntaba si querrías acompañarme… —soltó rascándose la cabeza y con la inseguridad rezumando por todos los poros de su cuerpo.

Ella clavó sus ojos en los del *highlander* y ladeó la cabeza.

—¿Eso se podría considerar trabajo?, ¿me pagará por ello? —inquirió ella con sequedad.

Douglas hinchó sus pulmones de aire y lo soltó de golpe. Luego asintió con la cabeza.

—Pues entonces iré encantada —sentenció ella.

En las caballerizas, Rory le ofreció a Gabriella una preciosa yegua de pelaje negro como la noche y crines suaves.

—Esta es Medea —anunció el hombre entregándole las riendas a la muchacha—, es muy buena, aunque algo traviesa en ocasiones —rio Rory.

Gabriella asintió y montó sobre la equina. Le sorprendió lo cómodas que eran las monturas y la sensación de paz que sintió al estar sobre Medea. Acarició sus crines y le susurró:

—Intuyo que podemos llegar a ser buenas amigas.

Douglas la observó embelesado sobre Curran. Aquel cabello suelto, sus facciones exóticas y la determinación en la mirada de Gabriella, le hicieron perder la noción del espacio y el tiempo durante varios minutos.

—Señor…, ¿señor…? —dijo ella de pronto mientras movía una mano a un lado y al otro para que él volviera al «aquí y al ahora».

—Oh, sí, lo siento. ¿Estás lista? —preguntó entre carraspeos.

Gabriella asintió y ambos se pusieron en marcha.

—Quería hablar contigo de lo que pasó anoche y disculparme —anunció Doug con tiento/vergüenza en su voz.

Gabriella alzó una mano y le mostró la palma a Douglas para que no siguiera hablando.

—Hace un día maravilloso. ¿Y para qué tenemos que ir a ver a esos hombres? —preguntó ella en un intento de cambiar de tema de forma abrupta.

—Sí, la brisa es agradable y no hace frío. He de hablar con ellos…, pero ¿por qué rehúyes un tema del que es preciso que hablemos?

—¿Son amigos suyos? —inquirió ella en un claro gesto de ignorar deliberadamente sus últimas palabras.

—¿Acaso importa si lo son?, son personas con las que hago negocios, yo tengo lo que necesitan, ellos tienen lo que necesito yo, nos ayudamos mutuamente. ¿Por qué me ignoras?, es importante para mí aclarar las cosas contigo y creo que al menos podrías darme la oportunidad de disculparme.

Gabriella permaneció en silencio, como si no hubiera escuchado ni una mosca.

—No estoy preparada para hablar, necesito tiempo, así que, por favor…

—De acuerdo, no diré nada más, pero te ruego que valores el escuchar lo que tengo que decirte, o más bien proponerte. Creo que te agradará.

Gabriella asintió con la cabeza e hizo un esfuerzo sobrehumano para mantenerse firme, pues el *highlander* había abierto una brecha en su firmeza y ahora necesitaba imperiosamente saber qué quería proponerle.

En su mente una idea, una sola idea, no dejaba de dar vueltas mientras los dos seguían su camino en el más absoluto silencio.

«Cállate, Gab, no le des la satisfacción de preguntarle por su propuesta». Pensó ella.

Volteó la cabeza y lo sorprendió aguantándose la risa.

«No puede ser, encima se está riendo de mí. Pero yo necesito saber qué quiere proponerme este condenado hombre».

Silencio y el latido de su corazón a punto de asomarle por el pecho, de tan fuerte que palpitaba.

«No puedo…, no puedo más, necesito saberlo…, sé fuerte, Gab, sé fuerte».

A esas alturas, Douglas ya estaba a punto de estallar en carcajadas.

—¿Qué quiere proponerme?

«Maldición, lo he dicho, lo he dicho».

Douglas comenzó a reírse sin contención alguna.

—Lo siento…, lo siento —se disculpó sin poder parar de reír.

Gabriella lo observaba con el ceño fruncido y una expresión que Douglas no supo identificar en el rostro.

—Sígueme, descansaremos un rato y así hablaremos con tranquilidad.

La muchacha rodó los ojos. ¿Hasta cuándo iba a mantener aquel hombre la intriga?

Arribaron a un claro, desmontaron sendos caballos y los dejaron pastando mientras ellos se sentaban en unas rocas que les ofrecían unas vistas privilegiadas del lago Ness.

—Verás, Gabriella, no he podido dejar de pensar en lo que ocurrió anoche. Perdí los estribos y no te traté bien. Quiero que sepas que yo no soy un hombre violento y no sé qué me ocurrió. Me siento un auténtico malnacido y quiero que lo sepas. No debí tratarte como si fueras una niña, porque ya no lo eres, eres una adulta y yo no tengo derecho a azotarte, aunque mi padre lo hiciera con mi madre cada vez que esta lo desafiaba —apuntó con la cabeza gacha.

Gabriella apretó los labios. Era incapaz de decir nada más, pues toda su vida había padecido la ira de otros sobre su propia piel. Para ella había sido lo normal desde que vivió con su abuelo y luego con Simon…, pero no lo soportaba, ya no. Era como si su cuerpo rechazara aquella violencia sin sentido contra ella y la noche anterior había reaccionado de la forma que ya venía siendo habitual en la convivencia con su esposo. Cuando Douglas se la puso encima como si fuera una niña, creyó que volvía a estar bajo las fauces de su abominable marido.

—¿Qué te hizo ese malnacido? —preguntó Douglas con un deje de tristeza en su voz.

Gabriella levantó la cabeza y clavó sus ojos marrones sobre los del *highlander*.

—¿Me va a decir de una vez cuál es su propuesta?

12

Nada, Gabriella le parecía el ser más impenetrable que había conocido jamás. Podía ser alegre y jovial durante su día a día, como si todo fuera bien y no hubiera conseguido salir del mismísimo infierno. Sin embargo, en cuanto se tocaba algo relacionado con sus cicatrices, su semblante cambiaba y se tornaba sombrío, a la vez que se sumía en un estado de rabia contenida del que luego le era difícil salir.

Por ello prefería eludir el asunto, hacer ver ante los demás que no le ocurría nada. Hablar de temas sin trascendencia para no sufrir.

Él había visto las horribles marcas de su piel. La noche que llegaron a Urquhart su mayor miedo era que Douglas viera su cara oculta. Gabriella era una criatura hermosa de frente, pero todo su cuerpo desde la espalda hasta las piernas, toda su cara oculta de la luna, como ella la llamaba, era un despropósito. Quemaduras, latigazos, golpes y más golpes. Simon siempre la golpeaba de espaldas y, en la mayoría de las ocasiones, la ataba para que no se pudiera defender. Nunca la azotaba ni castigaba su cuerpo por la parte anterior, ya que yacía siempre sobre ella en la misma postura, la que en la actualidad llamaríamos el misionero, y así solo veía belleza.

¿Podría sincerarse con Douglas?, ¿con el hombre que la había liberado de una mísera vida?, no, tan solo unas horas antes había estado a punto de azotarla, y estaba segura de que, de no haber sido porque había visto lo terrible de sus posaderas, lo habría hecho. No quería más azotes en su vida, no más sumisión ante personas que no la merecían, y que la merecían tampoco, solo quería hacer su voluntad, lo necesitaba como respirar.

—Está bien, dejaré este asunto para más adelante. Aunque pienso que sería bueno hablarlo.

—¿Bueno para quién?

—Para ambos, Gabriella, no nos conocemos y creo que estaría bien que pudiéramos hacerlo ahora que vamos a vivir una temporada entre los mismos muros.

Ella asintió sin mucha convicción, estaba demasiado dolida, demasiado a la defensiva para mostrar un mínimo de compasión por alguien que para ella no la merecía. Hasta que Douglas no le demostrara lo contrario, lo metería en un saco en el que bien podría escribir con su propia sangre: «personas no de fiar».

—Verás, le he dado muchas vueltas a todo este tema de la universidad y pienso que podrías intentarlo. No ahora, entiéndeme…, pero sí más adelante, sí, si dejas que yo te instruya, que te prepare para enfrentarte a lo que te espera en Edimburgo.

La mirada de Gabriella se iluminó, quizás podría hacer una excepción y sacarlo de aquel

saco de villanos.

—¿De veras?, ¿me ayudarás? —preguntó con efusividad.

—Al menos lo intentaré, pero no te prometo nada, además, iré contigo y yo mismo facilitaré tu entrada. ¿Te parece bien?, solo me quedaré unas semanas, hasta que puedas defenderte sola en la ciudad y te integres en la universidad.

Gabriella se llevó las manos a la boca.

—Gracias…, gracias de veras. Es muy importante para mí.

—Y a todo esto, ¿qué quieres estudiar? —preguntó Douglas de brazos cruzados.

—Quiero ser médico —anunció ella con una sonrisa que iluminaba más si cabe el día.

—Ya veo…, entonces quieres ingresar en la Facultad de Medicina de Edimburgo, interesante —apuntó él asintiendo con la cabeza, la verdad era que todo aquello le parecía una locura, pero se armó de determinación para apoyar a Gabriella en su empeño.

—¿Qué estudió usted, señor? —inquirió ella, curiosa.

—Filosofía… —masculló Douglas algo avergonzado, pues él no había elegido esa carrera—. A decir verdad, no llegué a graduarme, tuve que volver a Urquhart…

—¿Por qué?, ¿qué hizo que abandonara sus estudios, señor?

Douglas sonrió. Ahora era él quien veía amenazada su línea roja. No, si ella no le había dado explicaciones acerca de lo suyo, él tampoco lo haría.

—Te propondré algo, Gabriella. Veo que hay temas que te resultan complicados y que no quieres tocar —dijo él levantándose enérgicamente—, parece que hoy es el día de las propuestas, esta ya es la segunda.

»Yo no volveré a intentar saber nada de tu pasado y tú harás lo mismo. Nos limitaremos a vivir el presente sin tocar asuntos que nos hacen daño. ¿Te parece bien?

La muchacha asintió, aunque no estaba muy convencida. El misterio alrededor de aquel hombre crecía con lentitud, pero lo hacía y ella era curiosa, muy curiosa.

—Hay otra cosa. ¿Podrías dejar de llamarme señor?, llámame Douglas, solo Douglas.

—Bien…, a mí puedes llamarme Gab. Mis padres me llamaban así —esbozó una sonrisa.

—De acuerdo, a partir de ahora somos Doug y Gab —sentenció el *highlander* con teatralidad.

Gabriella sonrió de nuevo. Su mal trago de la noche anterior parecía haberse esfumado, ¿sería para siempre?

El resto de la jornada fue cuando menos entretenido para Douglas y Gabriella, que permanecía en las inmediaciones de las casas que él visitaba. Sabía que una mujer no tenía cabida en los negocios de un hombre y prefirió dar un paso atrás. ¿Le parecía justo?, no, incluso el mismo Douglas le dijo que lo acompañara, pero no era estúpida, se había dado cuenta de que lo había hecho por no hacerle un desaire. Aquellas personas preguntarían por su presencia allí, una mujer y un hombre juntos solo podían ser padre e hija, hermano o hermana, marido y mujer.

Decir que Gabriella era la señora de Urquhart implicaba dar demasiadas explicaciones y a nadie le agradaría la idea de que Douglas hubiera comprado una esposa. ¿Qué falta le haría a un hombre apuesto y joven como él tener que recurrir a una práctica cuando menos cuestionable? Y no muy extendida por esos lares…

Por su parte, la muchacha no se sentía excluida, aunque tuvo que lidiar con más de un individuo que le preguntaba qué hacía allí.

—Espero a sir Douglas Grant, soy su sirvienta y he venido a darle una misiva de Urquhart —mentía ella.

A Douglas le fueron al menos dos veces con el mismo mensaje y él esbozó una sonrisa en cada una de las ocasiones.

No sabía muy bien por qué le había pedido a Gabriella que lo acompañara, estaba seguro de que los rumores de que había pasado el día de un lado a otro con una mujer desconocida no tardarían en extenderse. Si bien, era postergar algo inevitable, porque acabaría por saberse que ella vivía en Urquhart. ¿Pero en condición de qué?, no era propio del señor del castillo hacerse acompañar por una de sus sirvientas, quizá por ello, Gabriella había tenido la idea de decir que acababa de alcanzar al señor para darle un recado. Aquello no se sostenía, pues los habían visto llegar juntos.

Cuando volvían a Urquhart, Douglas no dejaba de darle vueltas a la cabeza a todos aquellos pensamientos.

—Quizás deberíamos decir que eres la señora de Urquhart y que estamos casados. A mí no me importan las habladurías, pero sí tu reputación, no me gustaría que alguno que otro se pensara lo que no es e intentara propasarse contigo por ello —rompió Douglas el silencio.

—Si me iré en unos meses, ¿qué vas a decirles cuando eso ocurra? —preguntó Gabriella con el ceño fruncido.

—Ya pensaremos en algo. Por el momento preferiría que mi gente te respetara como mi señora. Al fin y al cabo, yo pagué para que así fuera. No me malinterpretes, sé que no es la mejor forma de unirse a alguien, no obstante, me gustaría darte tu lugar al menos durante el tiempo que permanezcas a mi lado.

Gabriella cruzó la mirada con la del *highlander* y sintió un escalofrío que recorrió todo su cuerpo. ¿Por qué se tomaba tantas molestias con ella?, era un ave de paso en Urquhart, quizás mantener su estatus de sirvienta ya sería suficiente para justificar su presencia en el castillo. Pero quizás Douglas tenía razón, ¿cuánto tardaría Morna en ir con el chisme de que ella dormía en la torre y no en las dependencias del servicio?, y, además, la sirvienta era conocedora de su condición de «señora del castillo», ¿cómo evitaría que se lo dijera a todo bicho viviente cuando fuera a comprar víveres y hablara con las otras mujeres?

—¿Entonces tengo que hacer el papel de *lady* Gabriella? —preguntó encogiéndose de hombros.

—Digamos que sí, que a ojos del clan y de mi gente, tú serás mi esposa por un tiempo.

Era una conversación extraña, y es que extraña había sido su forma de conocerse, lo que no sabían, lo que ellos ignoraban, es que las palabras en ocasiones van mucho más allá que el simple hecho de soltarlas al aire y dejarlas volar. Las palabras en el caso de nuestros

protagonistas estaban a punto de ponerlos a prueba, la cuestión era si la superarían.

13

Una triste noticia tiñó la mañana de un mortecino gris para Douglas. Una misiva arribó a primera hora y le fue entregada a Rory, que de inmediato acudió en busca de su señor, ya que el mensajero le advirtió que era de vital importancia que él la leyera.

Douglas abrió la puerta de la alcoba tras los golpes apresurados de su sirviente. Este le entregó la carta con expresión de consternación. Intuía por la urgencia que el contenido de aquella misiva era algo lo suficientemente grave como para que un jinete se hubiera desplazado a Urquhart y hubiera cabalgado durante la noche para llegar a tiempo.

El *highlander* leyó con avidez y, en cierto punto, la emoción pudo con él. De pronto, Gabriella abrió la puerta con expresión soñolienta y les preguntó a ambos hombres qué ocurría.

—¡Dios mío…, dios mío!, ¡es terrible! —exclamó Doug llevándose la mano a la frente mientras miraba al vacío con los ojos cargados de desagradable sorpresa.

—Pero ¿qué es tan terrible?, ¿ha muerto alguien importante para ti? —inquirió ella arrepintiéndose de inmediato de ser tan explícita en sus preguntas.

—Es una carta de mi amigo Callum. Su esposa estaba embarazada y el bebé nació ayer por la tarde, pero era pronto, demasiado pronto, y murió poco después. Era un niño y mis amigos han de estar destrozados —explicó Douglas totalmente desbordado por la noticia.

No pudo evitarlo, era demasiada la emoción y la empatía. Ponerse en el lugar de su amigo, sabía cómo era él, tan despreocupado en ocasiones y a la vez tan sensible.

—He de ir a Inverness… —anunció apretando con fuerza la misiva.

—Déjame ir contigo, quiero acompañarte —anunció Gabriella mientras posaba su mano en el brazo de él.

Douglas dirigió la vista hacia la mano de la muchacha y luego la miró a los ojos. Estuvo tentado a decirle que no, que ella no conocía a sus amigos y que no pintaba nada junto a él en semejantes circunstancias. Sin embargo, tan solo unas horas antes le decía que quería darle el lugar que le correspondía como esposa, y ello pasaba por que lo acompañara al funeral del pequeño de Megan y Callum.

Durante el camino, el silencio se hizo en el carruaje. Los acompañaba Andrew, un muchacho del clan que trabajaba en los cultivos y en ocasiones hacía de cochero para su señor.

Douglas creyó conveniente que fuera con ellos, ya que viajaba con Gabriella y quería tener a un hombre más por si a algún maleante se le ocurría cruzarse en su camino.

El trayecto no era largo, pero poco después de salir comenzó a llover. Era como si el cielo llorara la pérdida del pequeño de Callum y Megan. Douglas no pudo evitar pensar en ello.

Más o menos una hora después, llegaban al hogar de sus amigos. La librería estaba cerrada y la puerta de la casa abierta, para que los familiares y amigos que querían acompañarlos pasaran y les dieran sus condolencias.

La estampa que hallaron Douglas y Gabriella fue cuando menos dramática. Muchas personas llorando por el bebé y la madre encerrada en su habitación con el pequeño entre los brazos. Fue Ada la que, al ver a Douglas, se acercó a él con desesperación.

—¡Ay!, Douglas, muchacho, qué desgracia. No sabemos qué hacer con la pobre Megan. Se ha encerrado con el bebé y se niega a dejar que le den sepultura. Dice que a su hijo no se lo va a comer ningún gusano y no hemos podido convencerla de lo contrario.

»Ni siquiera deja entrar a Callum. El pobre ha intentado consolar a su mujer, hacer que entre en razón. Pero ahora ella dice que el niño está vivo, que se mueve y que todos están en su contra. Es muy triste, hijo, muy triste —sollozó la mujer.

—¿Dónde está Callum? —preguntó Douglas con determinación.

—Ha salido sin decirle a nadie a dónde iba. No ha podido soportar ver a su esposa así. Cree que ella se ha ido muy lejos y nunca la va a recuperar…

Douglas tensó la mandíbula.

—Tengo que ir a buscar a mi amigo, quédate aquí, Gabriella —ordenó con cierta súplica en su tono.

Gabriella hizo lo propio, aunque se sentía totalmente fuera de lugar. No conocía a nadie. Douglas, obviamente y ante la tragedia que había ocurrido en casa de sus amigos, no había tenido tiempo ni de presentarla.

Ada sabía que había llegado con él y se percató de la incomodidad de la muchacha.

—Me llamo Ada y soy la tía de Callum. ¿Cuál es tu nombre?

—Gabriella, señora. He venido con Douglas y si puedo hacer algo para ayudar, lo que sea, lo haré —respondió Gabriella con determinación.

—No podemos hacer gran cosa hasta que Megan nos permita entrar a la habitación donde tiene al bebé. Y no dejan de llegar personas que quieren arroparla a ella y a mi sobrino en estos momentos tan tristes, no obstante, estoy intentando disculparme con ellos, diciéndoles que vengan más tarde, quizás puedas ayudarme con eso, si te parece bien —sugirió Ada, tomando a Gabriella de las manos.

Ella asintió con la cabeza e hizo lo que dijo la mujer, se situó en la puerta de la casa y fue conformando a los visitantes. Que, aunque extrañados porque una desconocida los hiciera volver después, hicieron lo propio sin más.

De pronto, cuando ambas mujeres consiguieron quedarse a solas en la casa. Vieron como Megan bajaba las escaleras con el cuerpo del bebé envuelto en una mantita de lana.

—¡Ay, hija!, ven aquí, me alegro de que al fin hayas comprendido que el pequeño ha de recibir sagrada sepultura —dijo Ada acercándose a Megan, pero esta le lanzó una mirada animal, como si se tratara de una leona que defiende a sus crías.

—Déjame en paz, vieja bruja. Tú quieres enterrar a mi bebé, como todos los demás y mi bebé está vivo, se mueve y no voy a dejar que nadie me lo arrebate, ¿has oído? —inquirió Megan con una aspereza impropia de ella en la voz y la mirada furiosa.

Ada se llevó la mano a la boca.

—Megan…, déjame ver a tu bebé —dijo de pronto Gabriella, sin ser consciente de por qué había dicho precisamente eso.

—¿Tú quién eres? —preguntó Megan mirando a Gab con desprecio.

—Soy la esposa de Douglas —respondió con nerviosismo y dándose cuenta de lo raro que sonaba aquello en su boca.

Ada le dirigió una mirada de sorpresa a Gabriella, aunque tardó solo unos segundos en bajar los hombros, ¿cómo sino Douglas Grant la hubiera traído con él?

—¿Así que eres la mujer que Doug compró en el mercado? —inquirió Megan con un deje de maldad en su voz, aquello era impropio de ella y Ada la miró con desaprobación.

—Sé que estás dolida, es muy grave lo que te ha ocurrido. Pero tú bebé siempre estará contigo en tu corazón y otros bebés llegarán a llenarte de dicha.

»Tu pequeño se merece una sepultura y que su alma descanse en paz en el lugar más bonito, junto a Dios.

Gabriella le hablaba a Megan con suavidad y poco a poco se aproximaba a ella.

—No quiero dejarlo solito, no puedo permitir que lo metan bajo tierra y que los insectos lo devoren, es tan pequeño… —gimoteó Megan aferrada al cuerpo de su bebé.

—Él ya no está en su cuerpecito, Megan, pero siempre estará en tu corazón.

—Sí está, ¡míralo!, lo he visto moverse —dijo Megan y abrió la mantita para mostrarle a las dos mujeres el cadáver.

Gabriella tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no romper a llorar. El pequeño tenía un tono violáceo y estaba tan frío… Acarició su manita y cogió aire con fuerza.

—¿Por qué ha tenido que pasarme esto a mí?, ¿por qué Dios me ha arrebatado a mi bebé? —rompió a llorar Megan.

—Porque no siempre es justo, aunque tenga razones para todo lo que hace. Sé que volverás a ser madre, y serás la mejor madre que un pequeño pueda tener —dijo Gabriella posando su mano en el hombro de ella.

Ada se acercó a Megan y le tendió los brazos para que esta le entregara al bebé. Megan lo miró una vez más, sonrió y le dio un beso en la frente a su pequeño.

—Vuela alto, ángel mío —susurró y entregó el cuerpo del bebé a la tía de su esposo.

Gabriella la abrazó y Megan lloró, lloró mucho. Aquel dolor era enorme, no hay dolor más grande que la pérdida de un hijo y eso Gabriella lo sabía bien…

14

Douglas se sentó frente a Callum en la taberna. No le costó dar con él, estaba seguro de que su amigo jamás hubiera abandonado la casa de no haberse sentido desbordado por la situación, y Callum solía beber cuando estaba contento y también cuando sentía que no podía más, era entonces cuando bebía demasiado.

—Amigo… —dijo Douglas sin más, ¿había acaso palabras para consolar al hombre que para él era casi como un hermano?

Callum levantó la mirada de su vaso, estaba llorando a lágrima viva, pero en silencio.

—Era un bebé precioso, era precioso. Supe enseguida que algo no iba bien, no dejaba de llorar, y, cuando lo hizo, ya estaba muerto, y creo que mi esposa ha muerto con él, porque me echó la culpa de todo, amigo. Ni siquiera sé por qué, pero me señaló con el dedo y me gritó una y otra vez que era mi culpa, mi culpa. —Callum no pudo evitar que su llanto dejara de ser silencioso.

Algunos parroquianos lo miraron y se echaron a reír.

—¡¿Qué demonios os pasa?! —los reprendió Douglas y luego se dirigió a su amigo en un tono más bajo—: Megan ha de estar destrozada, acaba de sufrir una pérdida que rompería a cualquiera, dale tiempo, estoy seguro de que volverá a ser la misma mujer fuerte de siempre.

—No lo creo, amigo. No te imaginas el odio que vi en su mirada, y lo veo normal, no he estado a la altura. Aprovecho cualquier oportunidad para quitármela de encima. Ya sabes cómo me gusta disfrutar, y sentir que estoy haciendo algo que no debo me resulta siempre tan embriagador…

—Megan te conoce y te acepta. Aunque sí que es verdad que deberías ser más considerado con ella, es una buena mujer y has tenido mucha suerte al encontrarla —intervino Douglas con su mano sobre la de su amigo.

—No puedo quitarme de la cabeza la imagen de mi hijo muerto, y dudo mucho que pueda quitármela algún día —dijo de pronto Callum cambiando de tema de forma abrupta.

¿Qué podía decirle ante aquellas palabras?, le era tan difícil consolar a alguien, y más cuando había una pérdida de semejantes características, en la que cualquier palabra de más que dijera podía volverse en su contra.

—Ya imagino, amigo. Pero has de ser fuerte por ti y por Megan. Todavía la tienes a ella y sé que algún día podréis formar la familia que deseáis. Ahora, volvamos junto a tu esposa, esto no es una de nuestras escapadas y Megan nos necesita —sentenció Douglas con determinación.

Douglas y Callum entraron en la casa. Megan se hallaba sentada en una silla junto a Gabriella en la habitación principal. Ambas velaban al pequeño Eiden en silencio.

—¡Callum! —exclamó Megan y se levantó de su asiento para acercarse a su marido y abrazarlo—. Lo siento, mi amor, el dolor habló por mí, perdóname.

—No importa, mi vida. Carga contra mí si necesitas librarte de tu dolor, no me importa siempre que tú estés bien —intervino Callum entre sollozos.

—No, no debo hacerlo, tenemos que estar unidos por nuestro pequeño y por nosotros. Eres el hombre de mi vida y no debí echarte la culpa, porque tú no la tienes.

—Nadie la tiene, en ocasiones, la voluntad de Dios es demasiado confusa. Pero lo superaremos, permaneceremos unidos y venceremos —dijo Callum enmarcando el rostro de su esposa con sus manos.

Douglas cruzó la mirada con Gabriella, que observaba la escena emocionada. Él le dedicó una leve sonrisa. Por alguna razón desconocida, sabía que ella había tenido algo que ver en el cambio de Megan, era un pálpito y pudo corroborarlo cuando Ada se aproximó a él y le susurró.

—Esa mujer es un ángel, no has podido elegir mejor, muchacho.

***

De vuelta en Urquhart, cansados de lo poco que habían podido dormir desde que salieron hacia Inverness la mañana del día anterior, se instalaron en el salón, frente a la chimenea. Morna, al oírlos llegar, se apresuró a servirles a ambos un cuenco de caldo.

—No sé si podré tomármelo, no tengo hambre —apuntó Gabriella.

La muchacha había estado muy callada durante el trayecto de vuelta al castillo. Tampoco es que Douglas estuviera de lo más festivo, pero al menos intentaba entablar conversación, no así ella.

—Será mejor que comas, te sentará bien, y a Morna no le gusta que se dejen su comida.

—Estoy cansada, quizá mañana me levante con hambre. Esta noche, de verdad que no me apetece comer, han sido dos días llenos de emociones, sobre todo de tristeza… —confesó ella.

—La verdad es que sí, mis pobres amigos han sufrido un duro golpe, y me apena por ellos, son como mi familia. Por cierto, Gab, ¿has estado muy silenciosa durante nuestra vuelta?, entiendo que estos últimos días han sido cuando menos intensos. Pero no sé explicarlo, es como si hubiera algo más, como si lo ocurrido te hubiera afectado sobremanera —argumentó Doug con la esperanza de que Gabriella se sincerara con él.

—Tan solo estaba y estoy cansada. Me ha afectado porque me pongo en el lugar de la pobre Megan, es un duro golpe para ella y para tu amigo Callum.

—Cierto —aceptó Douglas, aunque notó algo en la mirada y en la voz de Gabriella, algo que denotaba que no decía toda la verdad.

Gabriella dio unos sorbos al cuenco de caldo y lo depositó en la bandeja donde Morna lo

había traído de nuevo.

—Si no te importa, me voy a retirar —anunció ella.

—Muy bien, yo no tardaré en irme a la cama.

La muchacha asintió y salió de la estancia.

Una vez en sus aposentos, Gabriella comenzó a desvestirse. Morna había buscado ropa acorde con la ocasión en el armario de *lady* Emily, la madre de Douglas. A regañadientes, se la había entregado un día antes, también le hizo entrega de varios vestidos más, botines y complementos de su antigua señora. Las órdenes de Doug fueron claras: «Todo eso no hace nada enterrado en un baúl a merced de las polillas, además, la ocasión lo requiere…».

Gabriella deshizo el equipaje que se había llevado a Inverness y devolvió las mudas al arcón de la habitación.

Se puso el camisón y se metió en la cama con celeridad. Se quedó bocarriba sin mirar a ninguna parte en particular. La iluminación de la luna se colaba por la ventana y el reflejo dotaba la estancia de una tenue luz. Gabriella hinchó los pulmones de aire y lo soltó de golpe, los recuerdos acudieron a su mente.

Quince años tenía la primera vez que se quedó encinta. En aquella ocasión no aguantó mucho el embarazo, lo perdió cuando su tripa apenas abultaba. Fue doloroso, muy doloroso, y triste, demasiado triste.

La segunda vez tenía dieciséis y la niña llegó a nacer…, ahí fue cuando las lágrimas comenzaron a aflorar de sus ojos. Le ocurrió lo mismo que a Megan, por ello la comprendía tan bien, su pequeña amaneció sin vida en sus propios brazos, aquel fue el momento más doloroso de su vida.

Sus dos ángeles siempre la acompañaban y le habían dado ánimos cuando sus fuerzas flaqueaban.

Siempre estarían en su corazón…

Douglas, por su parte, permaneció frente a la chimenea durante el tiempo suficiente como para quedarse dormido.

Una caricia en el rostro lo despertó…

15

Era ella, estaba arrodillada frente a él y lo miraba con una expresión que se podría calificar como triste, aunque no era tanto así. Con su cabello castaño suelto y su tez iluminada por la ya casi extinta llama de la chimenea, se le asemejaba una diosa, una diosa que le mostraba su poder y sus dotes de seducción, porque sí, porque en aquel momento, ella le parecía la criatura más sensual que había encima de la Tierra.

—No puedo dormir —dijo Gabriella en un tono apenas audible.

Douglas no supo qué decirle, era un hombre más bien tímido cuando el asunto podía pasar más allá de la línea de la mera conversación.

Ella posó sus manos sobre cada una de las rodillas del *highlander* y se alzó, hasta quedar entre estas y muy cerca del rostro de Douglas.

—Eres hermoso, quizá el hombre más hermoso que he visto en mi vida —confesó ella acariciándole de nuevo el rostro.

Douglas cerró los ojos, el tacto de su piel lo embriagaba y quería más, mucho más. Lo supo enseguida, cuando su entrepierna escapó de su control.

Gabriella agachó la cabeza y, cuando la volvió a alzar, sonreía.

—Lo siento, yo… —balbució Douglas.

—No digas nada. —Gabriella besó sus labios con dulzura.

Fue entonces cuando la fiera que vivía dentro de Douglas, ese animal agazapado a la espera de una buena presa, emergió desde su alma y se transformó en pasión. Agarró la melena de la muchacha con una de sus fuertes manos y tiró con suavidad hacia atrás, haciendo que el mentón de esta quedara alzado, a merced de sus ganas de beber de ella.

La besó, la besó con la furia contenida que su instinto le dictaba, y se deshizo de la parte superior del camisón que cubría su tersa piel.

—Eres tan hermosa —susurró en su oído.

—Douglas…

—Te deseo, te deseo tanto…

La alzó y la tomó en sus brazos, para llevarla a su habitación, sin embargo, cambió de idea…, no era de recibo que ella viera…, no, era mejor en la alcoba que ocupaba Gabriella. Abrió la puerta con la pierna sin dejar de besarla.

La pasión bullía entre ellos y el deseo los hacía seguir la senda del anhelo más atroz y a la vez más placentero. Tenían hambre el uno del otro, un hambre voraz que era imposible apagar sin fundir sus cuerpos.

Él la depositó en el lecho e intentó deshacerse por completo de la prenda que la cubría. Pero la muchacha le indicó con un gesto que se detuviera, ella lo haría. Él trató de voltearla, quería besar su espalda y recorrer su silueta. Una vez más, ella permaneció clavada en la cama.

Douglas comenzó a sentirse algo incómodo, aunque el deseo seguía marcando la pauta a seguir y trató de hacerlo de nuevo.

—¡¡No!! —gruñó ella y lo empujó para quitárselo de encima.

—Lo siento, ¿he hecho algo que te incomodara? —preguntó él, jadeante y confuso.

—Vete…, déjame en paz —espetó retrocediendo en el lecho y tapándose con celeridad con el lienzo.

—Sea lo que sea que haya podido hacer…

—¡¡Que te vayas!! —lo cortó ella.

Douglas se levantó totalmente avergonzado y preso de la confusión más atroz. Abandonó la estancia, y Gabriella se quedó en la más absoluta soledad.

Se abrazó el cuerpo y palpó en su espalda la cordillera de piel cicatrizada. Se echó a llorar sin consuelo mientras apretaba las mandíbulas. Sentía haberle dado semejante trato a Douglas, era un buen hombre. Sentía haber intentado apagar su deseo creciente hacia él sin pensar en que él podría descubrir su secreto. Sentía haber dado un paso que podía arruinar sus planes, aquel beso, el primero, apenas un roce, le había contado que su vida estaba a punto de tomar un rumbo que jamás hubiera imaginado.

16

La mañana siguiente, Douglas se levantó cansado, demasiado. No había podido dormir al darle vueltas sin cesar a los acontecimientos acaecidos hacía tan solo unas horas.

¿Qué demonios había ocurrido?, ni él mismo lo sabía. Solo quería recorrer su piel desnuda, llenarla de besos. Admirar la curva que dibujaba su silueta, nada más. ¿Qué habría pensado ella que quería hacerle?, con toda seguridad, algo atroz y mezquino. No había que olvidar quién había sido su esposo y la forma en que se deshizo de ella.

No conocía de nada a aquel individuo, pero estaba seguro de que no debía tratarse de un dechado de virtudes.

Douglas salió de la torre con celeridad, era demasiado temprano y la implacable Morna ni siquiera se había levantado, la cocina estaba desierta. Hecho que el *highlander* agradeció sobremanera. No así Rory, que se hallaba en las cuadras cepillando a los caballos cuando él hizo acto de presencia en estas.

Tras hablar brevemente con él, montó a Curran y se puso en marcha. Aquel día no tenía ninguna visita prevista, así que decidió darse una vuelta por los cultivos y unirse a los jornaleros. El trabajo duro del campo lo haría olvidar, al menos por unas horas, aquello que torturaba su mente con saña.

Allí encontró a Andrew, que había sido el primero en llegar, y ambos decidieron esperar al resto hablando de temas sin más trascendencia que llenar silencios.

Los demás hicieron acto de presencia poco después y todos se pusieron a trabajar. A la hora en que paraban para llevarse algo a la boca, Douglas fue consciente de que se había marchado sin nada más que la ropa que llevaba. No tenía comida. Se maldijo a sí mismo cuando sus tripas comenzaron a rugir con furia.

—Coma algo, mi señor. Mi madre me ha dado comida para un ejército de hombres.

Douglas agradeció el ofrecimiento y devoró con ganas las viandas que la madre de Andrew había preparado con mimo para su no ya tan retoño.

Cuando el crepúsculo pintaba el cielo de colores vibrantes, todos se despidieron y Douglas volvió a Urquhart. Había disfrutado de la jornada y ello le hacía pasar por alto el cansancio que atenazaba su cuerpo. El trabajo duro había conseguido su cometido y veía el asunto de la noche anterior de modo menos dramático que cuando se levantó por la mañana.

Cuando entró en la torre y pasó por las cocinas, le preguntó a Morna, que lo miraba con cara de circunstancias, por Gabriella.

Ella le dijo que la había visto salir hacía varias horas y que todavía no había vuelto.

—¿Pero a dónde fue? —inquirió Douglas presa de una intranquilidad atroz.

—No lo sé, esa muchacha ni siquiera me lo dijo. Al menos podría tener un poco de consideración y despedirse. Parece que la educación y las buenas formas no son su mayor virtud, como uno que yo sé muy bien y no miro a nadie —dijo Morna en un tono cargado de retintín.

—Lo siento, Morna. Era muy temprano cuando salí esta mañana y no quise despertarte —se excusó Douglas.

—No te llevaste nada que echarte al buche, muchacho. Los humores[3], la enfermedad, no deberías jugar con eso.

—Si estoy más sano que un roble, querida Morna —soltó Douglas con jovialidad.

—¡Ay!, si *lady* Emily estuviera en vida, ¿qué diría de esta pobre sirvienta?, que he dejado de la mano a su pequeño. No quiero que luego su alma se presente a los pies de mi cama para pedirme cuentas —dijo la mujer sin dejar de trastear con los utensilios de la cocina que secaba cuidadosamente antes de ubicarlos en su lugar.

—Por dios, Morna, que hace mucho tiempo que dejé de ser pequeño —sentenció entre risas.

Douglas recorrió toda la torre buscando a Gabriella, pero no la halló. Después se acercó a las cuadras de nuevo para ver si Medea se encontraba en ellas. Cuando había arribado al castillo, le había dejado las riendas de Curran a Rory y no había entrado en las caballerizas. La yegua aguardaba en su establo, lustrosa y expectante.

El *highlander* se llevó la mano a la cabeza, ¿dónde demonios se habría metido esa condenada mujer?

Se encaminó fuera de la fortaleza y recorrió las inmediaciones sin hallarla. Fue en ese mismo instante cuando una idea cruzó su mente y descendió por el terraplén hacia la orilla del lago. Entonces la vio, su cabeza asomaba del agua mientras nadaba de modo suave, fusionándose con la calma que transmitía la laguna.

Durante años, Douglas no se atrevió a adentrarse en sus aguas, la leyenda de que había una criatura en el lago no era tal, era una realidad, pues él la había visto con sus propios ojos. Pensó en avisar a Gabriella, en ordenarle que saliera del agua, mas se contuvo.

Su padre lo había obligado a bañarse hacía muchísimo tiempo, y él mismo había navegado por el lago Ness sin que nada ocurriera. Incluso llegó a pensar que su avistamiento había sido producto de su mente infantil y fantasiosa.

Se ocultó detrás de unos matorrales y observó a la mujer que nublaba su mente hasta volverla opaca.

Nadaba y nadaba, flotaba bocarriba, se notaba que estaba disfrutando.

De pronto, Gabriella se puso en pie, de espaldas a él. No estaba desnuda, pero aquella camisa interior blanca y demasiado fina dejaba entrever su cuerpo.

Era hermoso, muy hermoso. Sin embargo, había algo extraño, eran como dibujos en su piel. Recordó entonces lo ocurrido la noche anterior, cuando ella no quería bajo ningún concepto

que le diera la vuelta en la cama, y un escalofrío recorrió su cuerpo al evocar la imagen de sus carnes dañadas el día que estuvo a punto de azotarla como si no fuera más que una niña malcriada.

Quería acercarse, aguzar la vista para ver mejor qué demonios era aquello, si bien, resultaría imposible que no lo descubriera, además, tenía que aprovechar y alejarse de allí antes de que ella lo hiciera.

Poco a poco y con sigilo, subió la cuesta empedrada. Cuando consiguió su objetivo y ya más tranquilo, pues un árbol lo ocultaba de ser sorprendido, un alarido le heló la sangre.

17

Se había metido en el agua porque necesitaba que el frío adormeciera su dolor. Desde la noche anterior no podía dejar de recrear en su mente el declive de su cuerpo a manos de ese miserable de Simon.

Si bien ya había sido azotada con anterioridad, jamás nadie había ejercido tanta brutalidad sobre su cuerpo como su controvertido esposo. Su padre y su abuelo no habían pasado de dejarle rojas las posaderas cuando era una niña con el cinturón o a mano abierta. Sin embargo, Simon…, aquello era otro cantar. Él utilizaba un látigo que laceraba su carne con pasmosa facilidad. Y lo hacía acompañado del odio y la maldad más explícitos, disfrutaba con ello y eso Gabriella lo sabía a ciencia cierta.

Su cuerpo había quedado totalmente deformado y se avergonzaba de ello, era mitad bella y mitad bestia, como si fuera la luna en cuarto creciente y su cara oculta lo estuviera porque no se puede mostrar al mundo.

Sumida en sus recuerdos atroces estaba cuando se levantó y se llevó las manos al rostro antes de proferir un grito animal, un grito para liberarse de todos sus fantasmas.

Fue entonces cuando escuchó ruido tras ella y se volteó con premura. Era él, Douglas, y con seguridad había descubierto su secreto.

—¿Qué demonios haces aquí?, ¡márchate! —ordenó e intentó cubrir su espalda, abrazándose a sí misma, aunque aquello fuese inútil una vez sorprendida in fraganti.

—Yo, lo siento, te buscaba y luego ese grito… —respondió él con seguridad, intentando por todos los medios que ella no notara que lo que había visto lo había dejado totalmente consternado.

Al gritar Gabriella, Douglas se había acercado para ayudarla, pensando que le ocurría algo. Y ahí sí pudo distinguir qué era lo que tenía la muchacha en la espalda. Conocía muy bien ese tipo de heridas, eran latigazos, latigazos que habían profanado su belleza.

En cuanto se percató de ello, fue consciente de la verdad con respecto a lo ocurrido la noche anterior, por ello, Gabriella no quería que la volteara, porque no quería que viera su cara posterior mancillada.

—¡Déjame sola, por favor! —exclamó ella.

Y Douglas estuvo tentado a hacerlo, a marcharse, no obstante, pensó muy bien qué debería hacer en ese momento. Llegó a una conclusión que bien podía ser demasiado atrevida, quizá incluso temeraria, pero era hombre de arriesgarlo todo cuando se hallaba entre la punta de

la espada y el muro más alto.

Douglas negó con la cabeza y comenzó a caminar hacia ella.

—¡¡Vete, vete de aquí!! —bramó Gabriella, furiosa.

Él siguió adelante, adentrándose en el agua y acercándose a ella, que podría haber nadado para alejarse de él, mas no lo hizo. Se quedó ahí, sin dejar de gritarle a Douglas que se marchara, con las lágrimas brota que brota de sus ojos. Hasta que decidió apagar su voz, cuando él estaba tan cerca de ella, tanto que podía notar su aliento sobre el rostro empapado por el agua y las lágrimas.

La abrazó y acarició su espalda, los dibujos que la poblaban, y le dedicó una mirada profunda.

—Eres hermosa, y amo cada pulgada de tu piel.

Douglas omitió decirle que, si tuviera al malnacido que la dañó ante él, lo atravesaría con su espada, aunque para ello se manchara las manos de sangre.

Gabriella clavó sus ojos marrones en los de Douglas y después los cerró. No era capaz de reprimir sus lágrimas, que en esta ocasión eran de felicidad. Era la primera vez que alguien le dedicaba palabras tan bonitas y él besó sus labios con dulzura, mientras no dejaba de acariciar su espalda dañada.

Él la tomó entre sus brazos y comenzó a caminar hacia el castillo. Cuando pasó por el patio de armas, Rory, que andaba por allí quitando malas hierbas, los observó boquiabierto, a la vez que enternecido por la hermosa escena.

Entraron en la habitación de ella y se abandonaron a la pasión, y, esta vez, Gabriella, que había llevado sus heridas con vergüenza durante los últimos años, se sintió tan querida, tan reconfortada, que olvidó por completo su cara oculta de la luna.

Douglas agarró a Gabriella de la mano, habían pasado la noche amándose sin poder dejar de hacerlo. Se habían tomado algunos descansos, pero de nuevo se sentían hambrientos el uno del otro y volvían a hacerlo, en una velada mágica e interminable, que dio paso al amanecer más hermoso que jamás habían visto los dos amantes.

—Quiero saber algo —dijo ella tan solo unos minutos antes.

—¿Qué es?

—Lo que quiero saber es por qué eres reacio a que nadie vea tu habitación, ¿es que tienes algún oscuro secreto que no puedes mostrarme?, ¿quizá el cadáver de alguna dama a la que rompiste el corazón? —inquirió ella, divertida.

—No…, por dios, ¿cómo puedes decir eso?

Fue entonces cuando tomó su mano y tiró de ella. Y ambos, entre risas, salieron de la alcoba con menos ropa de lo adecuado para no escandalizar a alguien si los sorprendía.

Se posicionaron ante la puerta de la de él y Douglas le dijo que cerrara los ojos.

Gabriella hizo lo propio y se dejó conducir por el *highlander*.

Cuando estuvieron dentro de la estancia, Gabriella percibió un olor que no supo

identificar, no era desagradable, pero sí algo fuerte.

—Espera un momento —dijo él, y el sonido de telas recias al caer llegó a los oídos de la muchacha.

—Ahora, abre los ojos, Gab.

Gabriella obedeció y estos se iluminaron al ver ante sí una pintura, un lienzo enorme en el que se veía ella, era ella…

Estaba desnuda, iluminada por lo que parecía el reflejo del fuego.

Ella sonrió.

—Fue la primera noche que pasé aquí…

Douglas asintió.

—No pude dejar de pensar en ti desde ese momento, y no me quedó otro remedio que plasmar ese recuerdo en un lienzo.

—Eres pintor…

Douglas asintió con rubor.

—¿Pero por qué te escondes? —preguntó ella al admirar las paredes de aquella estancia. Pinturas, muchas pinturas que llegaban hasta al techo. Y en este, frescos hermosos. La estancia era una verdadera obra de arte.

—No soy muy bueno, además, no está acabado —intervino él.

—No digas eso, jamás había visto tanta hermosura. Es increíble —soltó ella girando sobre sí misma con los brazos alzados.

—A mi padre no le gustaba que lo hiciera. Quería ir junto a un maestro que vio mis dibujos, él me prometió que me formaría para ejercer mi verdadera vocación. Pero mi padre insistió en que estudiara filosofía porque le sonaba bien la palabra.

Gabriella se aproximó a él y depositó un beso en sus labios.

—Todavía eres muy joven, y tienes un talento enorme, ¿por qué no lo intentas? ¿Aún puedes ir con ese maestro?

Douglas sonrió.

—No, murió hace algunos años, pero de verdad, soy feliz pintando a diario, no necesito que el mundo me vitoree por ello.

—Es una pena que no lo hagan.

—Lo acabas de hacer tú, así que ya puedo sentirme dichoso.

Gabriella respiró profundamente y se prometió a sí misma que el día que consiguiera labrarse un porvenir como médico, haría lo posible por ayudar a dar a conocer la obra de Douglas Grant.

18

Douglas era un pintor prolífico que conseguía plasmar lo que sus ojos veían y también lo que su mente imaginaba en un tiempo muy corto, pero jamás pintó una obra tan buena con tanta rapidez. Era ella, Gabriella, que se había erigido en musa y se había colado en su mente, para salir en forma de pinceladas.

Ya hacía tiempo que no pintaba, le había mentido en cierto modo con eso de que lo hacía todos los días, era desde que ella estaba allí que había retomado su gran vocación con ansia, tal y como había yacido con Gabriella la noche antes.

En aquel momento se hallaban los dos en el lecho de él, Gabriella decidió que esa alcoba era mucho más bonita y que los dos podrían dormir juntos allí. Él no puso impedimento alguno para ello.

Morna no salía de su asombro y los miraba sin entender nada. La mujer ya no se acordaba de que un día fue joven y estuvo enamorada, precisamente del hombre que todavía bebía los vientos y las tempestades por ella.

Los días pasaban y la pareja no se separaba, salían, entraban… Siempre entre risas y besándose en cada rincón del castillo, con esa ansia que tienen los recién enamorados.

El invierno dio paso a la primavera y esta al estío. Se bañaban en el lago, disfrutaban de su amor, incluso fueron a Inverness a visitar a Callum y Megan, que de nuevo iban a ser padres.

Gabriella había encontrado una gran amiga en Megan, que jamás olvidaría que ella le había dado el aliento que necesitaba cuando todos la creían loca por no querer separarse de su bebé.

Callum y Megan devolvieron la visita el mismo día en que Gabriella cumplía su segunda década de vida. A Megan todavía no se le notaba el embarazo y no le era muy difícil moverse con libertad, eso sí, no dejaba de vomitar, cada mañana se la escuchaba blasfemar por ello.

Se hallaban los cuatro en el lago. Callum y Doug jugaban en el agua a ahogarse el uno al otro, parecían chiquillos, aunque la treintena estuviera cada día más cerca.

Megan y Gabriella se encontraban sentadas en la orilla, las dos con las faldas arremangadas y el cabello todavía empapado, de haberse bañado tan solo un rato antes.

—¿Se lo has dicho ya? —preguntó Megan con cierto aire de reproche.

—No soy capaz de hacerlo, Megan. Y quizá sea mejor así. Irme sin más, que me odie por ello, así dejará de amarme —intervino Gabriella bajando el tono todo lo posible para que no se enterara el interesado.

—Conozco lo suficiente a Douglas para saber que él jamás podría odiarte. Te adora, más que eso, te ama. Y no sé por qué te empeñas en romperle el corazón, porque es lo que harás marchándote —la reprendió Megan.

—Él ya sabía que me iría, lo sabía desde el principio, desde que llegué a Urquhart. Que esto era temporal y que yo debía ir a Edimburgo.

—A Edimburgo…, ¿en serio crees que saldrá bien?, ¿te has preguntado lo que implicaría ir allí, hacerte pasar por un…, ¿te has mirado?, eres menuda y muy delgada, tus facciones son angelicales, impropias de un hombre. Además, si estudias medicina y luego quieres ejercerla, tendrá que ser como hombre, ¿vas a vivir siendo lo que no eres toda tu vida?

Gabriella la observó sin pestañear. Claro que se había hecho todas aquellas preguntas. Pero sus intenciones iban mucho más allá que pensar en que no podría volver a ser una mujer nunca más. De haber tenido ella conocimientos de medicina hubiera curado a Albert, y sus hijos estarían vivos… No, era un sacrificio que ella les debía, y por mucho que amara a Douglas, tenía que partir.

—Se está bien aquí —dijo ella para cambiar de tercio con descaro.

—¿Crees que ignorándome y cambiando de tema arreglarás algo? No, señorita. Es más, voy a decirte una cosa —dijo Megan levantándose y señalándola con el dedo—: te conozco desde hace solo unos meses y hemos pasado buenos momentos juntas, pero Douglas es mi amigo, casi un hermano. No le hagas daño, o te las tendrás que ver conmigo, y te advierto que no soy alguien con quien debas enemistarte.

Gabriella agachó la cabeza. Era cierto, todo lo que Megan le había dicho era una gran verdad, sin embargo, se había pasado toda la vida cumpliendo con la voluntad de los demás, nunca había podido hacer algo por ella misma, por su propia decisión de vivir a su manera.

Ser médico era su sueño, un sueño quizá inalcanzable, si bien, había padecido mucho, esperado durante años para cumplirlo, y Doug se había cruzado en su vida para llenarla de color. Los últimos meses los había vivido como la esposa de Douglas Grant. Muchas veces escuchó los reproches por su boda secreta por parte de algunos miembros del clan, mas no le habían confesado a nadie el modo en que se unieron.

Había sido una buena época, digna de permanecer en sus recuerdos durante mucho, mucho tiempo. Pero tenía que irse, ya disponía del dinero que necesitaba hacía varias semanas y había alargado su estancia porque no era capaz de separarse de Douglas.

Este, en su día, le hizo la promesa de acompañarla, sin embargo, ella no quería prolongar más aquella agonía, amaba a Douglas y necesitaba alejarse de él para poder concentrarse en cumplir con su cometido. Con los años, si él seguía solo y lograba perdonarla, quizá pudieran tener una vida juntos, aunque no sería fácil. Su destino pasaba por convertirse en una nueva persona, en un hombre. Douglas no tendría cabida en su vida, lo mirara como lo mirara, no había salida, lo único que podía hacer era marcharse sin decir adiós; hacerle daño, aunque la implacable Megan la odiara por ello.

—Dile a Douglas que estoy en la torre, no me siento demasiado bien —anunció Gabriella levantándose del suelo y dándose varias palmadas en la falda para quitarse la tierra.

—Eso, huye y no enfrentes tus problemas. Por favor, Gabriella, piénsalo bien, Douglas es un hombre maravilloso y te ama. Además, sé que tú también lo amas a él, a mí no me engaña tu

frialdad. Te duele marcharte y dejarlo te lacera el alma —sentenció Megan con sinceridad.

Los ojos de Gabriella se tornaron acuosos y, sin decir nada más, se alejó terraplén arriba.

Megan negó con la cabeza. ¿Qué demonios podía hacer?, Callum le había dicho que no se inmiscuyera en los asuntos de Douglas, pero le era imposible no hacerlo. Adoraba a su amigo y había llegado a tenerle muchísimo aprecio a Gab. Se sentía una traidora por callarse, por no decirle a Douglas que Gabriella tenía pensado partir en breve sin despedirse.

Los dos hombres se acercaron a ella empapados y sin poder dejar de reírse.

—¿Dónde está Gab, Megan? —preguntó Douglas con el ceño fruncido.

—No se sentía bien y regresó a la torre —respondió Megan en un tono monocorde que a Douglas no le pasó inadvertido.

—¿Ocurre algo? —inquirió él.

—No, no es nada. —Megan tuvo que hacer de tripas corazón para no decirle a su amigo la verdad.

—Lo cierto es que Gabriella me tiene preocupado, hace días que la veo triste y no consigo que me diga por qué. Soy tan feliz con ella, amigos. A veces creo que el destino me puso en ese mercado para que mi vida se uniera a la suya —soltó Douglas, embriagado de dicha.

«¿Pero este hombre no es consciente de la realidad?» pensó Megan.

Callum le dirigió una mirada y negó con la cabeza, sabía lo que su mujer pensaba hacer, aquellas últimas palabras de Douglas habían clavado una daga en su pecho.

—Te comprendo, amigo, no hay nada más gratificante que el amor —apuntó Callum, en un esfuerzo soberano para que Douglas no notara nada extraño en la actitud de él y de su esposa.

—¿Qué te voy a decir a ti?, tienes a una mujer que no mereces —rio Douglas y luego añadió—: y hablando de mujeres, iré a ver qué tal se encuentra la mía.

Douglas los dejó solos y Megan no pudo evitar darle un tirón en la oreja a su esposo.

—¡Ay! —se quejó él—, ¿se puede saber por qué has hecho eso?

—Porque te lo mereces, malnacido. Yo quiero decirle la verdad, es nuestro amigo, y tú prefieres evitar problemas, callándote. ¿En serio piensas que estás haciendo lo correcto? —le reprochó Megan, con una mano en la cadera, la otra apuntándole al rostro con un dedo índice acusador.

—Es mejor dejar que los acontecimientos se produzcan de modo natural, no podemos forzarlos. Además, creo que Gabriella al final no se irá, ¿no ves que lo que pretende es la cosa más disparatada que se haya oído jamás?, vestirse como un hombre para ingresar en la universidad, ¡una mujer en la universidad!, es que no puedo menos que troncharme de risa.

—A ver, malnacido, no habría ningún problema en que Gabriella fuera a una universidad a estudiar si es lo que le apetece hacer, no lo habría si los hombres dejaran de tratarnos a las mujeres como seres inferiores, cuando somos iguales que ellos. Tenemos dos brazos, dos piernas y una cabeza sobre el cuello, unos ojos para ver y una boca para hablar, ¿qué hace que no se nos permita el acceso a la sabiduría?, ¿por qué nuestro destino solo pasa por ser madres y esposas que hacen labor y se ocupan de la casa? No, querido esposo, yo comprendo a Gabriella,

comprendo que quiera hacer su voluntad y perseguir sus sueños. Lo que no entiendo es que para ello tenga que convertirse en algo que no es, y sacrificar toda su vida por ello, cuando ama a Douglas con todo su corazón y él la ama a ella. Quizá yo soy demasiado romántica, qué se yo, pero jamás dejaría a un gran amor por un sueño imposible de realizar sin perderlo todo.

—Querida, sé que es difícil admitirlo para ti, pero los hombres estamos dotados de un intelecto difícil de alcanzar para las delicadas féminas.

—¡Callum!, no me puedo creer que me haya casado con un ser tan purista. Quizá tendrías que haber contraído nupcias con una de esas mujercitas que besan el suelo por donde pisa su esposo. Por suerte, yo no soy una de ellas. Qué vergüenza, Callum MacKay.

Megan se levantó las faldas y se alejó de su marido subiendo, con no cierta dificultad, el terraplén.

19

Era un individuo alto, ataviado con ropa oscura y cubierto por una capa. Llamó al desvencijado portón de la casa humilde, cuya ubicación le había proporcionado su cliente unos meses antes de morir.

La puerta se abrió y una muchacha menuda, casi una niña, asomó su rostro angelical manchado de barro, que se fusionaba a la perfección con sus mejillas sonrosadas.

—Hola, ¿la señora MacEanraig? —inquirió el forastero con determinación.

Ella asintió con la cabeza.

El hombre miró sus apuntes, la mujer que buscaba acababa de cumplir veinte años, y la muchacha que tenía frente a él era apenas una niña. Su intuición le decía que estaba ante la persona equivocada.

—¿Cómo te llamas, muchacha? —preguntó.

—Iona, señor, Iona Gordon —aclaró ella.

El hombre entrecerró los ojos y siguió con su interrogatorio.

—¿Puedo hablar con el señor MacEanraig?

La muchacha asintió con la cabeza, y se disponía a entrar en la casa, cuando una potente voz la dejó en el sitio, inmóvil.

—¡¡¿Se puede saber con quién estás hablando, endiablada mujer?!! —Apareció en el umbral de la puerta un hombre orondo, de tez enrojecida y nariz prominente. Mayor, demasiado para la mujercita que permanecía temblorosa ante el extraño.

—El señor MacEanraig, supongo…

—¿Qué quiere de él? —inquirió el susodicho de malos modos.

—Me presentaré, soy Arthur Brown, el abogado del señor Kincaid, el abuelo materno de Gabriella Rodríguez.

Simon frunció el ceño, y a punto estuvo de decirle que había vendido a Gabriella meses atrás, mas se contuvo. Si había un abogado en la puerta, y más concretamente, el del abuelo de su antigua esposa, solo podía ser por un asunto jugoso, muy jugoso para él.

—La señora Rodríguez es su esposa, ¿cierto? —inquirió el letrado.

—Por supuesto que sí —respondió Simon, en un tono notablemente más amable del que había empleado al sorprender al forastero en la puerta y ante la mirada estupefacta de la

muchacha que todavía no había sido capaz de moverse del lugar.

—Pero… ella dijo que era la señora MacEanraig —intervino el abogado atusándose el cabello mientras dirigía la mirada hacia Iona.

—¡Oh!, sí, claro, ella es la viuda de mi hermano que en paz descanse y en gloria esté. Yo le doy cobijo, ya sabe, es muy joven y está sola en el mundo —mintió Simon.

—Entiendo. Pues verá, necesitaría hablar con su esposa, si fuera posible.

—En este momento no se encuentra aquí, se halla de visita en casa de una amiga de la familia. Está a punto de dar a luz y mi esposa es una santa mujer que siempre presta ayuda a quien lo necesita.

—Ah, bien. ¿Y cuándo podría hablar con ella?

—¿Es necesario?, como su esposo llevo todos los asuntos que la conciernen, así que puede hablar conmigo, yo le transmitiré su mensaje.

—Me temo que el señor Kincaid fue claro en ese aspecto. Todo asunto sobre su herencia se ha de tratar con su nieta y con el beneplácito de esta.

«Herencia», pensó Simon con los ojos como platos. Siempre creyó que ese sinvergüenza de Kincaid estaba en la ruina. Si no, ¿por qué prácticamente le vendió a su nieta cuando solo era una mocosa?

—Pues no sé bien cuánto tardará mi esposa en volver, ya sabe cómo son las mujeres cuando de parir criaturas se trata, nunca se sabe cuándo lo harán.

—Verá, tengo que volver por estas tierras de aquí a un mes. Espero que para entonces ya esté su esposa de regreso y podamos tratar el tema de su herencia.

—Sí, perfecto, vuelva entonces, estoy seguro de que ella le recibirá encantada —soltó Simon con fingida amabilidad.

Se despidió del abogado y cerró la puerta tras de sí. Miró a Iona de arriba abajo y soltó:

—Querida, mañana nos vamos a Inverness…

20

Gabriella se encontraba en la habitación que compartía con Douglas, se había metido en la cama y su cabeza permanecía bajo las sábanas. Las palabras de Megan no dejaban de rondar su cabeza.

Era cierto, se había replanteado muchas veces abandonar sus intenciones de marcharse de Urquhart. El amor que sentía por Douglas era ya demasiado fuerte, había sido muy estúpida al no ser capaz de resistirse lo suficiente para caer en sus brazos y ahora tenía que pagar un alto precio por ello.

¿Cómo viviría sin dormir junto a él cada noche?, ¿sin que su piel caliente la envolviera y la hiciera sentirse en casa?, era algo que no quería pensar, pero su mente la traicionaba y el sentimiento de pérdida, incluso cuando todavía permanecía junto a él, era tan pesado como una losa.

La puerta de la estancia se abrió y los pasos de Douglas se hicieron presentes en el suelo de madera.

Gabriella asomó un poquito la cabeza, lo suficiente para poder ver, y allí estaba él, de espaldas, majestuoso y hermoso. Se había desprendido de la ropa mojada y la había dejado en el suelo. En otro momento, le reprocharía esa fea costumbre, aunque Douglas creía que estaba dormida y prefirió que lo siguiera pensando.

Douglas se secó con un paño y se metió en la cama. Abrazó a Gabriella, que se había dado la vuelta, no podía mirarlo a la cara en ese momento, no a punto de la lágrima. Decidió que al día siguiente partiría, pero cambió de opinión con respecto a hacerlo sin despedirse. Se armaría de valor y hablaría con él después de la cena.

Sintió la caricia del *highlander* en su magullada espalda, siempre hacía lo mismo, dibujaba sobre su piel, recorriendo las cicatrices que la poblaban.

—Te amo —susurró en su oído.

«Por favor, no lo hagas, si vuelves a decírmelo no seré capaz de marcharme. Y no quiero, no quiero que el amor me nuble la mente, son muchos años luchando por un sueño, un sueño que puede salvar a muchas personas, personas que se cruzarán en mi camino y requerirán de mis servicios cuando me convierta en un médico de prestigio».

Una lágrima furtiva escapó de uno de sus ojos, y a esa primera lágrima la siguieron más, hasta que su rostro quedó empapado de dolor.

«No puedo irme, te amo demasiado», pensó haciendo un esfuerzo soberano por no

verbalizar sus reflexiones. Acababa de tomar una decisión y respiró profundamente, minutos después, su respiración se enlentecía y el sueño la abrazaba.

Douglas se despertó y observó a Gabriella, sonreía en sueños. La tapó bien y se vistió. Bajó al salón y allí se reunió con sus amigos, que lo saludaron con una expresión extraña en su rostro. Era fácil ver que estaban disgustados el uno con el otro.

—¿Qué ocurre?, tenéis cara de funeral… —intervino Douglas, arrepintiéndose de inmediato, no hacia tanto que habían perdido a su pequeño como para andar con guasas sobre la muerte.

—Nada, tu amigo, que tiene una idea muy primitiva de lo que puede o no puede hacer una mujer… —dijo ella con retintín.

—No seas exagerada, mujer, lo que he dicho no es ningún disparate, son hechos probados, ¿cómo si no te explicas que las personas que han hecho grandes avances sean hombres? —inquirió Callum sentado en un sillón, con las piernas colgando del reposabrazos.

—Es fácil, no se nos deja hacer nada que se salga de los límites que nos imponéis vosotros los hombres. Es más, estoy segura de que muchos de esos grandes eruditos que han hecho maravillas, tenían a una gran mujer a su lado y que parte, sino todo el mérito, fue de ella.

—¡No me lo puedo creer!, ahora resultará que vosotras las mujeres sois las que habéis creado el mundo y que Dios es una mujer, ¿cierto?

—¿Pues por qué no?, nadie lo ha visto, ¿y si en lugar de ser un hombre fuera, por poner un ejemplo, una cabra? —preguntó ella reparando de inmediato en su metida de pata.

—¡Querida, bravo!, Dios una cabra…, entonces el diablo qué es, ¿un adorable cachorro de oso?, en ocasiones he de admitir que me irritas sobremanera, Megan.

—¡Eh, eh, eh!, haya paz —intervino Douglas levantando las manos—, ¿a qué viene esta lucha entre hombres y mujeres?

—No es nada, mi esposa está algo alterada, eso es todo…

—¿Y por qué, Megan?, si es que puedo saberlo —dijo Douglas llevándose la mano a la cabeza.

Megan inspiró aire con fuerza y lo soltó de un bufido. Cruzó la mirada con la de Callum, que movía la cabeza en señal de negación una y otra vez.

—Nada, solo es que este hombre a veces saca lo peor de mí —se justificó como pudo.

—Pero ¿dónde ibas a encontrar alguien mejor que Callum? Sé que a veces puede ser algo insufrible, terco, descuidado, atolondrado…

—¿Algo más, amigo?, ¿te debo algo?, porque si es así, espero que me lo digas en lugar de seguir dedicándome lindezas —replicó Callum con fingido enfado.

Morna entró en la estancia y les indicó a los jóvenes que la cena ya estaba servida en el comedor.

—¿Mi esposa sigue durmiendo? —preguntó el *highlander* encogiéndose de hombros.

—Sí, he llamado a la puerta, pero no me ha contestado, así que he decidido que volvería

más tarde, ¿quiere que lo haga, señor? —inquirió Morna dotando su tono del formalismo fingido que se gastaba cuando había invitados en el castillo.

—No te preocupes, yo mismo iré —anunció Douglas caminando hacia las escaleras.

Callum y Megan se miraron y desviaron con celeridad sus rostros para hacer notar que estaban realmente enfadados el uno con el otro.

Morna rio, aquellos dos le recordaban tanto a ella y a Rory cuando eran jóvenes. Siempre discutiendo, pero amándose con verdadera devoción.

Momentos después, Douglas apareció jadeante en la sala.

—¡Gabriella no está!

21

Douglas se hallaba sentado en uno de los sillones de la sala. Las rodillas inquietas, los codos apoyados en estas, sus dedos presionando las sienes.

—Es que no me lo puedo creer, pensé que aquella locura había quedado bien atrás, pero tal parece que no. Incluso le ofrecí acompañarla durante las primeras semanas… Qué estúpido me siento ahora. ¿Cómo pude pensar que ella abandonaría su sueño por mí? —dijo Douglas en un tono cargado de desesperación.

—Hoy mismo hablé con ella y me dijo que se marcharía sin despedirse. Intenté convencerla de que no lo hiciera, amigo. Pero igualmente lo hizo, y la odiaré por los restos por haberte dañado, no lo mereces, Douglas, te has portado como un caballero con ella —argumentó Megan arrodillándose delante de su amigo.

—¿Por qué no me lo dijiste, maldita sea?, hubiera hablado con ella, podría haber logrado convencerla —le reprochó Doug con un dolor lacerante en la garganta.

—No cargues contra mi esposa, amigo. Fui yo quien hizo que callara. Y te juro que pensé que no se iría, que se arrepentiría en el último momento de semejante locura. Lo siento, quizá debí hacerle caso a Megan y revelarte las intenciones de esa mujer.

—Lo que me extraña es que no se ha llevado nada, solo el dinero —intervino Doug.

—Suficiente, con dinero comprará lo que le haga falta para su viaje. El dinero todo lo compra y no entiendo por qué se lo dabas, es que mira que siempre has sido inocente, Grant —lo reprendió Callum ante la mirada inquisitoria de Megan.

—Douglas, querido. Si esa mujer ha sido capaz de abandonarte después de todo lo que has hecho por ella, no te merece. Estoy segura de que encontrarás una candidata mucho mejor y que se quedará contigo por amor, no por cumplir un sueño disparatado —intentó consolarlo Megan, aunque consiguió el efecto contrario.

El *highlander* se levantó del sillón y se dirigió tambaleándose a sus aposentos, una vez allí, agarró una daga y resquebrajó el cuadro que presidía la estancia, ese en el que se veía a Gabriella desnuda.

Se arrodilló frente al lienzo destrozado y dio rienda suelta a su tristeza, dejando que las lágrimas y los gemidos se apoderaran de él. Nunca…, nunca volvería a amar.

Los días siguientes, Douglas vivió un infierno. No salía de sus aposentos, no comía, se pasaba las noches en vela y maldecía una y otra vez el haberse enamorado de un imposible.

Ella nunca lo engañó, le dijo desde un primer momento que partiría para hacer realidad su sueño. Sin embargo, él se ofreció a guiarla y a ayudarla en Edimburgo. ¿Por qué había rechazado su compañía?, ¿cómo demonios se las apañaría sola?, ¿ya habría llegado a su destino?, seguro que a esas alturas se estaba riendo del desgraciado que había caído en sus redes y se había enamorado como un tonto de ella.

Callum y Megan se marcharon la jornada anterior. Querrían haberse quedado más tiempo, pero tenían que atender su negocio, así que Douglas se hallaba en la única compañía de Morna y Rory.

—Esa mujer…, mira, esposo, que yo sabía desde un principio que no era de fiar. ¿Cómo ha osado abandonar a nuestro Douglas?, con lo bien que la ha tratado. ¿Cómo te casas con un hombre para abandonarlo meses después sin despedirte? —inquirió Morna cuando cenaba con Rory en su pequeña casita.

—Yo sigo diciendo que me resulta extraño. Ni siquiera se llevó un caballo, ni ropa que ponerse, ¿crees que se marcharía con lo puesto por esos andurriales, cargada de dinero, a riesgo de ser asaltada por algún que otro maleante? No y una vez más, no me lo creo. Aquí hay gato encerrado, mujer… Y luego está lo de las pisadas…

—Otra vez con eso… Pueden ser de cualquiera, recuerda que teníamos a los MacKay aquí en ese momento.

—No, esas pisadas eran de personas ajenas a Urquhart.

—¿Y cómo lo sabes?, mira que tú eres un rey de la conspiración —inquirió Morna señalando a su esposo con el dedo.

—Porque llevo mucho tiempo quitando la maleza de ese patio de armas y conozco las pisadas de cada habitante de este lugar.

—Me cuesta creerlo, alcornoque mío —intervino Morna negando con la cabeza.

—¿Cuándo vas a dejar de llamarme alcornoque, condenada mujer?

Morna no se molestó en contestar y se levantó de su silla para recoger la mesa. Rory permaneció sentado en la suya. Mirada al vacío, mente en la noche que Gabriella se marchó.

«Los perros…», pensó. No lejos de Urquhart, se escucharon ladridos de perro. La casa más próxima al castillo estaba bastante lejos y, que él supiera, no tenían perros. Eso es, no era de recibo descartar aquel indicio. Le comentaría sus inquietudes a su señor al día siguiente. Sí, eso haría.

22

La oscuridad se cernía sobre ella como una lengua emponzoñada y siniestra. El olor a excremento de caballo, la tierra húmeda y las lombrices que de vez en cuando le hacían cosquillas en las manos o en partes del cuerpo que ella se estremecía al imaginar, eran lo de menos, lo peor era el dolor punzante que sentía en su corazón. ¿Qué pensaría Douglas de ella?, Megan ya lo habría puesto al tanto y él no querría saber nada de su persona.

Y la realidad era bien distinta, ojalá hubiera estado en sus manos el marcharse por su propia voluntad, no sería todo tan horrible como la verdad, la más descarnada y abominable verdad.

Todo fue muy rápido, ni siquiera le dio tiempo a reaccionar, cuando sintió un fuerte golpe en la cabeza, un golpe que la hizo desvanecerse y ser incapaz de resistirse a que se la llevaran nada más ponerse el sol.

Cuando despertó, se hallaba en una jaula, junto a un perro que le enseñaba sus horribles dientes babeantes, y ladraba sin cesar, como si una extraña a la que no se había podido comer poblase lo que consideraba su morada.

Conocía a aquel perro, era enorme y letal. También a su dueño, Sloan Montes, un medio español como ella, antiguo vecino en su otra vida, cuando la padecía junto a Simon. ¿Pero por qué demonios se la habría llevado de Urquhart?

Hacía varios días que estaba en aquel establo encerrada, atada de pies y manos la mayor parte del tiempo y aislada de todo contacto humano. Salvo el momento en el que su antigua sirvienta entraba y le dejaba la comida, nadie había penetrado en aquel lugar.

Sin embargo, aquello estaba a punto de cambiar, y es que alguien abrió la puerta y recortó su figura horonda en el umbral, reconocería aquella silueta hasta en el infierno. Se trataba de Simon.

—Buenos días, querida —saludó.

—¿Qué demonios hago aquí? —inquirió demasiado débil para levantar la voz.

—Tengo entendido que no has probado bocado desde que volviste a casa. Y he de decir que no me parece nada bien que juegues así con tu salud. Has de estar sana cuando ese hombre vuelva a visitarnos —dijo él mientras paseaba de un lado al otro con las manos detrás de la espalda.

—No me has contestado, maldito bastardo —masculló ella entre dientes.

—¡Oh!, querida, me parece que has vuelto muy cambiada, quizá ese mequetrefe de

Douglas Grant no ha sabido ponerte en cintura, pero aquí estoy yo, tu amado esposo, para solucionar eso.

—¿De qué estás hablando?, tú ya no eres mi esposo. Me vendiste, ¿o es que no lo recuerdas?

—Fue un arrebato, un error que jamás me perdonaré, pero te he traído de vuelta a tu hogar. Además, no hay ningún tipo de documento que diga que lo hice. En cambio, sí hay uno que dice que estás casada conmigo, ¿sabes lo que podría pasarte si denunciara que me abandonaste por otro hombre?

Gabriella estuvo a punto de replicarle, de escupirle: «no serías capaz de hacer algo tan ruin, malnacido», no obstante, sabía que era inútil; Simon sería capaz de eso y de mucho más.

Se había pasado los últimos años haciéndose pequeña, en un intento de no dar razones para que Simon la maltratara, y nunca valió de nada. Él lo hacía porque sí, porque disfrutaba haciéndole daño, demostrándole una y otra vez su poder sobre ella.

—Douglas te encontrará y acabará contigo, estoy segura de ello —intervino la muchacha sin creerse sus propias palabras.

Douglas era un hombre alto y fuerte, aunque nunca lo había visto luchar. Si bien, Morna le había dicho que se las había tenido que ver con algún que otro maleante y que era difícil hacerle sombra al *highlander*. *«Viene de una estirpe de guerreros, niña, y mi Rory y su padre lo curtieron en el arte de la lucha, sabe defenderse llegado el caso»*. Recordó las palabras de Morna cuando ella le había preguntado por las armas que había expuestas en el salón.

«Ojalá sea así», rumió. Pero dudaba mucho que él pensara que la hubieran raptado, por el contrario, creería en que se había marchado a Edimburgo, a estudiar Medicina vestida de hombre…, de pronto, aquella idea le parecía descabellada y ni ella sabía por qué. Había sido la luz que la ayudaba a seguir adelante en todo el tiempo que vivió junto a aquella bestia malvada.

No quería volver a la oscuridad, se resistiría con uñas y dientes, y si la muerte la alcanzaba en el intento, habría valido la pena. Porque agachar la cabeza de nuevo, hacerse pequeñita ante Simon MacEanraig, no entraba en sus planes.

—No me hagas reír, no podrá hacer nada, ni lo hará. Sloan escuchó una conversación de lo más interesante a orillas del lago Ness. Así que tu hombre ha de pensar que te has marchado a estudiar en la universidad. Casi me ahogo con el vino cuando él me contó tus planes. Yo estaba cerca, disfrutando del espectáculo inigualable del crepúsculo cuando eso ocurrió y le dije: «ve y tráemela, eso sí, no te olvides de registrar su alcoba, ha de tener dinero escondido, esa mujer es peor que una hormiga».

»Estoy seguro de quién fue el que te metió todos esos pájaros en la cabeza, mi difunto hermano. Un ser tan estúpido como inteligente, mi madre siempre dijo que haría grandes cosas, y mira donde acabó, bajo tierra —Simon se carcajeó.

—No hables así de Albert, él sí era un hombre de honor, no como tú, que no eres más que un gusano —Gabriella escupió las palabras con saña.

Simon torció el gesto, ya no se reía. Se acercó a ella y le soltó una patada en el rostro, haciendo que su nariz comenzara a sangrar de manera profusa.

Después se agachó, la agarró por la pechera de su maltrecho camisón y espetó:

—Nunca…, ¿me oyes?, nunca vuelvas a ensalzar a Albert frente a mí, de lo contrario, te mataré con mis propias manos.

—Hazlo ya, y acabemos con esto —balbució ella sin poder evitar que el líquido se le colara en la boca y un sabor metálico la poblara.

—No, querida, en este momento necesito que permanezcas con vida. Es de vital importancia que el señor Brown, esa rata inglesa, te vea con sus propios ojos y así pueda heredar lo que me corresponde por haberte aguantado tanto tiempo.

Gabriella lo observó sorprendida. Arthur Brown era el abogado de su abuelo. No era inglés de nacimiento, pero sí era verdad que alguna vez había oído mencionar que tenía antepasados ingleses.

—¿De qué estás hablando? —inquirió ella a sabiendas de la respuesta.

—Es sencillo, querida, tu abuelo ha muerto y resulta que el malnacido tiene algo que heredarte.

Gabriella ató cabos de inmediato, tampoco era tan difícil. Simon la había traído de vuelta para adueñarse de la herencia de su abuelo. Sin embargo, ella sabía que este no tenía apenas para él, como para legarle algo a ella que no fuera la vieja casa donde había vivido toda su vida y varios animales escuálidos. ¿Qué pensaría Simon cuando se enterara de ello?

Quizá la dejaría libre…

—Mi abuelo no tiene dinero, Simon. Solo una casa vieja, y si le queda alguna vaca, será un milagro… —dijo ella con aplomo.

—Sí…, digna nieta de tu abuelo eres tú. ¿Cómo sino un abogado se desplazaría tan lejos si solo fuera por miserias?

Gabriella negó con la cabeza.

—No tengo ni la menor idea, pero créeme cuando te digo que mi abuelo nunca nadó en la abundancia.

—Ese individuo vendrá en unas semanas y ha de ver que estás sana como la fruta más jugosa. Así que vas a adecentarte y a portarte como una buena chica. Cuando me entreguen las posesiones de tu abuelo, podrás hacer lo que te plazca, siempre que no vengas a reclamarme nada —sentenció Simon, sin hacer el menor aprecio a las palabras de Gabriella, estaba cegado por la codicia.

Gabriella se estremeció. Su abuelo no tenía nada importante, estaba segura de ello. Era un cascarrabias que la había vendido, pero su madre siempre lo dijo, que había crecido en una familia humilde y que muchas veces no tenían que llevarse a la boca. Que su padre había trabajado hasta la extenuación para darles de comer sin que ello fuera suficiente. Al conocer al padre de Gabriella y construir una vida en común, no les fue mucho mejor, aunque los animales y el arte de su progenitor para aprovechar lo que le daban los cerdos que criaban, les sacó de muchos apuros.

Cuando Simon descubriera que no había nada, cuando fuera consciente de ello, no la dejaría marchar y lo que haría con ella no sería bueno. Bien sabía cómo soltaba la rabia contenida su antiguo esposo.

23

Rory se presentó ante Douglas, que se hallaba en su pequeño despacho. Hacía mucho tiempo que no lo pisaba. Estuvo tan envuelto en su vida junto a Gabriella que había perdido sus viejas costumbres.

Después de pasar varios días sumido en las tinieblas, había decidido hacerse fuerte y vivir ignorando el dolor que todavía laceraba su pecho.

—Tengo que hablar contigo, Douglas, sé que no quieres ni oír mencionar el tema, pero es importante que te muestre lo que he descubierto —intervino el anciano.

—Si vas a empezar de nuevo con los ladridos de perro y las pisadas en el patio, mejor déjalo. Gabriella se ha marchado y prefiero no volver a hablar de ella en la vida, ¿lo has entendido? —espetó Douglas con las manos en puños.

—De verdad, si me acompañas y ves lo que yo he visto, estoy seguro de que cambiarás de opinión.

Douglas resopló incómodo.

—¿Por qué te empeñas en abrir mi herida, viejo? —gruñó Douglas.

—¿Y tú por qué te empeñas en no ver más allá de tus narices, hijo? —Rory le lanzó una mirada desafiante a su señor.

»Te has empecinado en demonizar a esa muchacha, sin hacer nada por saber qué le ocurrió para esfumarse sin más de su habitación.

—¡Ella quería irse sin despedirse!, se lo dijo ese mismo día a Megan en el lago…

—Puede ser, pero las casualidades existen, hijo. Dudo mucho que se hubiera marchado sin decirte adiós, y mira lo que voy a decirte, yo creo que nunca se hubiera ido. La luz de su mirada me decía que te amaba, al igual que tú a ella. No, yo no creo que se haya ido sin más, así que levanta tus posaderas de esa silla y ven conmigo sin rechistar.

Douglas abrió mucho los ojos y negó con la cabeza, diciéndole sin palabras a Rory que no se extralimitase, que, aunque lo conociera desde que nació y para él fuera casi un padre, seguía siendo un criado y él el señor.

—Está bien… —claudicó.

Rory le dedicó una sonrisa. Cuando Douglas se levantó para seguirlo y se aproximó a él, posó su mano en el hombro del muchacho, porque para el anciano siempre sería un niño, y sentenció:

—Estoy seguro de que lo que vas a ver hará que las nubes de tu cabeza se despejen para siempre. No hay nada más absurdo que no poder ver la punta de la espada cuando está a punto de atravesarte por andar distraído arrancando los pétalos de una flor.

Los dos hombres cabalgaron sendos caballos hasta el punto en que Rory avisó a su señor que se detuviera. El anciano desmontó, no con la agilidad de antaño, pero todavía se defendía, pues había sido un hombre fuerte, antiguo y valeroso guerrero.

Douglas desmontó a Curran y se acercó a su sirviente que estaba agachado en el suelo.

—Mira, muchacho… —anunció mostrándole varios excrementos algo resecos esparcidos en la tierra.

—¿Mierda?, ¿eso es lo que quieres mostrarme? —inquirió Douglas haciendo aspavientos.

—Es de perro, Douglas. Como te dije, la noche en que desapareció Gabriella, escuché ladridos. Además, mira, ahí hay restos de una hoguera. ¿No te parece extraño?

—Por dios, Rory, ¿y esto es lo que demuestra que Gabriella no se fue por su propia voluntad?, yo mismo he hecho fuego y he descansado cuando he emprendido un viaje. No tiene por qué estar relacionado con ella…

—Eso es porque no has visto lo mejor, no he querido moverlo de aquí para que tú lo vieras…

Rory se alejó y se internó en unos matorrales, se agachó, tomó algo que halló en el suelo y lo trajo.

Douglas lo tomó entre sus manos e inspiró el aire con fuerza, para soltarlo en un bufido notable.

—Son nuestros colores… —balbució.

Rory asintió con la cabeza.

Era una manta con los colores del tartán de los Grant, una manta que ni tan siquiera había echado de menos, pero ahora caía en la cuenta de que ya no estaba en la cama que compartía con Gabriella.

Douglas la observó con detenimiento y una idea cruzó su mente: «¿Y si Gabriella se la había llevado y la había abandonado después de hacer una fogata para pasar la noche?, pero ¿por qué descansaría tan cerca?, ¿y la mierda de perro? No, ahí había algo que no cuadraba y pudo constatar que así era cuando vio que la manta tenía manchas de sangre.

***

—No sé qué hacemos aquí, Megan, no creo que sea bueno para el bebé que andemos de un lado para el otro con asuntos que no nos conciernen, además, tenemos la librería cerrada, sabes que vivimos de vender libros, ¿cierto? —gruñó Callum mientras seguía a su esposa que caminaba a paso rápido por las calles de Edimburgo.

—Es sencillo, Callum, ayudar a nuestro amigo, porque no voy a dejar que esa mujer se salga con la suya, al menos déjame que la confronte, que le diga en la cara lo desgraciada que es

—espetó Megan agarrándose la tripa, que todavía era prácticamente inexistente, salvo por las molestias que sentía de vez en cuando y que la hacían recordar que estaba encinta.

—Deberíamos dejar estar el asunto. Nuestro amigo ya ha decidido mirar hacia delante, y seguir con su vida. ¿Por qué ir a hacer la herida más grande de lo que ya es? —inquirió Callum agarrando a su esposa por el brazo y haciendo que se detuviera.

—Querido, no he venido hasta aquí para discutir. Ha sido un viaje horrible y quiero acabar con esto cuanto antes. Estamos cerca de la facultad de Medicina, preguntaremos por si ha ingresado algún alumno en los últimos días, o si alguien ha venido a pedir información de cómo matricularse.

—¿Y qué le vas a decir?, «Buenos días, ¿por casualidad ha visto a una mujer vestida de hombre intentando matricularse?» —Callum imitó la voz de su esposa.

—Eres insufrible, Callum. Con preguntar si han visto a un chico menudo y frágil creo que habrá suficiente, si ha estado aquí, estoy segura de que no habrá pasado inadvertido.

—Puede ser…, en fin, vayamos a ello, tengo ganas de buscar una posada y dormir un poco antes de regresar a casa —dijo Callum con verdadera ansia por ello.

24

Sloan entró en su pequeña y humilde casa. Pestañeó varias veces y pensó por un momento que no se había equivocado y se hallaba en un hogar que no era el suyo.

—Hola —saludó Iona con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola, mi amor, nunca me acostumbraré a esto —intervino él aproximándose a la muchacha y cobijándola entre sus brazos.

La casa relucía. Su casa, que siempre había estado desordenada y bastante dejada en lo que a limpieza se refiere, ahora parecía un palacio. No necesitaba que Iona se deslomara fregando suelos de rodillas ni lavando ropa sin cesar, tampoco era para él una prioridad que lo recibiera todos los días con un plato humeante en la mesa. Con su amor le bastaba y bien caro había sido el precio que había tenido que pagar para poder estar a su lado.

Conoció a Iona en casa de Simon MacEanraig, un día que los dos hombres acordaron verse para irse de caza. Sloan era mucho más joven que Simon y este último había desarrollado una especie de simpatía por él, simpatía que el joven no compartía, si bien, irse de caza era algo que le agradaba, y como no tenía a nadie más para hacerlo, aceptaba la compañía de aquel individuo, que además era su vecino.

Estaba acostumbrado a ver a la tímida Gabriella, siempre con la cabeza gacha y la voz ahogada, el cabello revuelto y los ojos tristes. Era una mujer bonita sin más, que era más o menos de su edad, además de ser medio española como él. No había muchos hijos de excombatientes que lucharon en el levantamiento jacobita de 1719 por aquellos lares. Gabriella era la única que conocía, aunque nunca habló con ella directamente, fue Simon quien se lo dijo, durante una de sus salidas para cazar venados.

La mañana en que Iona le abrió la puerta, también lo hizo con la de su corazón y desde ese momento no había podido quitársela de la cabeza.

La pensaba, la soñaba, la besaba en su imaginación, la hacía suya. Lo que él desconocía era que la joven le correspondía.

No tuvieron más contacto que las miradas furtivas, que las palabras bajitas, que los encuentros clandestinos en el cobertizo, cuando ella decía ir a ocuparse de los animales.

El día que aquel individuo alto y con aspecto de venir de la ciudad hizo acto de presencia, todo estuvo a punto de venirse abajo para la pareja. Simon iba a vender a Iona y así se lo contó a su amigo Sloan.

—¿Por qué deshacerte de ella?, ¿es que acaso ha hecho algo malo la muchacha? —

preguntó él con un pellizco en sus entrañas, un pellizco fuerte y doloroso.

—No…, Iona es una mujer apetecible, ya sabes a qué me refiero. Tiene lo que todas las jovencitas de su edad, todavía le falta picardía y rebosa inocencia. Sin embargo, he de recuperar a Gabriella, porque ello me hará inmensamente rico… Y eso pasa por vender a mi actual esposa.

El corazón de Sloan palpitaba con fuerza en su pecho. No tenía dinero para comprar a Iona para él y así liberarla de un futuro incierto lejos de sus brazos. Aunque, por otra parte, ¿qué podía ser peor que ser la esposa de Simon MacEanraig? Iona no solía hablar de él, pero no era estúpido, había visto las marcas que tenía la muchacha en su espalda

Ella siempre lo justificaba: «He hecho esto mal, he quemado la comida, me he negado a complacerlo. No temas, es un buen marido».

A Sloan le hervía la sangre cuando ella intentaba quitarle hierro al asunto. Seguía con su fingida amistad con MacEanraig por estar lo más cerca posible de ella, si bien, sentía repugnancia al pensar en que ese maldito bastardo acariciaba la piel suave y blanca de su Iona.

—¿Y por qué no me la vendes a mí?, dime, MacEanraig, ¿cuánto pides por ella? —inquirió Sloan con una desesperación que no supo disimular.

—¡Oh!, Sloan, malnacido, ¿quién me iba a decir que querías poseer a la mujer de tu buen amigo Simon? —preguntó este con un tono socarrón que al muchacho sorprendió sobremanera.

—Es una joven bonita y yo estoy solo —dijo como para quitarle importancia, no podía dejar entrever que estaba enamorado de ella hasta las trancas.

—Pues mirado así, me ahorrarías un viaje a Inverness y, además, preferiría vendértela a ti que a uno de esos maleantes del mercado. Aunque siendo realista, no creo que puedas pagar su precio…

—No nado en la abundancia, pero puedo hacer lo que me pidas, soy un buen trabajador.

—La verdad es que sí puedes hacer algo por mí —intervino Simon con una sonrisa de dientes poco cuidados mientras se frotaba las manos.

Y Sloan tuvo que obviar sus escrúpulos y convertirse en el esbirro de Simon, en el hombre que vigiló los movimientos y conversaciones de Gabriella en el lago, para más tarde, golpearla a riesgo de sesgar su vida y raptarla.

Lo de meterla en la jaula del perro fue idea de Simon, según él, si Gabriella se despertaba, podía ser peligrosa.

Sloan no estaba orgulloso de lo que había hecho. En su defensa, siempre podía recurrir a que lo hizo por amor, por desesperación o por miedo, puede que la mezcla de los tres.

Todo el remordimiento por lo ocurrido se ocultó en su alma, que no desapareció, claro está, cuando Simon le entregó a Iona. Por fin eran libres para amarse. Tuvieron que hacer un esfuerzo soberano por reprimir las ganas de besarse, de tocarse, hasta que Simon salió de la desvencijada choza de Sloan, choza que ahora era como un pequeño paraíso, cuya reina le había robado el corazón sin permiso, sin consideración.

—¿Simon tiene todavía a Gabriella encerrada en la pocilga? —preguntó la muchacha con pesar.

—Sí, pero ya queda poco tiempo, la sacará de ahí antes de que ese abogado regrese —

dijo Sloan mientras se sentaba a la mesa.

—Deberíamos hacer algo por ayudarla, no estoy segura de que Simon tenga buenas intenciones —confesó Iona sentándose frente a él.

—No podemos meternos donde no nos llaman, mujer —espetó él algo molesto, o en realidad avergonzado, sí, era más probable que fuera vergüenza en lugar de molestia lo que sentía por dentro.

—Simon es un hombre horrible, no sabes de lo que es capaz —anunció la joven.

Sloan dio un golpe suave con ambos puños en la mesa.

—¿Pero no decías que era un buen marido?, ¿a qué viene ahora que me digas lo contrario?

—Lo hacía para que no te mancharas las manos de sangre, amor mío. Pero la realidad es que es un monstruo.

Los ojos de Iona se llenaron de lágrimas y Sloan se levantó de su silla para arrodillarse junto a ella y acariciarle el rostro.

—Lo siento, amor. Tienes razón, ese hombre es despreciable y yo también lo soy. Le hice daño a Gabriella, pero fue por un buen motivo, fue por ti, para estar a tu lado —argumentó él sin dejar de acariciarla.

—Lo sé, y estoy segura de que para ti representa una gran carga. Aunque también lo estoy de que podemos ayudarla a escapar de las fauces de Simon MacEanraig.

Iona clavó sus preciosos ojos azules en los de Sloan, negros como la noche.

—¿Y qué propones?

25

La duda no es una buena compañera y si la unimos a los remordimientos, la sospecha y la desesperación, la cosa se enreda. Así estaba Douglas, preso del ruido mental más atroz, mientras caminaba de un lado al otro del salón.

—¿Y qué demonios se supone que tengo que hacer ahora?, si está en peligro, si de veras lo está, no podré perdonármelo en la vida. Me dejé llevar por mi orgullo herido, y ahora quién sabe dónde se encontrará mi esposa —dijo con energía.

—Lo sé, amigo. Y me siento culpable. Porque Megan y yo creímos que ella se había marchado voluntariamente, así se lo confesó a mi mujer, ¿qué otra cosa podíamos pensar?

Douglas se había encontrado a Callum en las cocinas con Morna a su regreso a Urquhart. Acababa de llegar y necesitaba hablar con su amigo lo antes posible.

Cuando este le explicó a Douglas que, nada más poner un pie en Inverness, Megan se había empeñado en viajar a Edimburgo, no se lo podía creer.

—Han sido varios días agitados, esta mujer mía no escarmienta y cuando se le mete algo en la cabeza es imposible hacerla cambiar de opinión —le había dicho su amigo—, por suerte, la he podido convencer de que aguardara en casa, mi tía se ha quedado con ella, para que no haga más locuras y descanse.

Callum le había explicado que en la facultad de Medicina no se había presentado ningún joven imberbe interesándose por estudiar en ella. Preguntaron a muchas personas y todas coincidían en lo mismo, no se habían producido nuevas incorporaciones a las aulas. Así que la pista de Gabriella se había perdido sin remedio.

Aquello, sumado a lo que le mostró Rory, fue la gota que colmó el vaso.

Douglas necesitaba encontrar a Gabriella, no sabía cómo lo iba a hacer, pero quedarse en Urquhart caminando de un lado al otro de la sala no iba a ayudarle a lograr dar con ella.

—Tengo que preguntar a mi gente, si alguien vio forasteros merodear por las cercanías hace unas semanas; y si llevaban un perro con ellos, tuvo que haberle llamado la atención.

Callum y él no perdieron el tiempo y salieron a preguntar a todo el que se encontraran. Nadie había visto forasteros por las inmediaciones de Urquhart, nadie salvo Andrew, que se había cruzado con dos hombres que viajaban en un carro tirado por un caballo bastante raquítico. Lo que llamó la atención del muchacho fue que, en la parte trasera, había una jaula de hierro con un perro grande en su interior que no dejaba de ladrar.

Douglas recordó que a unos metros de donde vieron los restos de la fogata y los

excrementos del perro, también hallaron otros pertenecientes a un equino.

—Puede que fueran ellos —apuntó Callum—, o todo es una casualidad y no tienen nada que ver con la desaparición de Gabriella, aunque llama la atención que se encontrara una de tus mantas cerca de donde hicieron la hoguera.

—A mí no me dieron confianza, no tenían muy buen aspecto, sobre todo el hombre grueso que hablaba con un tono demasiado alto y me pareció bastante maleducado. Los saludé al pasar y el más joven me devolvió el saludo, sin embargo, el otro me dedicó una mirada furibunda y se atrevió a increparme. El más joven lo tranquilizó y lo llamó «MacEanraig».

Douglas había oído antes aquel apellido, lo recordaba con claridad porque lo escuchó el día en que conoció a Gabriella, cuando no supo mirar para otro lado y la salvó de las garras de ese malnacido de Simon… MacEanraig.

—Se la ha llevado su antiguo esposo. ¡Demonios!, encontraré a ese malnacido como sea. Y eso pasa por ir a Inverness… —espetó Doug.

—A Inverness, ¿para qué? —inquirió Callum, extrañado.

—Porque si alguien puede darme cuenta del tal MacEanraig, es el hombre que medió cuando ese maldito bastardo puso a la venta a Gabriella.

Tras un viaje complicado, por una fuerte tormenta que sorprendió a los dos hombres que habían puesto rumbo a Inverness a caballo, arribaron a su destino. El sol apenas despuntaba y tenían la ropa húmeda y adherida al cuerpo. Megan y Ada todavía seguían dormidas.

Cuando la anciana tía de Callum, que los había escuchado entrar en la casa, apareció con una daga entre sus manos, su sobrino no pudo menos que echarse a reír.

—Para que luego digan que Ada MacKay es una mujer desvalida… —dijo su sobrino entre risas.

—Muchacho, que los últimos años me haya dedicado a criar vacas, no quiere decir que haya dejado de ser una guerrera.

Douglas esbozó una sonrisa.

Al parecer, Ada valía más por lo que callaba que por lo que contaba sobre ella misma. Había sido Lewis quien le confió a su sobrino en una ocasión que había conocido a la dulce y joven Ada en un campo de batalla y que ella le salvó la vida a él.

Callum abrazó a su tía con cariño y le preguntó por Megan.

—Ahí está, durmiendo como un angelito. Será mejor que no hagáis ruido, no ha pasado muy buena noche.

La expresión de Callum mudó de la sonrisa más amplia a la preocupación absoluta.

—Le he dicho en infinidad de ocasiones que tiene que descansar, pero esta mujer mía se empeña en hacer ver que no hay vida dentro de su vientre, no entiendo por qué está siendo tan irresponsable —gruñó Callum.

—Tiene miedo a encariñarse con el bebé y que ocurra como con el pequeño Eiden —confesó Ada con consternación.

—Pues si continúa comportándose como una mula de carga, será ella misma la que se encargue de que eso se repita —espetó Callum, enfadado.

—Serénate, amigo. No seas tan duro con Megan, es normal que todavía esté afectada y tenga miedo a que le ocurra lo mismo de nuevo. Sin embargo, yo estoy seguro de que eso no pasará y que tendréis un hijo sano y hermoso, con el carácter decidido de su madre y tan insufrible como su padre —soltó Douglas entre risas, risas que se apagaron en cuanto cayó en la cuenta de por qué estaba en Inverness.

De pronto se sintió culpable, culpable por haberse olvidado por un momento de que Gabriella podría estar en peligro. Y culpable por hacer que su amigo se alejara de donde debía estar en aquel momento: junto a su esposa.

—Iré al mercado, Callum. Me quedaré allí hasta que vea aparecer a ese individuo —anunció de pronto Douglas.

—No, ni pensarlo. Yo voy contigo —respondió Callum con determinación.

—¿Y Megan?, le haces falta…

—Es Megan la que insistió en ayudarte, como ya te dije, fue ella la que se empeñó en viajar a Edimburgo para encarar a Gabriella y la que prácticamente me obligó a ir a Urquhart a darte la noticia de que no habíamos podido dar con ella. Así que estoy seguro de que me mataría si te dejara solo en estos momentos.

Douglas quería replicar, pero sabía a ciencia cierta que era imposible hacer cambiar de opinión a Megan. Así que aceptó que Callum lo acompañara. Antes se cambiaron de ropa, la humedad de la que llevaban les calaba los huesos y no veían el momento de sentir la calidez de las prendas secas.

Esperaron durante más de una hora en el punto donde meses antes la mirada de Gabriella se había cruzado por primera vez con la suya, mas aquel individuo no apareció.

—Las ventas de esposas no son propias de este lugar. No creo que haya hombres que se deshagan de sus mujeres todos los días —apuntó Callum posando la mano sobre el hombro de su amigo.

Douglas agachó la cabeza, consternado. Comenzó a caminar y Callum lo siguió, extrañado.

—Preguntemos a los marchantes, con seguridad sabrán de él…

Callum asintió con la cabeza. Y los dos hombres decidieron separarse, para ir preguntando por el individuo que les interesaba encontrar.

No fue difícil que alguien les diera información sobre él. Nadie sabía su nombre, pero todos lo conocían por: el Francés.

26

El Francés no era de Francia. Era irlandés, sin embargo, tenía por manía hacerse pasar por un galo socarrón que podía venderle hasta el alma del ser más repugnante al mismísimo Dios, aunque este nunca las comprara.

De lo ocurrido para que anduviera haciéndose pasar por una persona que no era, nada se sabía. Él mismo había intentado olvidarlo y hasta podría decirse que lo había logrado.

El Francés vendía lo que podía y cuándo le era posible. Lo que más dinero le solía reportar eran las ventas de esposas, aunque en Inverness no era algo habitual y, quizá, si hubiera tirado para las tierras de los temidos ingleses, hubiera tenido más volumen de negocio con esa actividad en concreto. No obstante, la lógica del Francés era otra. Si no se producían muchas ventas de esposas en Inverness, como único mediador, y de buena fama, todo el que quisiera deshacerse de su mujer vendría a él. Además, como no eran muy conocedores del tema, solían cerrar el pacto sin documentos de por medio, hecho que al susodicho le encajaba a la perfección.

Aquella mañana se levantó temprano y sin mucho que hacer, pensó en meterse en la taberna hasta el mediodía. Beber era una de sus aficiones preferidas, y si de una buena cerveza se trataba, muchísimo mejor. No es que hiciera frío, no obstante, el cielo amenazaba tormenta de nuevo, de madrugada había caído una bien gorda y a él no le gustaba mucho caminar bajo el agua, tampoco sumergirse en ella. Una mala experiencia le había enseñado a no acercarse demasiado. A su mente acudió su cabeza dentro de una tina con agua, alguien presionándola para que siguiera sumergido, las manos atadas a la espalda y una agonía letal. Se estremeció y desterró su recuerdo como si fuera una hoja al caer de un árbol, lentamente, en un balanceo suave hasta llegar al suelo.

Cuando se disponía a entrar en su templo del alcohol, dos individuos lo agarraron por los brazos y cubrieron su cabeza con un saco.

***

—¿Crees que era necesario llevárnoslo a la fuerza, Doug? —inquirió Callum visiblemente nervioso.

—Era necesario. De lo contrario, esta rata se hubiera escabullido sin decirnos nada.

Se habían llevado al Francés a la granja de los tíos de Callum. Cuando Lewis los vio aparecer con un prisionero se llevó las manos a la cabeza.

—¿Pero es que os habéis vuelto locos los dos?, ¿cómo se os ocurre raptar a un hombre y traerlo a mi casa? —espetó el anciano entre aspavientos.

Callum le explicó a su tío lo ocurrido con Gabriella y que tenían la sospecha de que se la había llevado su antiguo esposo.

Lewis no daba crédito a las palabras de su sobrino. ¿Douglas Grant había comprado a una mujer?, ¿qué sentido tenía aquello?, le parecía una verdadera aberración.

Douglas no supo qué responder ante las palabras de decepción de Lewis, pero se armó de valor y soltó:

—Si hubiera conocido a Ada en una situación tan penosa, ¿qué hubiera hecho, señor MacKay?, ¿dejarla a merced de las bestias que darían cualquier cosa por devorarla o liberarla de sus ataduras?

El hombre aspiró el aire con ímpetu y lo soltó con un resoplido.

—Probablemente lo segundo… —sentenció.

—Yo pagué para darle la libertad de decidir, le dije que se fuera, que viviera su vida, pero ella eligió seguirme… Y nos enamoramos.

—Quizá te he juzgado demasiado aprisa, muchacho —confesó Lewis dándole un toque suave a Douglas en el brazo—, te ayudaré, si se trata de obtener información de una rata, yo soy especialista en ellas.

Dos horas después abandonaban al hombre delante de la puerta de la taberna, como si nada hubiera ocurrido.

En cuanto se alejaron con el carro de Lewis, el Francés comenzó a dar gritos y a proferir insultos.

No había sido fácil sacarle la información, de primeras se negaba a facilitarle a Douglas la ubicación de la casa de Simon MacEanraig. Se burló de los tres, los insultó y los amenazó con represalias. Si bien, hubo algo que lo hizo cantar como el pajarito más virtuoso del trino: el agua.

A Lewis se le ocurrió meterle la cabeza en el abrevadero de las vacas y el pánico se instaló en el semblante del hombre.

—¡¡¡No, no, no!!!, ¡¡¡hablaré, hablaré, hablaré!!! —bramó aterrorizado.

Según él, solo había estado una vez en su casa para ver a Gabriella, días antes de que se produjera la venta. En aquel momento, y por orden de MacEanraig, se hizo pasar por un viejo amigo de este. No quería que ella se enterara, pues estaba seguro de que intentaría escapar.

También confesó que hacía varias semanas, MacEanraig le había dejado un recado a la tabernera para vender a otra mujer, pero que no se presentó al día siguiente como acordó con él. Eso había enfadado al Francés, pues le hizo perder tiempo buscando a posibles compradores para luego encontrarse compuesto y sin esposa a la venta.

La morada de Simon MacEanraig estaba muy cerca de donde se encontraban, en una pequeña aldea de pocas casas y habitantes. El lugar perfecto para esconderse de las miradas indiscretas que juzgaran las prácticas del taimado Simon.

Los tres hombres se pusieron en camino. Douglas se llevó la mano al pecho, su corazón palpitaba con fuerza: «Pronto, Gabriella, pronto estaremos juntos».

27

El tiempo parecía haberse detenido en medio de la inmundicia. ¡Cuántas veces había alimentado a los cerdos en aquella pocilga!, ahora no había ninguno, quién sabe qué había ocurrido con estos. Con toda seguridad, Simon se los habría comido. Una imagen del susodicho con una cabeza de cerdo en el plato acudió a su mente. Él acercaba su boca a la cabeza del animal y arrancaba un pedazo con sus dientes, que en su imaginación eran afilados y letales.

Gabriella volvió al momento actual, sentada contra la pared del establo, encadenada. A oscuras si no fuera por los hilitos de luz que se colaban por las rendijas entre tablón y tablón. Aquellas imágenes de Simon, que bien podrían hacerla vomitar, fueron sustituidas por la sonrisa hermosa de Douglas… Douglas, ¿qué pensaría de ella?, ¿quizá la odiaría?, si supiera la verdad, su triste verdad, se compadecería de su suerte e intentaría sacarla de allí como fuera. Estaba convencida de ello.

La puerta se abrió y Gordana, la anciana sirvienta, entró en el establo dedicándole una sonrisa de satisfacción que a Gabriella enfureció sobremanera.

—¿A qué vienes?, no pienso probar eso —espetó Gabriella al observar el cuenco hasta arriba de un líquido con mal olor y un color de lo más sospechoso.

—Eres una desagradecida, niña, siempre lo fuiste. No entiendo cómo el señor siempre elige a mujeres tan insufribles —gruñó la mujer mientras depositaba el cuenco en el suelo y le dedicaba a Gabriella una mirada casi se podría decir que divertida.

—¿Por qué me odias tanto? —inquirió Gabriella con aplomo.

Gordana sonrió, dejando a la vista sus escasos y maltrechos dientes. Aunque estaba ajada y la piel de su rostro era un mar de aguas revueltas, aquellos ojos tenían un color azul hermoso y se apreciaba en ellos que en un pasado muy lejano hubo una mujer hermosa de la que ahora solo quedaban los restos.

—No es que te odie, solo me pareces una molestia. Además, Simon te dedicaba sus atenciones y tú solo sabías resistirte y rechazarlo —respondió la mujer encogiéndose de hombros.

—¿Y ese es motivo suficiente para que siempre me hayas tratado de malos modos? —preguntó Gabriella mientras olisqueaba con horror el líquido humeante del cuenco.

—No sabes nada, niña, ¿de verdad que nunca te diste cuenta?

—¿De qué?, ¿de que pretendes que me beba tus orines?, eres una mujer repugnante, Gordana —espetó Gabriella tragándose sus propias lágrimas.

—De que tú y todas las que han pasado por esta casa me habéis tratado como una sirvienta, cuando, en realidad, la única señora de la casa soy yo.

Gabriella abrió la boca y ahogó un gritito.

—Espera un momento… Tú eres…

—La primera esposa de Simon, para todos estoy muerta, al menos es lo que él pensó el día que me encontró sin vida en el suelo de la cocina —explicó la mujer.

—¿Sin vida?, ¿cómo puede ser eso?, no estás muy muerta que digamos, acabas de intentar que me beba tus orines…

—No soy una aparición. Y sí, estoy muerta para todos, al menos lo estuve durante una noche entera.

Gabriella arrugó el ceño, expectante.

—Eso es imposible. Por lo que dices, regresaste de la muerte, ¿cierto?

—¡Ay!, niña. Te sorprendería el hecho de que la primera vez que estuvieron a punto de darme sepultura no tenía más que seis años. He vuelto de la muerte en más de una ocasión.

»Verás, me casé con Simon cuando tenía treinta años. Él era un joven de diecinueve, apuesto y gentil, que le pidió a mi padre mi mano, la mano de una mujer que ya tenía algún que otro cabello blanco y que ostentaba el título de solterona.

»Yo no lo conocía de nada, sin embargo, él decía haberme visto arreglando el jardín de mi casa, una casa hermosa y grande, muy grande. Según Simon, no había podido dejar de pensar en mí desde que me vio por primera vez, cuando él salía de reunirse con mi padre, por temas de negocios. Al menos, eso fue lo que siempre me dijo él.

»Nos casamos a los dos meses, sin haber tenido el mínimo roce, pero yo estaba tan ilusionada en que aquel apuesto caballero se hubiera fijado en mí…

»La primera noche supe que mi vida no iba a ser fácil. Simon no parecía interesado en mí. Yo ya no era una jovencita y mi piel había comenzado a marchitarse, mientras la de él estaba tersa y lustrosa.

»No consumamos el matrimonio, siempre me culpaba a mí de no ser lo suficiente mujer como para atraerlo. Yo le preguntaba por qué se había casado conmigo entonces y él me respondía con evasivas. Hasta que un día, dos años después, llegó a casa borracho, a decir verdad, estaba muy borracho, y me confesó que solo se había casado conmigo porque mi padre le prometió darle tierras y dinero si lo hacía, y por la condición social de este, un hombre importante en nuestro clan. Condición que le beneficiaba sobremanera, pues él no era más que un pobre diablo que poco o nada sabía hacer.

»Sentí un dolor enorme al enterarme de todo aquello. Aunque ¿cómo no lo había sospechado antes?, ni siquiera era capaz de amarme, de darme un beso, de hacer todo eso que algunas mujeres me contaban que hacían con sus esposos y luego escondían sus sonrisas bajo su mano, pícaras y divertidas. Yo no era así.

»La tristeza me acompañaba hasta en el atuendo. Me volví una mujer cerrada e intransigente.

»Quizá era una manera de combatir el dolor. No lo sé.

»En una ocasión, se lo conté a unas primas lejanas, les confesé mi triste historia. Ellas me hablaron de un bebedizo para que Simon se interesara en mí. No sé qué demonios tenía aquel mejunje, pero ellas me lo entregaron unos días después y yo se lo puse en el caldo a Simon.

»Esa noche me hizo suya por primera vez, y tras esa noche vinieron más. Mi tristeza se tornó en risas, me sentía tan viva, tan amada.

»¿Pero era normal tener que recurrir a aquellas tretas para que mi esposo me diera un poco de amor? No, no lo era. Ni siquiera se acordaba de haber retozado conmigo, al otro día se levantaba con fuertes dolores de cabeza y un genio de mil demonios. Así que un día me armé de valor y le dije:

»—¿Por qué no eres capaz de tocarme, esposo?, ¿por qué ni siquiera recibo una mísera muestra de cariño por tu parte?

—Porque eres vieja y no puedes darme lo que yo necesito —soltó él, con una crueldad que me golpeó con saña el pecho.

—¿Y qué necesitas?, dímelo, ¡¡¡Dímelo de una vez!!!, o es que te piensas que no sé que yaces con rameras en Inverness. ¡¡¡¿Qué te dan ellas que yo no pueda darte?!!!, ¿es que acaso no eres lo suficiente hombre como para hacerme el amor?, no será que te gustan los hombres, ¿cierto?

»Lo provoqué, reconozco que lo hice. Lo llevé al límite y él se enfureció… Se enfureció muchísimo. Sus ojos ardían y su mano acabó en mi cuello. Me apretaba, me hacía daño y no me dejaba respirar.

»De pronto, la expresión de Simon cambió. Hubo algo, algo en su interior que hizo que aquel enfado se transformara en… deseo.

»Me soltó, me tiró al suelo con fuerza y me rasgó la ropa. Acarició la piel de mi espalda y me susurró algo que hizo que me sobrecogiera.

—Voy a matarte —dijeron Gabriella y Gordana a la vez.

Gabriella sabía lo que venía después.

El látigo que Simon descargaba en su espalda. Luego, cuando ya no podía más, cuando necesitaba desahogarse, se derramaba sobre ella.

—Entonces me entiendes, entiendes que piense de él que es un monstruo, porque contigo hizo lo mismo que conmigo —intervino Gabriella sin poder quitarse del rostro la expresión de sorpresa.

—No, no te entiendo. No puedo hacerlo porque a ti te repugnaba que te tocara, que se acercara a ti, que te castigara, pero a mí me embriagaba, lo amaba y necesitaba más.

»A partir de ese día fuimos un matrimonio normal, salvo por nuestras pequeñas incursiones a la lujuria más violenta. Llegamos a amarnos y a comprendernos. Pero los años pasaron y en una de esas ocasiones en las que Simon se excedía en el uso del látigo, comencé a sentirme mal. Unas horas después, mi esposo me encontró en la cocina, sin vida…

»Yo estaba allí, lo oía todo. Pero era incapaz de moverme. Simon parecía estar consternado ante mi fallecimiento. Todos estaban conmovidos, yo era una mujer de cuarenta y cinco años que había pasado a mejor vida.

»Me metieron en un ataúd, un ataúd siniestro y asfixiante. No puedo describir con palabras lo mal que lo pasé. Por suerte, pude moverme, no sé si ante la desesperación, ignoro cómo ocurrió. Pero fui presa de una fuerza sobrehumana y conseguí salir de mi ataúd y surgí de la tierra húmeda como un muerto errante.

»Llamé a la puerta bien entrada la noche, y cuando Simon la abrió se llevó la mano a la boca horrorizado y quiso que me fuera, decía que no era su esposa, que no podía serlo.

»Lo que yo desconocía era que ya le había echado el ojo a una jovencita y estaba prendado de ella. Que de no haber muerto me hubiera vendido en Inverness. Y así me convertí en la sirvienta de este lugar ante todas las mujeres que Simon traía.

»Una de ellas fuiste tú, te quedaste más tiempo de lo normal en esta casa, Simon suele deshacerse de las muchachas poco después de haberlas comprado.

Gabriella torció el gesto. Aquella historia tenía flecos sueltos, ¿es que acaso nadie se daba cuenta de que su sirvienta era su esposa muerta para todos?, ¿es que no les llamaba la atención que una mujer idéntica a la difunta estuviera en la casa? Y así se lo hizo ver a Gordana.

—Nunca has estado muerta, niña, cuando cruzas al otro lado algo en tu alma se corrompe y no vuelves a ser la misma persona. Leslie dejó de ser Leslie y se convirtió en Gordana, la vieja sirvienta sin dientes, ni siquiera el hermano de Simon fue capaz de reconocerme. Hacía muchos años que no me veía. Así que ante todos pasé desapercibida. Además, Simon dejó de tocarme, dejé de interesarle para siempre. Para él, Leslie murió.

—Es una historia muy triste —Gabriella se mordió los labios para no decirle a Gordana que le parecía terrorífico su modo de amar a Simon. Que ella concebía el amor de otro modo, dulce y agradable, no tortuoso y lleno de sufrimiento.

—Pues entonces ya sabes mi historia. Simon me prohibió que se la contara a ninguna de sus mujeres. Sin embargo, un condenado a muerte tiene derecho a unos últimos momentos agradables llenos de sinceridad, ¿no lo crees?

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió Gabriella.

—¡Ay!, muchacha, para Simon ya eres otra más de sus mujeres muertas…

28

Douglas y Callum llevaban un buen rato dando vueltas sin hallar la maltrecha granja de Simon MacEanraig. Ambos estaban enfadados por no haber traído a rastras al Francés y que este les indicara el camino correcto.

—¿Cómo he podido confiar en ese bastardo? —masculló Doug con la mandíbula tensa.

—No parecía mentir, amigo. Quizá es que nosotros mismos nos hemos liado. Ya ha dicho que estaba bastante escondida. Según las indicaciones que nos ha dado, debemos estar muy cerca.

—No lo sé, pero el tiempo transcurre y Gabriella sigue allí, a merced de ese desgraciado que desfiguró totalmente parte de su cuerpo. No me lo perdonaré jamás.

—Y yo sigo pidiéndote disculpas. De haberle hecho caso a Megan, te hubiéramos puesto al corriente de lo que Gabriella pretendía, y podrías haber aclarado el asunto con ella…

—¿Y qué hubiera cambiado?, el dolor me cegó y me hubiera cegado de la misma forma. Pensaría de nuevo que se había marchado sin despedirse, se puede comparar a lo que ocurre en este mismo instante en el que caminamos en círculos, quejarse no servirá de nada.

Callum asintió, aunque no podía dejar de lamentar el haberse callado, su amigo tenía razón, lo más fácil hubiera sido pensar de igual forma que Gabriella había partido sin más.

—Mira, un carruaje, quizá podríamos preguntarles a ver si saben dónde demonios está esa granja —anunció Callum de pronto.

Hicieron trotar sus caballos en dirección al carruaje detenido en el camino. Saludaron a los dos hombres que estaban atareados arreglando una de las ruedas. Uno de ellos se levantó y se palmeó los muslos para quitarse la arena de las manos antes de devolverles el saludo.

—¿Necesitan ayuda? —inquirió Douglas, solícito.

—En verdad sí, ¿señor…?

—Me llamo Douglas Grant y él es Callum MacKay, nos dirigimos a la granja MacEanraig, ¿por casualidad no sabrá dónde está?

El hombre abrió los ojos muchísimo y asintió con la cabeza.

—Qué casualidad, yo también me dirijo a la granja de Simon MacEanraig. Me llamo Arthur Brown —dijo el hombre tendiéndole la mano a Douglas y dándole un firme apretón.

—Si no soy muy indiscreto, ¿por qué van a visitar a MacEanraig?

—Son asuntos familiares. Soy abogado.

—Ya veo. Nosotros buscamos a una persona y creemos que se encuentra en la granja —respondió Douglas, y le dio con ello a Brown una respuesta tan enigmática como la suya.

—Es curioso, yo también busco a una persona y espero que esta vez sí se encuentre en casa.

—¿Esta vez?, ¿es que acaso ha venido en más ocasiones? —intervino de pronto Callum que, hasta ese momento, había permanecido en un segundo plano.

—Pues en realidad es la segunda vez que honro al señor MacEanraig con mi presencia. Debía pasar dentro de una semana, pero la casualidad ha hecho que viajara a Inverness por un asunto con otro cliente. He aprovechado para hacerle una visita y, si es posible, cerrar el asunto que me trajo hace ya tres semanas a este lugar.

Douglas y Callum echaron una mano en la reparación y acordaron ir tras el carruaje del abogado hasta la granja, ya que todos se dirigían al mismo lugar.

Una hora después se ponían en camino y se internaban en un sendero sinuoso y complicado.

—Por aquí no hemos pasado en ningún momento, esa sabandija se ha reído de nosotros, sabía que acabaríamos cabalgando en círculos —apuntó Callum.

—Hemos tenido suerte al encontrar a Brown —comentó Douglas, y Callum asintió.

Poco tardaron en arribar a la granja.

Douglas negó con la cabeza al ver el deterioro del lugar.

La casa era pequeña y muy vieja. Douglas pensó que con una buena tormenta podría venirse abajo en un santiamén. Alrededor había varios establos maltrechos de madera y un granero inmenso.

Vieron a una mujer caminar con un aro de llaves pesadas hacia la casa principal. Era una anciana enjuta que daba pasos cortos y rápidos. Al ver el carruaje y a los dos jinetes se sorprendió, dejando a la vista un agujero negro sin todos sus dientes.

Arthur descendió del carruaje y los hombres de sus caballos. El abogado se dirigió a la mujer, que ya había llegado a la puerta de la vivienda.

—¿Se encuentra en casa el señor MacEanraig? —preguntó el abogado con aplomo.

La mujer se dio la vuelta y frunció el ceño.

—Ha salido, tardará un buen rato. Será mejor que venga más tarde —balbució la anciana.

Douglas la observó con detenimiento, algo le decía que aquella mujer estaba nerviosa, incluso aterrada.

—Bien…, lo esperaremos. Estos caballeros también lo buscan —anunció Arthur con firmeza.

Los tres hombres hablaron entre ellos de temas sin trascendencia, mientras Curran se ponía nervioso, muy nervioso, a decir verdad. Relinchaba y se movía con agitación.

Douglas ladeó la cabeza e intentó calmar al animal, que salió al galope hacia uno de los

edificios mientras este lo llamaba a voz en grito, extrañado por la actitud del equino. En ese mismo instante vio algo que lo dejó sin habla.

29

Caballos y voces. Gabriella intentó aproximarse a la parte frontal del establo, mas era inútil luchar contra la cadena que la tenía sujeta por uno de sus tobillos.

Alguien había venido de visita y era el momento que debía aprovechar para que pudieran liberarla de aquel encierro que ya duraba demasiado.

Estaba amordazada y sus manos atadas a la espalda. Gentileza de Gordana, que la había atado tras el estallido de cólera que protagonizó cuando esta le insinuó que acabaría muerta.

Gabriella comenzó a emitir sonidos ahogados, sonidos que surtieron efecto, pues un caballo comenzó a relinchar con desesperación. Un segundo después escuchó con claridad una voz que hizo que su corazón diera un vuelco. Era él, estaba ahí, la había encontrado. Intentó de nuevo hacerse oír, pero era tan difícil con aquel trapo inmundo tapándole la boca.

En su empeño en ser escuchada, no se percató de que la puerta trasera del establo se abría. Un golpe fuerte en la cabeza y todo se tornó en tinieblas.

Simon MacEanraig salía al galope montado en un caballo negro. Justo delante de él llevaba un bulto de pelo y faldas colgantes. El corazón de Douglas comenzó a palpitar con fuerza, era ella, Gabriella, ese desgraciado pretendía llevársela de nuevo, pero esta vez no lo lograría, no podría. Él se lo impediría.

—¡¡¡Vamos, Callum, Simon se escapa y lleva a Gabriella con él!!! —bramó de pronto Douglas, haciendo que su amigo y el abogado dieran un respingo.

Los dos hombres cabalgaron con el fin de atrapar al taimado Simon, que tenía un caballo fuerte y veloz, aun con la desventaja de cargar con Gabriella inconsciente y no tener una complexión ligera que digamos. Además, él conocía el lugar a la perfección, mientras que Doug y Callum solo podían seguirlo sin estar seguros de a dónde se dirigían.

Douglas intentó aproximarse al caballo de su enemigo haciendo que Curran se esforzara al máximo. Ya estaba a punto de alcanzarlo, cuando el suelo se movió a su paso y cayó en una ciénaga imposible de intuir, pues estaba cubierta de hojas secas. Callum tampoco consiguió esquivar el lodazal.

—¡Maldita sea!, ¿cómo demonios lo ha hecho? —inquirió Callum, todavía sorprendido por lo que acababa de ocurrir.

—Salgamos de aquí, tenemos que darle caza y no hay tiempo que perder.

En ese momento los alcanzaron Arthur y su cochero, que tras desenganchar los caballos

del carruaje, los siguieron.

Simon llegó a un pequeño y maltrecho refugio que solía utilizar cuando salía a cazar. Desmontó del equino y luego cogió en brazos a Gabriella y la llevó dentro de la pequeña construcción de madera.

La soltó en el suelo sin miramientos y ella abrió los ojos, asustada. Miró a ambos lados y descubrió que ya no estaba en la pocilga de los cerdos. Fue entonces cuando cayó en la cuenta de que Douglas había venido a rescatarla y alguien la había golpeado en la cabeza.

Simon se situó frente a ella, se agachó, no sin dificultad, y le quitó la mordaza.

—Ese desgraciado lo ha estropeado todo. ¿Me oyes, zorra?, tenía que seguirte, debía echar de menos tu cuerpo deforme. El individuo no tiene escrúpulos. ¿Quién en su sano juicio estaría contigo?, si al menos te hubiera conocido joven y hermosa, se podría justificar. Pero ahora que no eres más que un despojo… —dijo Simon con inquina.

—Déjame marchar, te daré lo que me pidas… —balbució Gabriella, todavía aturdida por el golpe.

—No, ya no puedo hacerlo. Y para colmo ese abogado tenía que presentarse hoy por sorpresa… —masculló Simon entre dientes.

—¿Y por qué me has traído aquí? Ya has perdido, ¿no crees?

—No…, solo he de pensar, tengo que buscar ayuda. Sí, eso es. Iré a buscar a Sloan, él me ayudará a deshacerme de los intrusos. Quizá el abogado todavía no sepa nada y pueda arreglar esta situación —rumiaba en voz alta Simon mientras caminaba de un lado al otro.

Gabriella torció el gesto. Simon estaba cegado por la codicia, hecho que podía hacer virar la situación a su favor. En el suelo había piedras, solo tenía que encontrar una que tuviera un canto algo más afilado de lo normal. Poco a poco palpó en busca de una que pudiera servirle.

—Tengo que irme… Tengo que irme —repitió el hombre antes de salir del cobertizo y atrancar la puerta.

Gabriella se quedó allí, en la penumbra, con una pequeña esperanza en el corazón y una piedra en su mano.

Simon cabalgó con una sola idea en la cabeza, arreglar aquel desaguisado. Todo se había estropeado en unos segundos. Si tan solo hubiera podido conservar la calma, pero ese maldito caballo estaba nervioso porque escuchaba a Gabriella pedir auxilio, ¿cuánto tardaría Douglas Grant en encontrarla?, por eso pensó que lo mejor sería escapar sin ser visto. Sin embargo, la mala fortuna hizo que el maldito animal saliera como alma que lleva el diablo hacia el cobertizo. Podría haberlo logrado…

En ese momento tenía a Gabriella en medio de la nada, sería difícil que alguien la encontrara, pues el único que conocía aquella cabaña era Sloan y podía confiar en él. Si le ofrecía una generosa cantidad de dinero haría lo que le pidiera. En este caso, acabar con Grant y su amigo. ¿Y si el abogado ya estaba al corriente de lo ocurrido? No tendría que importarle cuando Gabriella seguía siendo su esposa. Heredaría igualmente. Así que sí, la mejor opción era deshacerse de los dos individuos que podían arruinar sus planes.

Amenazaría a Gabriella para que cambiara la historia, para que dijera que Douglas Grant la secuestró y la mantuvo cautiva contra su voluntad durante meses, que él había tenido que rescatarla y la protegía, oculta para que Grant no volviera a por ella. Sí, eso haría. Y convencería a la muchacha para que apoyara su versión. Le prometería la libertad que tanto ansiaba, le ofrecería ayudarla con esa locura de la universidad. Quizá así ella colaboraría. Y cuando la tuviera bien conformada y el dinero estuviera en sus manos, se desharía de ella… Sloan lo ayudaría, sí, lo haría.

Cuando arribó a la humilde casita de su amigo, dio tres toques en la puerta. Un momento después, la carita sonrosada de Iona lo recibió. Esa mujer le gustaba, todavía era apetecible. Si no hubiera sido por el dinero que iba a recibir, jamás se la habría entregado a Sloan. Si bien, ya no valía la pena arrepentirse, necesitaba con urgencia de sus servicios.

—Hola, Iona. ¿Se encuentra Sloan en casa? —preguntó dedicándole a la muchacha una sonrisa bobalicona.

Ella torció el gesto, pensó en cómo había sido capaz de pasar los últimos meses bajo las fauces de aquel tipo repugnante sin quejarse ni intentar escapar.

—Ha salido a buscar leña, las noches ya comienzan a ser frías —lo justificó, ni ella misma sabía por qué lo hacía, hasta que se percató de que agachaba la cabeza en actitud de sumisión, la misma que había mantenido en su convivencia con él, la misma que su madre la había enseñado que había que sostener con los hombres.

—Maldita sea… —masculló Simon con verdadero fastidio.

—No tardará mucho, señor, hace ya un buen rato que salió.

—No importa, volveré más tarde —anunció Simon antes de despedirse e internarse en el bosque. Con suerte hallaría a su esbirro.

Gabriella intentó cortar sus ataduras con la pequeña piedra, pero era bastante complicado hacerlo, se le caía continuamente y luego le costaba un mundo poder volver a retomar su frenética labor.

La desesperación iba en aumento y no conseguía su cometido. La frustración hizo acto de presencia y estuvo a punto de abandonar, pero no era de recibo, tenía que continuar, era su oportunidad de liberarse, pues ya no tenía cadenas que la apresaran, solo cuerdas que quizá pudiera romper.

Miró en derredor, aquella cabaña estaba llena de útiles de caza y herramientas que Simon debía guardar, si es que ese lugar le pertenecía, ya que jamás había oído hablar de él, ni tan siquiera sabía de su existencia.

Localizó un hacha apoyada en la pared con el filo mirando hacia ella. Respiró profundamente antes de arrastrarse hacia el lugar donde se hallaba. Cuando arribó a la altura del hacha se sentó de espaldas a esta y, con cuidado, intentó pasar sus manos entre la afilada hoja, moviéndolas con precaución para no cortarse y así poder romper la cuerda.

Comenzó a notar que sus ataduras se debilitaban y una ráfaga de esperanza la embriagó, sin embargo, aquello duró apenas unos instantes, cuando notó el filo clavarse en una de sus muñecas.

El escozor no tardó en hacerse notorio y Gabriella apretó los dientes contra el labio inferior. La sangre caliente resbaló entre sus manos, parecía haberse hecho una herida profunda, mas debía seguir intentándolo.

Se concentró e intentó calmarse, la agitación no la había ayudado, así que con más lentitud volvió a friccionar la cuerda contra el filo del hacha.

En su mente, un solo pensamiento: Douglas. Debía encontrarlo, él era la llave de su libertad, podría ayudarla y arrancarla de las fauces de Simon. Aunque este se empecinara en que continuaba siendo su esposa, no, se equivocaba, nunca lo fue, nunca pudo amarlo y jamás le daría la consideración de esposo a semejante monstruo. Para ella había sido su captor, porque ni siquiera por propia voluntad se había casado con él.

De pronto, se percató de que sus manos estaban libres, separadas la una de la otra, y se apresuró a mirarse la herida. Sangraba profusamente. Rasgó su maltrecha falda y utilizó la tela a modo de venda para contener la hemorragia. Se levantó del suelo y sintió que todo daba vueltas a su alrededor.

—No, no puede ser, saldré de aquí.

Recordó entonces una historia que le había contado el hermano de Simon y comenzó a recitarla en voz alta mientras agarraba el mango del hacha y, sacando fuerzas de flaqueza, rompía la puerta:

—Cuenta la leyenda que una dama desconocida vaga por las inmediaciones del castillo Deurach. Llora por un amor perdido y busca reunirse con él. Cuenta la leyenda que un día alguien la encontrará y la llevará junto al hombre de su vida, y así descansará en paz.

La luz del sol se filtraba entre los árboles. Se hallaba en medio del bosque y tenía que alejarse de allí con premura, antes de que Simon volviera y la encontrara. La vista se le nubló y tuvo miedo de trastabillar y caer allí mismo, por nada del mundo quería que después de tanto esfuerzo, su captor la hallara sin sentido justo delante del lugar donde la había encerrado.

Anduvo sin rumbo y con las fuerzas a punto de flaquear, pero se armó de valor, no iba a morir, no ese día. Observó la muñeca vendada con la tela inmunda de su camisón, la sangre manchaba el tejido que un día fue blanco. Rasgó otro trozo de tela y la ató a su muñeca aún más fuerte. Sintió palpitar su antebrazo.

Llegaría, tenía que llegar. Se reuniría con Douglas, estaba claro que lo haría. Escuchó cascos de caballo y se agazapó tras un arbusto.

El miedo se apoderó de ella cuando vio de quien se trataba. Era Sloan.

—¡Gabriella!, sé que estás ahí, sal de donde estés, no te haré daño —dijo aquel individuo del que ella no se fiaría por nada del mundo.

Escuchó de nuevo el sonido de la voz de Sloan llamándola. Sus oídos estaban embotados. No podía ser, iba a ocurrir, desfallecería.

Se repitió esta vez en su pensamiento:

«Cuenta la leyenda que una dama desconocida vaga por las inmediaciones del castillo Deurach. Llora por un amor perdido y busca reunirse con él. Cuenta la leyenda que un día alguien la encontrará y la llevará junto al hombre de su vida, y así descansará en paz».

30

Douglas, Callum, Arthur Brown y su cochero, un hombre entrado en años, serio y de complexión gigantesca, cabalgaron por el bosque. Acordaron separarse. Callum y Arthur tiraron por un lado, Douglas y el cochero por otro.

Después de al menos una hora de búsqueda infructuosa, Douglas y su acompañante llegaron a un pequeño claro en el que había una casita de madera desvencijada. Parecía más bien un almacén de aperos de caza.

La puerta estaba destrozada a hachazos, pues la herramienta descansaba en el suelo y parecía que había sido reciente. Había sangre en el suelo y en el hacha.

El corazón del *highlander* dio un vuelco y un escalofrío le recorrió el cuerpo. No era muy difícil deducir que alguien se había abierto camino a hachazos y esa debía ser su Gabriella. Sin embargo, estaba herida y con toda probabilidad el hacha había sido la culpable.

Se internó en la casita y observó las ataduras cortadas y ensangrentadas en el suelo. No había duda, aquella sangre todavía estaba fresca. Era probable que hubiera escapado y no debía estar lejos.

Douglas salió de la cabaña, y se disponía a montar en su caballo, cuando una daga pasó casi rozándole el cuello y se clavó en el corazón del cochero de Arthur Brown.

—¡¡Maldita sea!! —espetó antes de ponerse a cubierto.

—Mal día has elegido para hacernos una visita, Grant —dijo Simon mientras se acercaba a él apuntándole con una ballesta.

—Ya ves, soy un hombre oportuno donde los haya —soltó Doug con la certeza de que estaba en desventaja, él era el venado que Simon cazaría si no era lo suficientemente inteligente como para salir de aquel aprieto airoso.

—Pues el ser un oportunista, que no oportuno, hará que hoy sea tu último día.

Douglas imaginaba a qué se refería Simon MacEanraig. Arthur le había contado por encima el motivo de su visita y no le hicieron falta muchas más explicaciones para saber por qué se había llevado a Gabriella de vuelta a su casa.

—Quizá piensas que todo el mundo es como tú —espetó Douglas.

—¿Y cómo soy yo? —inquirió Simon sin dejar de apuntar al joven.

—Un individuo sin escrúpulos que daña a las mujeres que dice amar y que no ve en ello más que placer…

—Lo dice el hombre que compró mis sobras…

Douglas apretó los puños. Aquel monstruo no tenía la más mínima empatía, mucho menos sentimientos, merecía morir, sin embargo, el que parecía ser la presa en aquel instante era él y no el malnacido de Simon MacEanraig.

El *highlander* agarró el cuchillo de combate que llevaba en su bota y rezó para que, al lanzarlo, pudiera dar en el blanco.

—Solo hice lo que debía, liberar a una buena mujer de un mal hombre, y lo volvería a hacer. —Douglas se sintió estúpido, ¿qué demonios hacía gastando saliva con aquel energúmeno? Ganar tiempo, eso era lo que pretendía.

—¿Piensas que podrás hacer algo con ese cuchillo de mujer? —rio Simon—, veo que no me equivoqué contigo al suponer que no eras más que un hombre sin sangre en las venas.

Douglas, aprovechando la mofa de Simon, lanzó el cuchillo y acertó en una de sus piernas. Él, dolorido pero colmado de furia, disparó la ballesta. La flecha rozó el hombro del joven, que pudo esquivarla a tiempo, de lo contrario, en ese momento estaría muerto. Había que reconocer que el individuo tenía muy buena puntería.

—Pues este hombre sin sangre acaba de herirte con su cuchillo de mujer —se envalentonó Douglas.

—Ya veo, ahora piensas que puedes vencerme. Estás seguro de que te llevarás a Gabriella a esa ruina de castillo que tienes. Sin embargo, he de decirte que estás muy equivocado, no lo harás. Como tu amigo hoy no volverá a su casa.

—¿Qué demonios quieres decir?, ¿qué le has hecho a Callum?

—Digamos que ya descansa en paz…

La mandíbula de Douglas se tensó y apretó con fuerza los puños, hasta sentir que las uñas se le clavaban en las palmas. El dolor fue muy fuerte, tanto que lo cegó. No a Callum, no a su hermano, porque para él era como un hermano. Douglas se levantó y gritó.

—¡¡¡Ven aquí desgraciado!!!, ¡¡¡atrévete a enfrentarte a mí sin armas!!!, ¿no dices que eres tan hombre?, demuéstralo…

***

Sloan se movía con cuidado. La muchacha había conseguido escapar de Simon y no era fácil despistar a su controvertido vecino. Debía ser precavido, ya que ella podía estar armada. La había visto esconderse tras un arbusto y ahí permanecía inmóvil desde entonces.

—No voy a hacerte nada, estoy de tu lado. Salí nada más enterarme de que Simon había huido. Fue Iona quien me lo dijo, ella vio de nuevo a ese abogado y también a los dos forasteros. Cuando me acerqué a ver lo que ocurría, vi que uno de ellos era Douglas Grant. Así que no tienes por qué preocuparte, te ayudaré —argumentó Sloan.

—¿Y cómo puedo fiarme de ti?, sé que fuiste tú quien me raptó —balbució Gabriella, sus fuerzas la traicionaban.

—Cometí un error, pero todo fue por Iona, la amaba y no podía permitir que Simon la

vendiera al igual que hizo contigo, además, no tenía dinero para comprarla, por ello acepté el trato que MacEanraig me ofreció.

—A costa de una vida, la mía. No, no todo está justificado por amor. Te podrías haber enfrentado a Simon, huir con Iona muy lejos, podrías haber acudido a mí, te hubiera ayudado —intervino Gabriella con un deje de reproche en la voz.

—Lo siento, lo siento mucho. Ahora sé que hice mal y quiero enmendar mi falta, si tú me dejas. Quiero ayudarte y no tenemos mucho tiempo, Simon te estará buscando.

Gabriella sopesó sus opciones, no tenía muchas. Si seguía con su huida acabaría por desfallecer, necesitaba que alguien curara su herida con urgencia.

A gatas, aprovechando las últimas fuerzas que le quedaban, salió de su escondite y susurró un apenas audible:

—Está bien.

31

Douglas no se quitaba de la cabeza a su amigo. Callum no podía estar muerto, no ahora cuando iba a ser padre y la vida parecía volver a sonreírle. Callum MacKay, ese joven a veces demasiado despreocupado, pero tan leal y noble… ¿Qué le diría a Megan?, ¿que por su culpa había perdido a su esposo? Los MacKay no nadaban en la abundancia, tenían aquella librería en la que no se aventuraban muchos parroquianos. El amor a la literatura pesaba mucho más que el beneficio que pudiera reportarles.

No, Megan no soportaría semejante pérdida. Se tragó sus lágrimas, debía pensar con frialdad. Simon estaba ante él, apuntándole de nuevo con la ballesta que había cargado con la intención de lanzar la flecha certera que le diera muerte a su enemigo.

Douglas no tenía nada con que defenderse. Sus intentos por que su oponente luchara con él cuerpo a cuerpo habían sido infructuosos. Simon no era estúpido, aunque en ocasiones pudiera parecerlo. Sabía que con Douglas tenía las de perder si ambos se enfrentaban sin armas.

—Podrías haberte quedado en tu castillo, Grant. Sin embargo, has preferido venir hasta aquí a buscar a una mujer que no vale lo suficiente como para morir por ella.

»Ni siquiera es capaz de engendrar un hijo, es tan venenosa que se le mueren en las entrañas. Además, yacer con ella es como hacerlo con un lago helado. Hasta esa mosquita muerta de Iona le echaba más ganas que ella.

—Moriría por esa mujer una y otra vez si supiera que así ella pudiera ser feliz —sentenció Douglas.

—¡Oh!, qué bonito, me conmueves, Douglas Grant. Tanto, que si me hubieras pillado en otra ocasión, te hubiera dejado vivir. Pero hoy hay una razón de peso para que te mueras, y es ese abogado que me espera atado en un árbol muy cerca de aquí.

»Tendré que ser muy generoso con él, de eso soy consciente, y sé que acabará por aceptar, el dinero mueve hasta a los perros más holgazanes, amigo.

—El señor Brown parece un hombre honrado, ¿qué te hace pensar que dejará correr tus crímenes por un soborno? —inquirió Douglas, arañando segundos al tiempo, ya no se le ocurría qué decirle a Simon para entretenerlo, pero ¿qué pretendía con ello?, ¿postergar una muerte de la que le iba a ser difícil escapar?

—El miedo, Grant. El miedo, además del dinero, es un buen aliado cuando de conseguir objetivos se habla. Y yo soy muy capaz de provocar miedo, sobre todo si se trata de un señorito de ciudad, que jamás se ha manchado las manos de barro, y mucho menos de sangre.

—Por tus palabras, intuyo que tú sí te las has manchado y no una vez… —masculló Douglas.

El tiempo se le acababa y no conseguía encontrar una salida. Hiciera lo que hiciera, Simon tenía una gran ventaja con aquella ballesta y su puntería certera y matemática.

Si bien, no intentarlo iba a ser una muerte mucho más sencilla para Simon. Estaba quieto, sin posibilidad de vivir si su enemigo disparaba. Moverse sería su única probabilidad de que él fallara el tiro. Esperó que Simon respondiera, que se tranquilizara, que no viera venir lo que iba a ocurrir de un momento a otro.

—Pues, he de decirte que hay algo que me apasiona más que las mujeres jóvenes y bonitas. Y eso es la caza. Aunque si unimos ambas, el asunto puede volverse cuando menos placentero. Y ahora que vas a morir, puedo confesarme. Me encanta cazar mujeres. Hay unas cuantas enterradas en este bosque. Entiéndeme, no son venados, no puedo comérmelas…

Douglas no se esperaba aquella respuesta. Abrió mucho los ojos, invadido por el horror y el desconcierto.

—Menuda cara has puesto, Grant…, a ver, quizá he exagerado un poco. Estaba de chanza, hombre de Dios.

Simon se carcajeó y Douglas se armó de valor antes de dar un salto hacia unos arbustos y reptar con rapidez para alejarse de Simon y ser un blanco difícil para él. Este, que no se lo esperaba, estalló en una tos repentina y suficientemente incapacitante para que Douglas pudiera conseguir algo de ventaja.

Cuando se recompuso, soltó varios insultos y comenzó a caminar hacia su presa, despacio, pero con la determinación de un león hambriento.

Unos ladridos alertaron a Simon.

—Ahora sí, Grant, estás perdido. En cuanto mi amigo Sloan suelte a su perro, te encontrará y te hará pedazos. Ese animal es una bestia de la que es mejor cuidarse. Si su dueño le pide que ataque, lo hará. Y ten en cuenta que es uno de mis más fieles servidores. Aunque tenéis algo en común, él también compró mis sobras —intervino Simon sin dejar de caminar.

El corazón de Douglas latía con fuerza, cuando la muerte te sigue, el miedo también lo hace. Sobrevivir…, vivir para ver de nuevo el amanecer, esa era su única intención en ese instante.

Los ladridos se escucharon más cerca.

—¡¡¡Sloan, muchacho!!!, estoy aquí, date prisa, tengo a un venado de lo más grande acorralado.

De pronto, el perro apareció estático en el campo de visión de Douglas y este agarró una piedra que halló en el suelo. Se disponía a tirársela al animal, cuando en lugar de acercarse a él, emprendió de nuevo su camino.

—¿Pero qué demonios? —escuchó de pronto Douglas.

—No vas a hacer daño a nadie más, Simon MacEanraig… —dijo una voz suave y femenina.

—Por Dios, Iona, no hagas ninguna locura —suplicó Simon.

—Deja la ballesta en el suelo —soltó ella en tono imperativo.

—Lo haré, mujer, pero no me hagas daño, sabes que soy un buen hombre, he sido tu esposo, yo te di un hogar, te compré vestidos bonitos. Luego te encamaste con ese desgraciado de Sloan y no te castigué por ello, te dejé libre y ahora vives con él… No me hagas daño, te lo suplico.

—Mira que eres ridículo, MacEanraig. Quizá dejes de lloriquear cuando sepas quién soy y qué me trajo a este lugar, te aseguro que no fue la casualidad —afirmó Iona.

Douglas salió de su escondite y se abalanzó sobre la ballesta, con el fin de alejarla de Simon, que la miraba con el rabillo del ojo para arriesgarse a recogerla en cualquier momento.

La expresión de Simon mutó al horror. Incluso Douglas pudo intuir una lágrima intentando escapar de sus ojos enterrados en carne.

—Me llamo Iona MacLeod, ¿te suena ese apellido?

—No puede ser, no fue mi intención… —lloriqueó Simon.

—Tomaste a mi hermana por esposa hace años, yo solo era una niña y vi como mis padres lloraban su marcha. Tú comprometiste a mi padre y luego lo chantajeaste para llevarte a su hija. Pero tu naturaleza perturbada hizo que te excedieras una noche con ella y acabaras con su vida, ¿cierto? —inquirió Iona con una voz áspera difícil de asociar a la tierna criatura de mejillas sonrosadas que empuñaba una daga y la apoyaba en la garganta de su enemigo.

—Yo no maté a tu hermana, fue un accidente, no quería…

—Deja de llorar, maldito bastardo y muere con dignidad. Confiesa, aunque sé que fuiste tú, quiero oírtelo decir ¡¡¡Dilo!!! —gritó Iona, y un hilillo de sangre descendió por el grueso cuello de Simon.

—Yo nunca pensé que ocurriría. La amaba, no quería dañarla —gimoteó Simon en una interpretación estelar del gentil enamorado.

—No te creo, y la mentira no te salvará de la muerte.

—Lo siento, soy un animal, un mal hombre, lo confieso. Soy el gusano más rastrero que hay encima de la Tierra. Lo reconozco. Pero no me mates, por favor, apiádate de mí.

Iona esbozó una sonrisa y clavó la mirada en Douglas. Él estaba totalmente impresionado por la escena que presenciaba en aquel instante.

Douglas no era un hombre violento, salvo varias reyertas sin importancia, no había tenido que sesgar la vida de ningún ser humano en sus veintisiete años de vida. Por instinto, negó con la cabeza.

Iona tensó la mandíbula y cerró los ojos antes de deslizar la daga por la garganta de Simon MacEanraig.

32

Douglas soltó un silbido. Por nada del mundo se hubiera imaginado que las cosas acabarían así, con Simon desangrándose en el suelo. Y mucho menos se esperaba el giro que habían dado los acontecimientos.

De pronto, unos brazos sucios y conocidos rodearon su torso, y una cabeza de pelo enmarañado y grasiento se enterró en su pecho.

—Douglas, Douglas —gimoteó Gabriella—, lo siento, lo siento tanto…

—¿Por qué te disculpas, amor?, tú no tuviste culpa de nada. Ahora Simon está muerto, así que no corres ningún peligro. —Douglas la sostuvo unos segundos más antes de decirle que debían encontrar a Callum.

—Estoy aquí, malnacido —anunció la voz inconfundible y algo lastimera de Callum.

Tenía una flecha clavada en el hombro, eso sí, y Douglas abrió mucho los ojos.

—Ese demonio casi me mata, y por un tiempo que no sé determinar, yo también pensé que estaba en el cielo junto a mis padres, ellos me dijeron que todavía tenía guerra que dar, así que aquí estoy, desperté y vi al abogado atado en un árbol, intenté desatarlo, pero el brazo me duele con ganas, así que decidí buscar ayuda.

Douglas se acercó a su amigo y lo abrazó con cuidado de no hacerle más daño en su maltrecho hombro.

Callum se sintió mareado.

—Tenemos que buscar un médico para que saque la flecha —anunció una Iona que no tenía nada que ver con la criatura angelical que Sloan había conocido en un principio.

El hombre todavía la observaba contrariado, «¿quién demonios era su mujer?, y ¿por qué no había confiado en él?». Clavó la mirada en la desconocida y ella alzó el mentón. Se entristeció al comprender que había sido utilizado por la mujer de la que se había enamorado como un chiquillo.

Callum, agarrado a su amigo, les indicó el lugar donde estaba el abogado. Cuando lo encontraron, lo liberaron de sus ataduras. Era un hombre que sabía controlar sus emociones, si bien, unos minutos antes, pensó que jamás lo liberaría nadie y estuvo a punto de sucumbir a los envites del miedo.

Llevaron a los heridos a la casa de Sloan. Este último y Brown fueron a buscar al médico. En la casa se quedaron Iona, Gabriella y Douglas. Entre los tres acomodaron al herido, que cada

vez estaba más débil. La muñeca de Gabriella ya no sangraba tanto, Iona se la había vendado con otro trozo de tela de su ajado camisón y había conseguido contener la hemorragia en gran medida.

Douglas también estaba herido, aunque en ese momento lo único que le importaba era que su amigo sobreviviera. Por un momento pensó en extraer la flecha de su hombro, si bien, Gabriella le rogó que no lo hiciera, que era mejor esperar al médico.

—Está perdiendo mucha sangre —intervino Douglas, preocupado.

Gabriella no sabía muy bien qué hacer e Iona caminaba de un lado al otro de la habitación, nerviosa.

—Amigo… Si muero hoy, quiero que le digas a Megan que la amo, que jamás otra mujer me importó más que ella y que no habrá nada que me impida llevarme ese amor a la tumba —dijo Callum con la voz cada vez más débil.

—No digas tonterías, hermano, no vas a morirte hoy, te lo prohíbo. Tienes muchas cosas que hacer, como ordenar esos malditos libros de una vez y no ampararse en pretextos sin sentido. O ver nacer a tu hijo y acompañarlo mientras crece y te da miles de disgustos —argumentó Douglas con aparente convicción, aunque en su interior se libraba una dura batalla, no quería perder a su amigo y había muchas probabilidades de que aquello ocurriera.

—Háblale a mi hijo de mí. Y ten tú uno, demonio, así el mío tendrá un amigo fiel para toda la vida junto a él —dijo el moribundo.

—No lo haré, ¿me oyes, Callum MacKay?, y no lo haré porque serás tú quien lo haga. Además, no puedes dejar a Megan sola, ella te necesita ahora más que nunca…

—No quiero hacerlo, pero creo que no tengo otra opción. Por favor, cuida de mi familia, necesito saber que lo harás, ¿me lo prometes?

—No… No quiero prometerte nada, quiero que vivas y meterme contigo en todos tus líos, quiero tener al más leal de los amigos a mi lado. Sí, sé que puedo parecerte un egoísta, pero me niego a dejarte marchar tan pronto. ¿Qué harás tú ahí arriba cuando la diversión está aquí, junto a los tuyos?

—Prométemelo, hermano, por favor… —balbució Callum.

Gabriella se aproximó a Douglas y posó una mano en su hombro.

—Prométeselo, Doug, por favor… —susurró ella, dedicándole una mirada compasiva.

—No puedo hacerlo, Gab, no puedo, este cabezota quiere marcharse y yo me niego a que lo haga —dijo Douglas con las lágrimas recorriéndole las mejillas.

De pronto, la puerta se abrió y un anciano con un gran maletín entró en la estancia y se dirigió, sin saludar a nadie, al lecho donde aguardaba Callum.

—Necesitaré ayuda —anunció con determinación.

Gabriella se ofreció de inmediato, mas cuando el hombre vio su muñeca vendada le dijo que era mejor que lo hiciera otra persona. La muchacha negó con la cabeza.

—Si algo puedo hacer, me gustaría colaborar, por pequeña que fuera mi ayuda, creo que vendrá bien —sentenció.

—De acuerdo —claudicó el médico.

—Yo también puedo ayudar —soltó Iona en tono seco.

—Está bien, los demás podéis iros fuera, el paciente necesita tranquilidad.

Douglas estuvo a punto de replicar, sin embargo, Sloan y el abogado lo convencieron de que obedeciera.

La espera se hizo eterna y Douglas no sabía calcular cuánto tiempo había transcurrido. El día había dado paso a la noche más cerrada. Los tres hombres se quedaron fuera de la casa, sin apenas hablar entre ellos, todo lo ocurrido aquel día había sido digno de olvidar.

La puerta se abrió de pronto y el haz de luz del hogar salió acompañado de Gabriella, que con lo que quedaba de su camisón manchado de sangre y con lágrimas en los ojos se abrazó a su esposo.

—¿Qué ha ocurrido? No me digas que Callum… Por favor, dime que no ha muerto, dímelo… —dijo Douglas con desesperación.

La boca de Gabriella se cerró y apretó los labios antes de decir:

—Se pondrá bien, amor, tu hermano se curará. —El rostro manchado de mugre y sangre de Gabriella se iluminó y Douglas la apretó contra su pecho con fuerza.

Ese día, Callum MacKay desafió a la muerte y venció. Gabriella escapó de las garras de Simon MacEanraig y este había muerto. Brown conoció el miedo más feroz, si bien, se había salvado de morir de inanición atado a un árbol. Sloan vio la verdadera cara de Iona y todo lo construido junto a ella se había venido abajo. Douglas había mirado la muerte a los ojos y recuperado a la mujer que amaba, se prometió que jamás volvería a perderla.

Segunda Parte

33

Hallarse de nuevo entre los muros de Urquhart significaba estar en casa. El calor del hogar iluminaba la estancia y darse un baño se le antojó a Gabriella reparador. Douglas se había metido con ella en la tina y ahí estaban los dos, ella de espaldas a él, sentada entre sus piernas.

—¿Qué harás ahora?, ¿te irás a Edimburgo? —inquirió él, acariciando el brazo de Gabriella. Brazo que permanecía alejado del agua, ya que el doctor había aplicado un vendaje limpio después de suturar su herida y le había advertido expresamente que no se lo mojara.

Gabriella giró la cabeza hasta toparse con los ojos avellana de Douglas y negó.

—Antes me parecía un sueño inalcanzable, un motivo por el que luchar, por el que salir del infierno que vivía junto a Simon. Ahora creo que es un sinsentido. No por el hecho de que una mujer estudie en la universidad, eso me encantaría, sino por tener que simular ser un hombre para poder hacerlo. Pierdo demasiado…

—Aunque decidieras tirar hacia delante con tus planes, a mí jamás me perderías, Gabriella, quiero que lo sepas y que nunca pienses lo contrario. Te apoyaré, hagas lo que hagas.

—Lo sé, Douglas, lo sé y créeme que te lo agradezco. Tu confianza, tu fe, son para mí muy importantes. Pero también lo es estar junto a ti, y, si me marcho a Edimburgo, si pongo un pie en esa universidad, nuestra vida en común estará condenada a no existir. Te amo demasiado para dejarte atrás, sir Douglas Grant…

Douglas respiró profundamente y soltó el aire con fuerza, el alivio se hizo con todo su ser.

—¿Estás segura? —preguntó él entrecerrando los ojos.

—Más que segura, amor. Quiero quedarme contigo y ser tu esposa. Aunque también voy a cumplir mi sueño y será como *lady* Gabriella Grant…

Douglas frunció el ceño.

—¿Quieres decir que intentarás entrar en la universidad igualmente?

—No exactamente, el doctor Mackenzie me dijo que podía convertirme en su ayudante.

Su esposa solía ejercer ese papel, pero murió el año pasado.

Douglas abrió mucho los ojos.

—Eso es maravilloso, Gabriella.

—Sí, lo es. Me lo sugirió después de ayudarle con Callum, me dijo que mi valentía y mi determinación le hicieron elegirme su ayudante. Que solo había conocido a alguien más con mi disposición para ello, su fallecida esposa…

—Me alegro mucho por ti, además, Mackenzie atiende a las personas de Inverness y alrededores, así no tendrás que irte lejos de mí, bueno, no tan lejos.

Gabriella besó los labios de Douglas y él acarició su rostro perlado de sudor y vapor.

—Te amo, Douglas Grant.

—Yo también te amo, soñadora. Como ves, tus sueños al final se harán realidad, porque quizá tengan razón quienes dicen que la determinación y el trabajo rompen hasta el filo de la espada más letal.

***

Sloan se acercó a la ventana. Una vez solos, en la intimidad, él no sabía qué decir, tampoco quería mirar a la muchacha que recogía sus pertenencias en silencio, con una frialdad y un aplomo que hicieron que al hombre se le encogiera el corazón.

De pronto, Iona carraspeó para llamar su atención.

Él se giró con un nudo en la garganta que no sabía si estaba causado por la tristeza o por la rabia contenida.

—He de irme —anunció ella con sequedad.

—¿Y ya está?, ¿te irás y nunca más sabré de ti?, ¿harás como si no te hubieras metido aquí? —espetó señalando el lado izquierdo de su pecho.

—Lo siento, Sloan, lo siento muchísimo. Tenía que asegurarme mi estancia en este lugar, para ganarme la confianza de Simon y averiguar qué fue de mi hermana.

—Y me utilizaste para ello, jugaste con mis sentimientos, maldita mujer…

—No quería hacerlo —dijo ella en un tono que no denotaba ningún tipo de sentimiento.

—Pues lo hiciste, lo hiciste y ahora te marcharás como si tal cosa. Dejando a tus espaldas un reguero de muerte y soledad —intervino el hombre.

—Simon merecía morir, no tuve más que escuchar su conversación con Douglas Grant para estar totalmente segura de que él había matado a mi hermana…

—No me digas que antes no lo estabas —interrumpió Sloan rodando los ojos—, ese hombre era un monstruo que rezumaba maldad por todos los poros de su piel.

—Y tú se suponía que eras su amigo, así que no podía sentir por ti más que odio —espetó ella con el mentón alzado.

—Solo salía a cazar con él de vez en cuando y le hice ese favor por ti, solo por ti, me

negaba a que te vendiera al mejor postor y acabaras en manos de algún desaprensivo —argumentó Sloan con determinación.

—No necesitaba que me salvaras, Sloan. Siempre supe cuidarme sola.

—Y fingiste, me hiciste creer que me amabas y que querías formar una familia conmigo. ¿Cómo puedo llamarle a eso? Dime la verdad, cuando decías amarme no mentías, ¿cierto?, me resulta imposible que tus ojos mintieran con tanta habilidad —dijo Sloan entre aspavientos.

Iona no hizo nada, lo observó sin ningún tipo de sentimiento en su mirada, que se había tornado gélida e indiferente, desde que se había destapado quién era en realidad.

Sloan se aproximó a ella y posó sus grandes manos en sus hombros en apariencia delicados. Clavó su mirada con intensidad en los ojos azules de la muchacha y susurró:

—Dime que no me amas, Iona MacLeod, dímelo y te dejaré marchar…

Iona cerró los ojos y Sloan besó sus labios con suavidad. Su boca albergaba el calor del hogar, ese calor que lo había seducido y lo hacía sentirse en casa cada vez que lo experimentaba.

De pronto, sus dulces labios se transformaron en hielo y su boca ya no le parecía su hogar, sino un páramo solitario y ventoso. Sloan se separó de ella y observó su mirada vacía.

El hombre cerró los ojos y ordenó tajante:

—¡Vete!

Sintió una ráfaga de aire en su nariz y el sonido de la puerta al cerrarse, cuando volvió a abrir los ojos, ella ya no estaba.

Iona se abrigó con su capa, estaba amaneciendo y el frío se le metía en el cuerpo con saña. Se alejó de la casa lo suficiente antes de detenerse en seco. Se arrodilló en la nieve y las lágrimas se apoderaron de ella.

Quizá debería haberle dicho la verdad, que lo amaba tanto como él a ella. Que en su fuero interno había albergado una llamita de esperanza, si bien, tuvo que recomponerse y aceptar una verdad: que aquella no era su historia, que quizá un día pudiera ser, pero no en aquel momento, no podía hacer infeliz a un hombre que la veneraba, no cuando su alma estaba maldita.

34

La herencia del viejo Kincaid resultó ser algo menos sustanciosa de lo que pensaba el difunto Simon. Se trataba de la humilde casa donde había pasado sus últimos días y una carta, por eso la importancia de que fuera Gabriella y no nadie más quien la aceptara, pues lo que pretendía su abuelo con ello era comunicarle algo importante a su nieta.

—Se presentó unos días antes de su muerte en mi despacho, *lady* Gabriella. Quería que le entregara esta carta a su muerte. Yo mismo le insistí en que era mejor arreglar ciertos asuntos en vida, pero él fue tajante —dijo Brown entregándole a la muchacha un sobre lacrado.

Gabriella lo tomó entre sus manos y lo abrió. Reconoció la caótica letra de su abuelo al acto.

Querida Gabriella:

Te escribo esta misiva para pedirte perdón. Te hice muchísimo daño, te entregué a un hombre sin escrúpulos por pura codicia. Siempre te culpé a ti de la muerte de tus padres, que sobrevivieras mientras a ellos los habían asesinado de la forma más vil me hizo pensar que algo maligno albergaba tu alma.

Mi vida está a punto de apagarse y el remordimiento no me dejará partir en paz, por ello te escribo unas líneas y, al recibo de estas, espero que estés bien.

Tuyo siempre:

Grahan Kincaid

Gabriella no pudo menos que arrugar aquella nota.

—¿Qué ocurre, amor? —preguntó Douglas confuso.

—Solo pide perdón para irse en paz, no porque esté arrepentido. Y también dice que me culpaba a mí de la muerte de mis padres, me parece horrible —sollozó Gabriella.

Douglas la apretó contra su pecho y luego la separó levemente, enmarcó su rostro entre las manos y dijo:

—No tienes culpa de nada, Gabriella. Eras solo una niña.

—Me duele enterarme ahora, al cabo de tantos años, del odio que me tenía, porque tuvo que ser mucho para deshacerse de mí como si fuera un desperdicio y entregarme a un asesino —gimoteó Gabriella.

—Él no sabía que lo era, en realidad, nadie lo sabía.

—No me hagas reír, Douglas. Claro que lo sabían, aunque era más fácil mirar hacia otro lado y no ver lo que hacía ese malnacido con las niñas que compraba, porque no éramos más que niñas. Yo solo tenía catorce años, por Dios, ni siquiera sangraba todavía.

—Lo sé, mi vida. Pero ese malnacido ya descansa bajo tierra y nunca más podrá hacerte daño ni a ti ni a ninguna niña más.

Gabriella asintió con la cabeza y Douglas limpió una lágrima que le caía por su mejilla de piel tostada.

Un carraspeo interrumpió a la pareja, era Brown, que, una vez cumplida su faena, se disponía a marcharse.

—Señor Brown, siento lo de su cochero, parecía un buen hombre —dijo Douglas con determinación.

—Y también un buen amigo. En fin, el señor Montes vino a verme ayer, me ha pedido sustituirlo y le he dicho que sí. Su mujer se marchó y está bastante afligido, espero que un cambio de aires le venga bien —argumentó el abogado—, y el señor MacKay, ¿cómo sigue?

—Estuvo un tiempo aquí, recuperándose, ya está mucho mejor y volvió hace tres días a Inverness con su esposa —aclaró Douglas.

Había pasado una semana desde que Simon exhaló su última bocanada de aire. Sloan se encargó del funeral. No era plato de buen gusto para él, si bien, no podía dejar el cadáver en medio del bosque. Después de ello, cerró la que había sido su casa durante los últimos años y puso rumbo a Inverness, quería dejar atrás sus recuerdos y así poder olvidar a su amor, que decidió enterrar en la maraña de recuerdos que poblaban su tumultuosa mente.

35

Inverness

Siete meses después…

Los gritos desgarradores enmudecían el ambiente, Ada y Gabriella se afanaban en limpiarle a Megan el sudor que perlaba su frente.

El doctor Mackenzie le pedía a Megan que pujara con todas sus fuerzas cada vez que una de las contracciones que la partían en dos hacían acto de presencia, mas ella estaba agotada. Llevaban muchas horas intentando traer al mundo al bebé, y este parecía resistirse con ahínco a salir al mundo.

El doctor clavó sus ojos en Gabriella y negó con la cabeza, ella le devolvió una mirada de terror.

—Megan, cielo, tienes que pujar muy fuerte, este pequeñín tiene que salir, son ya muchas horas y está sufriendo. Así que, amiga, puja con todas tus fuerzas, tú puedes hacerlo, trae a tu hijo al mundo, ¡¡¡ahora!!! —bramó con energía.

La muchacha, con lágrimas en los ojos, negó con la cabeza. No podía, estaba agotada y muy dolorida. Sentía como si la estuvieran cortando por la mitad y nunca había sido buena para tolerar el dolor, a decir verdad, le aterraba.

Aun así, pensó seriamente en las palabras de su amiga, su bebé sufría y no podía perderlo, no quería más ángeles en el cielo, prefería tenerlos en sus brazos. Así que cogió aire y apretó dejándose sus últimos esfuerzos en ello. Cuando notó algo grande resbalar de su interior sintió un alivio enorme, y más alivio sintió al escuchar el llanto enérgico y estridente del pequeño.

—¡Es una niña! —exclamó Gabriella poniendo a la recién nacida sobre su madre.

Esta, llorosa, besó la cabecita húmeda de la pequeña.

—Mi pequeña, mi Seelie —gimoteó emocionada.

—Es preciosa —dijo Ada mirando embelesada a la niñita.

—Muchas gracias, Gabriella, y a usted también, doctor Mackenzie —intervino Megan sin poder dejar de llorar.

—Yo no he hecho nada, ha sido esta jovencita que tiene un verdadero don para traer

niños al mundo —apuntó el viejo doctor.

Gabriella sonrió complacida. Había descubierto que tenía un talento innato para ello. Los últimos meses había asistido a muchos nacimientos, y todos aquellos partos habían llegado a buen puerto, con bebés sanos y hermosos.

Ada salió un momento de la estancia y un par de segundos después entró de nuevo con Callum, que, con los ojos abiertos como platos, se acercó a sus mujeres con emoción.

—Dios mío, Megan. Es un milagro, es tan perfecta. Mi pequeña Daracha…

Gabriella ahogó una risita.

—¡¡¿Cómo que tu pequeña Daracha?!!, ¿qué nombre es ese? —inquirió Megan, visiblemente enfadada.

—Ya lo sabes, mujer, Daracha, como mi abuela…

—Ni pensarlo, mi pequeña se llamará Seelie, por nadie, es un nombre especialmente para ella y significa «hadas buenas» —afirmó.

—Pero ¿qué hay de malo en Daracha? —inquirió Callum rascándose la cabeza.

—¿Acaso mi pequeña tiene cara de Daracha?, tiene cara de Seelie. Así que se llamará Seelie y no hay más que discutir.

Callum frunció el ceño.

—¿Por qué siempre tienes que salirte con la tuya, mujer?

—Porque creí que ya habíamos hablado de ello y acordamos ponerle Seelie si era una niña y Duncan si era un niño.

—Tu decidiste sin preguntarme ni tan siquiera si estaba de acuerdo con esos nombres. Estoy cansado de que siempre se haga lo que tú quieres.

—Haya paz…, acaba de nacer vuestra pequeña, demonio. ¿No podéis parar de discutir ni un solo día en vuestras vidas? —intervino Ada.

Gabriella tomó a la niña en brazos para limpiarla y Megan se cruzó de brazos, haciendo notar el enfado con su esposo.

—Esta vez se hará lo que yo diga, la niña se llamará Daracha.

—¡Seelie!

—¡¡Daracha!!

—¡¡¡Seelie!!!

—¡¡¡Daracha!!!

Ambos aproximaban sus rostros con cada grito que se dedicaban.

—¡¡¡Ya está bien, muchachos!!!, ni Seelie ni Daracha: Seeldar y se acabó la discusión —espetó el doctor.

—Seeldar…, me gusta, no lo había oído jamás, pero suena bien —dijo Callum complacido.

—A mí también me gusta y puedo llamarla Seelie como diminutivo —intervino Megan.

—Pues entonces, está decidido, la llamaremos Seeldar —anunció Callum, y luego añadió —: Aunque quizá si la llamamos Darseel…

—¡¡¡Cállate, Callum!!! —gritaron todos a la vez antes de estallar en carcajadas.

36

Castillo de Urquhart, febrero de 1746

Cinco años después…

Su abultado vientre le impedía en gran medida ponerse los zapatos, pero ella se resistía a pedir ayuda. Debía estar en reposo, hacer lo posible por que su hijo llegara a nacer. Era irónico, cuántos partos había atendido en los últimos años, cuántas veces había visto nacer a criaturas regordetas y sanas. Sin embargo, el miedo se hacía con ella, recordándole a los bebés que poblaron su vientre antes y no llegaron a ver la luz del sol.

En esta ocasión, todo era diferente, su barriga no se cansaba de crecer y su imagen era la de una mujer radiante, con un hermoso cabello cayéndole en cascada por encima de los hombros y terminando a mitad de su espalda, y la piel morena que la caracterizaba reluciente.

Su problema eran los sangrados que se producían cada vez que se esforzaba en demasía, por ello, el doctor Mackenzie le había prohibido que se moviera del lecho. Aquella mañana despertó sola. De nuevo, Douglas se había marchado muy temprano sin decir adónde iba. Aquello la hacía enfurecer, sobre todo cuando le pedía explicaciones y el hombre le salía con mentiras que ella era capaz de identificar nada más cruzar la mirada con él.

«¿Qué demonios estará haciendo?, ¿se habrá cansado de mí?, ¿y si hay otra mujer?».

Gabriella no era capaz de quitarse aquellas ideas de la cabeza, y cuando verbalizaba sus inquietudes delante de Morna, esta, brazos en jarras, la reprendía por desconfiar de tal forma de Doug, que era un hombre fiel donde los hubiera.

Lo sabía, sabía que Douglas la amaba y bebía los vientos y las tempestades por ella, si bien, no podía detener sus pensamientos malvados, que la hacían deprimirse hasta hacerla llorar de pena.

Se echó un manto con los colores de los Grant por encima y caminó renqueante hasta salir de la estancia, para bajar a la cocina y reunirse con quien estuviera en la torre.

Habían empleado a una doncella para que ayudara a Morna, que, aunque le pesara, se hacía mayor y comenzaba a tener problemas para poder hacer todas las tareas de aquel castillo sola.

La muchacha era joven y bonita, se llamaba Bonnie y era la hija de una de las sirvientas

de la casa Glenmoriston.

A ella fue a quien se encontró mientras descendía los peldaños.

—*Lady* Gabriella, ¿qué hace levantada?, Morna se enfurecerá si la ve bajar las escaleras y me regañará a mí por no haber estado pendiente de que no lo hiciera —dijo la muchacha en tono lastimero.

Gabriella puso los ojos en blanco.

—Creo que a Morna se le olvida de nuevo un detalle, que la señora de Urquhart soy yo… —dijo con sequedad.

El embarazo la hacía tener un carácter de mil demonios, sobre todo al levantarse por las mañanas.

—Morna me azotará…

—No lo hará, y si lo hace, solo tienes que decírmelo, en esta casa no se azota a nadie, ¿entendido?

—Sí, *lady* Gabriella… —musitó la muchacha haciendo una leve reverencia.

Gabriella negó con la cabeza y siguió su camino.

Una vez en la cocina, Morna puso el grito en el cielo.

—Estoy cansada de estar metida en la cama, Morna. Necesito salir, que me dé el sol y la brisa, algo diferente al calor de la chimenea, que sabemos que es agradable, pero empiezo a estar harta de observar el fuego mientras hago ropita para mi bebé. Creo que la puedo hacer fuera, ya que hace tan buen día… —argumentó Gabriella mientras tomaba asiento en una silla y se llevaba ambas manos a la tripa.

—Es mejor que su piel esté blanca, ya sabe lo que se dice de las mujeres de tez bronceada —soltó de pronto Bonnie.

Gabriella la fulminó con la mirada.

—Yo nací así, niña, siento parecer tu sirvienta en lugar de tu señora —gruñó.

—Bonnie, ve a ayudar a mi esposo a cepillar a los caballos —ordenó Morna, y la muchacha, asombrada por cómo la trataba su señora, se esfumó en el acto de la estancia—. ¿Por qué la tratas tan mal?, no te reconozco, Gabriella.

—Ni yo misma lo sé, Morna —respondió llevándose las manos al rostro—, no lo puedo evitar. Y lo peor es que me ocurre lo mismo con mi esposo. Creo que empieza a estar harto de mí, por eso se marcha sin decirme nada tantas veces.

—¿Otra vez con eso, niña? Mi Douglas es un hombre leal y bueno, además, te ama demasiado como para cansarse de ti, aunque en los últimos tiempos te hayas vuelto una gruñona.

Los ojos de Gabriella se llenaron de lágrimas.

—¡Oh!, pequeña, no llores. No es fácil lidiar con un embarazo, todo se torna del revés. Tuve tres embarazos, y en los tres me pasó lo mismo. Todo pasará, ya verás.

Morna abrazó a su señora, si bien, no quiso decirle que después de dar a luz, quizá su estado de ánimo empeorara. Así que intentó tranquilizar a la muchacha, ya abordaría el tema en

el momento adecuado si es que hacía falta.

Cuando Gabriella se sintió mejor, el abrazo entre las mujeres se deshizo.

—¿Ha dicho Doug a dónde iba? —inquirió Gabriella tratando de quitarse las lágrimas del rostro con los dedos.

Morna negó con la cabeza y Gabriella apretó los labios.

—Me estoy cansando de tanto mutismo, he de saber qué ocurre —sentenció.

Se quedó embelesada mirando por la ventana el hermoso día que convertía al lago Ness en un tapiz plateado de aguas mansas.

Recordó su boda con Douglas, meses después del nacimiento de la pequeña Seeldar. Fue todo un acontecimiento que se tuvo que celebrar en el patio de armas de la ruinosa construcción e improvisar grandes tiendas para poder albergar a los invitados, debido a la falta de espacio. No obstante, fue un gran día, emotivo y lleno de alegría.

Estaba preciosa con el vestido que Morna había confeccionado para ella. Fue una gran sorpresa ver lo hermoso que era y lo bien que le quedaba, incluso sin habérselo probado con anterioridad.

La convivencia de la pareja había sido idílica, jamás había decaído el amor que se profesaban. Habían arreglado alguna que otra dependencia más del castillo, pero quedaba mucho trabajo por hacer y para eso hacía falta dinero, no iban sobrados en ese aspecto, pues Douglas era un señor benévolo que vivía de lo que producían sus cultivos más que de recaudar a los que vivían en sus tierras y menos tenían que él.

Los años pasaron sin que consiguieran ser padres, hecho que apenaba a Gabriella en demasía. Callum y Megan iban ya por el tercero, pues estaba también embarazada, de poco menos que ella. Ambas se sentían dichosas porque sus hijos serían de la misma edad y podrían jugar juntos.

El tiempo había transcurrido en un suspiro porque todo iba bien. Pero cuando las cosas se tuercen, cuando hay algo que te hace albergar un mal presentimiento, todo cambia, y eso era exactamente lo que le ocurría a Gabriella, un pálpito pesimista que no la abandonaba en ningún momento.

El sonido de cascos de caballo la hizo volver al momento presente. Se levantó y se encaminó hacia el patio de armas.

Escuchó gritar a Morna, aunque no le hizo caso.

Patrick Grant descendió de su hermoso corcel y se dirigió hacia ella.

—Buenos días, Gabriella. ¿No está en casa mi primo? —preguntó con los ojos entrecerrados.

—Salió muy temprano esta mañana, no sé a qué hora vendrá.

Patrick, atractivo, más o menos de la edad de Douglas y con un ligero parecido a él, le dedicó una sonrisa de dientes hermosos antes de decir:

—Estará en los cultivos, me acercaré a ver si lo veo.

Gabriella asintió, sabía a ciencia cierta que su esposo no se encontraba en los cultivos, los

últimos días había vuelto a casa bien arreglado, limpio y sin indicio alguno que denotara que se había estado deslomando en el campo.

El hombre se despidió y espoleó su caballo para alejarse al galope.

Ella apretó los puños. Aquel truhan sabía también algo. Era el joven *laird* de los Grant de Glenmoriston, rama del clan a la que pertenecía Douglas, y lo había visto demasiado en las últimas semanas. Aquellos dos tramaban algo y lo iba a descubrir, aunque a duras penas pudiera ponerse los zapatos.

37

Era la tercera vez que Douglas intentaba visitar a Callum. Como en las otras dos ocasiones, la librería estaba cerrada y nadie respondía a los toques en la aldaba de la vivienda. Preguntó a alguno de los vecinos de las casas colindantes, todos dijeron que llevaba días sin abrir el negocio y que no los habían visto por allí ni a él ni al resto de su familia.

Aquel día había acudido a Inverness con la intención de no marcharse sin hablar con su amigo. Estaba verdaderamente preocupado y esperó pacientemente a que nadie pasara por allí para forzar la cerradura de la librería, internarse en esta y acceder al domicilio desde allí.

Comenzó a forcejear con su cuchillo *Sgian Dubh*[4]con el fin de abrir aquel dichoso portón, pero tal parecía que era imposible. De pronto, notó como alguien al otro lado bramaba: «¡¡¡Quién está ahí!!!».

—Megan, soy Doug, ábreme, por favor.

El silencio se hizo durante unos interminables segundos. Y de repente, la puerta se abrió un palmo, para mostrar el rostro adormilado de Megan.

—¿Qué demonios te proponías hacer con mi puerta? —inquirió con sequedad.

—Lo siento, Megan. Es la tercera vez que vengo a visitaros y no he podido dar con vosotros. Así que me preocupé, y por eso intenté entrar para ver si os encontrabais bien —argumentó Douglas.

—Ahora no es buen momento, quizá sea mejor que vuelvas a Urquhart —espetó ella de no muy buen talante.

Douglas la observó sin poder entender por qué su amiga se comportaba con él con tanta sequedad.

—¿Se encuentra Callum en casa? —preguntó suplicante.

—No, salió bien temprano y no sé cuándo volverá. Douglas, en serio, no es buen momento. Le diré a Callum que has venido. —Tras decir esto, Megan cerró la puerta y Doug se quedó mudo, sin saber cómo reaccionar, ¿qué demonios ocurría en aquella casa?

Sin poder atenuar el ruido de su cabeza, decidió presentarse en la granja de Ada y Lewis MacKay. Allí localizó a Ada ocupada trabajando en el huerto. Cuando Douglas se hizo notar, Ada lo observó con una expresión que él no supo descifrar, pero que denotaba que a Ada no le parecía una visita oportuna, estaba muy claro.

—Señora MacKay —dijo Douglas a modo de saludo y preguntó de inmediato por Lewis.

—No se encuentra en casa, salió con Callum muy pronto y no sé cuándo regresarán. ¿Se te ofrece algo? —inquirió Ada.

—No…, digo sí. Señora, no sé qué ocurre con Callum, los vecinos dicen que lleva días sin abrir la librería y es la tercera vez que me presento en su casa. Megan me ha abierto la puerta y se ha comportado de modo extraño. He de saber qué está pasando, o me volveré loco. Son mis amigos y, si están en algún problema, me gustaría ayudarlos —explicó Douglas con la frustración impresa en su rostro.

Ada inspiró con fuerza y se levantó del suelo.

—Muchacho…, los tiempos están difíciles y quizá será mejor que vuelvas a tu casa.

—Tú también, Ada —soltó Douglas tuteándola—, ¿nadie me va a decir qué demonios ocurre?

La mujer se encogió de hombros, se acercó más a Douglas y lo miró con una mezcla de compasión/resignación.

—Es mejor que no vuelvas por aquí y tampoco por casa de mi sobrino —sentenció mientras se daba media vuelta y se encaminaba a la casa.

Douglas negó y agachó la cabeza. Solo se le ocurría un motivo por el que los MacKay no quisieran tratos con él, sin embargo, le parecía demasiado descabellado el hecho de que algo que ni siquiera les concernía directamente, acabara con su estrecha amistad…

***

Había anochecido cuando Douglas entró en la alcoba, Gabriella estaba tumbada mirando a la ventana, mas no dormía, ni tampoco se dio la vuelta para recibir a su esposo, no quería que supiera de su tristeza, y mucho menos que viera sus ojos hinchados por haber llorado durante horas.

Se sentía sola y miserable en aquel lugar que se caía a pedazos. Antaño le había parecido su hogar, sin embargo, en cuanto su esposo salía sin despedirse ni tan siquiera de ella, se le antojaba el mismísimo infierno.

—Gab, mi amor, sé que estás despierta… —susurró él en su oído.

—Intento dormir —dijo ella con sequedad.

—Lo siento, he sido un desconsiderado —admitió él, y luego añadió—: Morna me estaba esperando en las cocinas, sabía que pasaría por allí antes de reunirme contigo. Me ha regañado como cuando era un crío. Por un momento pensé que me daría con un palo en la cabeza —soltó entre risas.

Gabriella se volteó para mirar a su esposo.

—Solo con que te despidas de mí, con que me des un beso, me doy por dichosa y lo sabes. Cuando te vas sin decirme nada, como si no existiera ni tan siquiera, me duele —argumentó ella.

—Lo sé, amor mío, pero había un asunto que me traía de cabeza y debía intentar

esclarecerlo…

—¿Y qué asunto es ese? —preguntó ella interesada.

—¿Has tenido noticias de Megan? —inquirió él sin responderle a su pregunta.

—Pues ahora que dices, le envié una misiva hace unas semanas y todavía no he recibido respuesta. Me extrañó, porque ella suele contestar enseguida. ¿Por qué lo preguntas?, ¿ha ocurrido algo?

—Esa es la cuestión, que no lo sé. Hoy fui a visitarlos, es la tercera vez en las dos últimas semanas. Encontré la librería cerrada y los vecinos dicen que llevan días sin abrir. Además, hoy pude hablar con Megan y con Ada, las dos se comportaron de modo hostil y prácticamente me invitaron a marcharme.

Gabriella frunció el ceño.

—¿De verdad?, me parece del todo increíble —dijo ella con expresión sorpresiva.

—Es por lo que he estado tan misterioso en los últimos días. Estaba preocupado por nuestros amigos y, después de mi visita de hoy, aún lo estoy más.

»He intentado hacer memoria, repasar en mi mente los momentos vividos junto a ellos, mas no hallo ningún indicio que me lleve a pensar que he podido ofenderlos de alguna manera.

Gabriella acarició el rostro de su esposo.

—Sea cual fuere el motivo, supongo que al final nos lo contarán, y a lo mejor acabaremos riéndonos los cuatro porque no es más que una tontería… —intervino Gabriella para quitarle hierro al asunto, aunque en su interior, una voz gritaba que los tiempos que corrían podían tener mucha culpa del comportamiento de sus amigos…

38

Patrick Grant se presentó otra vez al día siguiente. De nuevo quería hablar con su primo del asunto que lo traía de cabeza, la probabilidad de una nueva revuelta para devolver al trono a los Estuardo, concretamente al hijo de Jacobo III, Carlos Estuardo.

Ambos se hallaban en el despacho de Douglas y hablaban bajito para que Gabriella no se enterara de nada, no era de recibo ponerla nerviosa a tan pocas semanas del parto.

—Somos los únicos Grant que apoyan a los Estuardo, ¿te lo puedes creer?, los otros no tienen la más mínima consideración, ¿cómo es posible apoyar a quien odia nuestras costumbres y quiere el final de los clanes?, pues lo hacen.

»Pero te diré una cosa, primo. Yo siempre he sabido que los Grant de Glenmoriston estábamos hechos de otro hierro, digamos que somos hombres de bien y aquí es donde se ha demostrado —Patrick hablaba con pasión, pasión que Douglas no compartía.

—Sí, puede que tengas razón, aunque no creo que sea necesario llegar a derramar sangre, yo siempre he sido hombre de dialogar…

—Dialogar, dialogar. Eso díselo a otro, primo. O no te acuerdas de cuando éramos críos e íbamos de un lado para otro con espadas de madera y tu mozo de cuadras nos enseñaba a ser unos guerreros sin igual…

—Éramos unos niños. Una cosa es jugar a la guerra, otra bien distinta es situarse frente a un ejército mucho mejor que el nuestro, más preparado, más grande. No…, con sinceridad, yo no soy optimista al respecto.

—Para empezar, tú y yo aprendimos a luchar, nos prepararon para ello, aunque no siguiéramos el mismo camino y prefirieras la universidad a las mieles de la batalla. No dejas de ser un guerrero, y recuerdo a la perfección que se te daba mejor que a mí. Jamás he visto hombre más virtuoso con la espada, aunque te empeñes en negarlo y prefieras esconderte en tu alcoba con tus pinceles.

Douglas sonrió.

—Ya no puedo esconderme en mi alcoba a pintar, mi esposa dice que le molesta el olor, así que he tenido que improvisar un estudio cerca de la casa de Morna y Rory.

Patrick negó con la cabeza.

—No puedes mirar para otro lado, no cuando hay tanto en juego.

Douglas no quería embarcarse en un proyecto del que estaba seguro que nadie saldría

bien parado. Se unirían los hombres de varios clanes, los que apoyaban a Carlos Estuardo, y se enfrentarían a un verdadero titán, mucho más preparado que ellos, que no nadaban en riqueza y mucho menos en recursos para combatir.

Su primo siguió hablando, defendiendo la causa jacobita, y haciéndole pensar más si cabe en que pronto sería padre y no quería opacar ese momento con aires de batalla.

Patrick volvió más veces, cada una de ellas intentaba convencer a Douglas sin suerte, hasta que todo cambió y fue consciente de la realidad que golpeaba con fuerza a su familia:

Era una mañana tranquila, en la que Morna y Bonnie se afanaban a tender la ropa, pues corría una brisa que la anciana no quería desaprovechar por nada del mundo.

De pronto, dos hombres vestidos con una casaca roja, signo inequívoco de que eran del ejército inglés, entraron en el patio de armas y fueron directos a por la joven sirvienta. Buscaban a su padre.

—No sé nada, hace tiempo que trabajo en esta casa y apenas he ido a visitarlos, así que, si no está en Invermoriston, no sé dónde pueda hallarse —gimoteó la muchacha en cuanto los dos hombres la aprehendieron y la zarandearon como si se tratara de una muñeca desmadejada.

—Mientes, zorra. Nos han informado de que esa rata se escondía entre estas ruinas —espetó uno de los soldados.

Morna le dedicó una mirada de asombro a Bonnie y esta negó con la cabeza.

—Eso no es más que una falacia, no sé dónde está mi padre, lo juro por Dios…

—¡Cállate!, creo que hay una forma de que se te despeje la memoria, sucia escocesa —apuntó el otro soldado mientras tiraba con fuerza del brazo de la muchacha y la metía contra su voluntad en las caballerizas.

—Por favor, no es más que una niña, no le hagan daño. Además, es verdad que no sabe nada, lleva tiempo trabajando en esta casa y, como bien ha dicho, solo son ruinas, puede buscar donde quiera, no hallará a nadie más que a los que viven aquí —trató de razonar Morna.

El soldado la observó con desprecio y la encañonó con su arma.

—Cállate, vieja. No intentes defenderla, además, mi compañero no hace ascos, le gustan todas las mujeres, aunque sean poco más que desperdicios. Así que, a menos que quieras ser la próxima, apártate y no abras más la boca.

En el interior de las caballerizas, se escucharon los gritos de Bonnie y Morna se santiguó.

—Pues quizá me cambiaría por ella, yo ya estoy curada de espanto, pero Bonnie es poco más que una niña, ¿usted tiene hijas? —intervino Morna con decisión.

Por un segundo, el inglés pareció enternecerse, quizá hasta fue menos que un segundo, posiblemente, no llegara a una milésima. Si bien, el hombre prefirió abofetear a Morna y tirarla al suelo.

—Menuda perra estás hecha tú, ¡¿quieres cambiar a la joven por el vejestorio, Sam?! —inquirió el soldado entre risas.

Morna, con la boca ensangrentada, masculló una maldición.

—¿Qué demonios estás diciendo, bruja? —preguntó el soldado agarrándola del cabello y

arrastrándola por el suelo hasta las caballerizas.

Cuando Morna vio lo que allí ocurría, no pudo menos que gritar con todas sus fuerzas, esperaba que Rory, que había salido a buscar leña, pudiera escucharla, aunque en su fuero interno, rezaba para que Gabriella no lo hiciera. Harían lo mismo con ella que con la pobre Bonnie, y por nada del mundo dejaría que eso ocurriera.

El soldado embestía a la muchacha con violencia mientras la insultaba. Bonnie no dejaba de llorar y a Morna la habían callado de nuevo de un puñetazo que le hizo saltar un incisivo.

De pronto, uno de los ingleses cayó al suelo, con un puñal clavado en el cuello.

Morna observó a la persona que se hallaba allí, petrificada y ataviada con un simple camisón y un chal.

—Gabriella, ¿qué haces aquí? —preguntó la anciana con la cara ensangrentada.

Gabriella se llevó un dedo a los labios, extrajo el cuchillo del cuello del soldado muerto y se internó en las cuadras mientras la sirvienta negaba una y otra vez con la cabeza.

Momentos después, el soldado se desplomaba sobre Bonnie, con un cuchillo clavado en la espalda.

Eso fue todo lo que necesitó Douglas para cambiar de opinión y decirle a su primo en la próxima visita: «Lucharé con los míos».

39

A partir de ese momento, todo fueron idas y venidas. Planificar el ataque les iba a llevar tiempo, tiempo que no tenían. Los clanes que completarían el ejército jacobita arribarían demasiado tarde, y el viaje no era precisamente un cuento de hadas.

En aquellas improvisadas reuniones se hablaba más desde la indignación y el odio que desde la mente fría. Douglas se lo había reprochado a aquellos hombres que parecían no tener claro que no estaban en igualdad de condiciones.

Hasta que lord George Murray, un general escocés con el temor de enfrentarse al ejército del gobierno, decidió que cogerían por sorpresa a los ingleses, atacándolos por la noche, mientras dormían.

—Entonces serán más vulnerables. La suerte hasta ahora nos ha sonreído y estamos al final de una era, lo presiento. Pero tenemos que actuar estratégicamente y la mejor manera es pillarlos desprevenidos —argumentó el general con fervor.

Douglas observó a su primo, que movía la cabeza en afirmación sin cesar y jaleaba las palabras de Murray.

Miró a su alrededor, aquellos hombres estaban cansados, muchos de ellos habían llegado ese mismo día y sus rostros reflejaban lo difícil del trayecto.

Era 15 de abril de 1746 y ya había caído la noche cuando el ejército jacobita se internaba en el campamento inglés. Aquello fue un despropósito, pues la oscuridad y el cansancio les jugaron una mala pasada obligándolos a retirarse sin haber perpetrado ataque alguno.

Douglas, cansado de toda aquella situación y a sabiendas de que en unas horas tendría que enfrentarse a una batalla disparatada en la que tenía muchas probabilidades de salir malparado o, simplemente, no salir, decidió desviarse hacia Urquhart, porque sí, porque quería dormir junto a la mujer que amaba y acariciar su vientre.

Entró en la alcoba con el frío de la noche clavado en sus huesos y se deslizó bajo las mantas, donde se hallaba Gabriella, en apariencia, dormida.

—Dime que te has arrepentido, que no vas a luchar…, dímelo, Douglas —suplicó ella.

—No puedo hacerlo, amor mío. Tendrías que ver en el estado que están nuestros hombres. Dirigidos por un príncipe que les llena la cabeza de pájaros, sin apenas armas, y mucho menos motivación. Todo esto ha sido una mala idea y nadie me quitará eso de la cabeza, por mucho que Patrick me haya pedido una y otra vez que no exprese en alto mi opinión al respecto.

—¿Y no puedes pararlo?, eres inteligente y persuasivo, no te dejas llevar por el odio y mucho menos por la charlatanería de algunos.

—No, Gab, el odio corroe mi alma como la de cualquier otro. Cada vez que pienso en lo que hicieron con las pobres Morna y Bonnie. Y lo que podría haberte ocurrido a ti…

—No me ocurrió nada, por suerte, pude quitármelos de encima rápido, y no me arrepiento de ello —dijo Gabriella con decisión.

Douglas recordó cómo se deshicieron de los cadáveres, llevándolos lejos de sus tierras y enterrándolos. Apretó las mandíbulas y suspiró.

—No podría soportar que te ocurriera nada malo —confesó él mientras besaba su hombro.

Ella se dio la vuelta de inmediato y ambos se besaron. Douglas abrazó a su mujer como si la vida se le pudiera escapar en cualquier segundo.

—Te amo —susurró él.

—Yo también te amo y me siento dichosa de que nuestras vidas se cruzaran. Aunque fuera de una forma algo extraña, no hay día en que no le dé gracias a Dios por ello.

Gabriella se puso encima de Douglas, a horcajadas, y se deshizo del camisón. Su piel morena y suave le pareció a él la imagen de una diosa, tal y como había ocurrido aquella lejana noche, la primera que pasaron entre los mismos muros.

Acarició el pecho del *highlander* y comenzó a hacer dibujos sobre su hermoso torso.

—¿Qué haces? —preguntó él divertido.

—Escribo sobre tu piel, escribo un mensaje, ¿eres capaz de descifrarlo?, shhh, no lo digas, guárdatelo para ti —lo chistó ella llevándose el dedo índice a los labios—, cuando regreses de la batalla, sano y salvo, dímelo, dime las palabras de mi mensaje.

—Qué misteriosa te has puesto, me encanta. Y sí, pero vuelve a escribir sobre mi pecho, no estoy seguro de haber comprendido bien —Douglas sonrió con picardía.

—Lo haré, pero quiero hacerte el amor primero —anunció ella comenzando a moverse con lentitud sobre él.

Douglas acarició sus pechos voluptuosos por la maternidad y jugueteó con sus pezones erectos. Gabriella soltó un gemido de placer, mientras se dejaba embriagar por la dulce tortura de la pasión.

Los movimientos se hicieron menos suaves, más viscerales, los gemidos y el placer se apoderaron de sus cuerpos, hasta estallar ambos en un devastador orgasmo, que prácticamente acompasaron, primero ella, luego él, con la mínima diferencia de un segundo.

Los dos acabaron jadeantes, tendidos uno junto al otro.

—No hay guerra que se pueda igualar a la que libramos tú y yo en el lecho —dijo él, todavía exhausto.

—No, amor, lo nuestro no es una guerra, por muy salvajes que podamos volvernos cuando fundimos nuestros cuerpos, esto es paz, y la paz es lo único que tendría que poblar el mundo.

Pocas horas después, Douglas salía del castillo a lomos de Curran. Hizo que el trayecto hasta el punto de encuentro con los demás hombres no fuera un mar de pensamientos catastróficos, por el contrario, respiró el aire salpicado del aroma a su tierra, su querida tierra, y al lago que lo había visto crecer hasta hacerse un hombre.

De pronto, lo vio e hizo que Curran se detuviera. Estaba ahí, envuelto en la niebla, al igual que lo había visto cuando era un niño. Aquella visión no presagiaba nada bueno, o sí. No lo sabía a ciencia cierta, aunque su corazón le dijera que todo aquello era una locura.

Cerró los ojos, complacido, ya no era un niño y nadie podría decirle que lo que había visto era fruto de su imaginación. Si ese día tenía que morir, lo haría consciente de que había cumplido uno de sus sueños, volver a ver a la criatura que habitaba el lago Ness.

40

Se despertó jadeante y asustada, la imagen de sus manos ensangrentadas en una pesadilla que había hecho galopar sin freno su corazón habían sido el detonante. Intentó calmarse, pero un dolor y una presión en su vientre la hicieron sospechar que el momento estaba muy cerca.

Respiró profundamente varias veces y cerró los ojos. Necesitaba calmarse. Giró la cabeza con el fin de localizar a Douglas, mas no lo halló, había partido hacia el mismísimo abismo y no podía resignarse a ello.

Solo rezaba con fervor para que arribara de una pieza.

Se levantó de la cama y caminó renqueante hasta la ventana.

Debía ser tarde, había dormido muy poco y fue después de hacer el amor con su esposo que pudo conciliar el sueño, que de plácido había pasado a tumultuoso.

El cielo estaba encapotado y lloviznaba. Un nuevo dolor, esta vez mucho más intenso, la hizo doblarse hacia adelante.

—No puede ser, aguanta, pequeñín, espera a que tu padre vuelva, lo necesitamos aquí con nosotros —susurró acariciando su vientre.

Varios toques en la puerta la hicieron dar un respingo.

—Mi señora, ¿puedo pasar? —inquirió Bonnie desde detrás de la puerta.

—¡Pasa, Bonnie! —exclamó Gabriella.

La muchacha entró en la estancia. Su parloteo incesante se apagó el día que aquel inglés la dañó. Ya apenas podía reír, porque a su mente acudían los más oscuros terrores. Por las noches no lograba dormir, hacía tantas semanas que no conseguía pegar ojo que ya comenzaba a pensar que jamás volvería a dormir sin revivir una y otra vez su violación.

—Le traigo el desayuno, me ha dicho Morna que debe terminárselo entero —dijo la sirvienta de carrerilla.

—No, y no lo destapes, por favor. Hoy no tengo el cuerpo para comer, no hasta que vea entrar a Douglas en esta casa sano y salvo —sentenció Gabriella con firmeza.

Bonnie asintió pesarosa, se dio la vuelta y se disponía a salir de la estancia cuando Gabriella la agarró por una mano.

—Espera, Bonnie. Disculpa mi mal humor, estoy preocupada por mi esposo y no veo más allá de mis narices.

—No tiene por qué disculparse, señora. Lo comprendo.

Gabriella afirmó con la cabeza, si bien, una punzada de remordimiento se instaló en su pecho. Las últimas semanas habían sido duras y sus cambios de humor, caprichos y la pesadez que sentía en su cuerpo no ayudaban.

Un nuevo dolor la atenazó, esta vez sintió como un líquido caliente resbalaba por sus piernas.

—¡¡Señora!! —exclamó Bonnie con expresión de sorpresa.

—Avisa a Morna, el pequeño ya viene —ordenó Gabriella presa del dolor más fuerte que había sentido en su vida.

Recordó todas las veces que había estado ante una mujer a punto de dar a luz, y lo que solía aconsejar para que todo fuera más fácil, pero era incapaz de seguir sus propios consejos. En ese momento comprendió la expresión de odio en el rostro de algunas de ellas y no pudo evitar soltar una risita.

—Douglas… Solo a ti se te ocurre irte a luchar el día del nacimiento de tu hijo…

***

El infierno… Era la única palabra con la que podía definir lo que ocurría en Drummossie aquel medio día, quizá el último que vería en su vida.

El cielo estaba gris y amenazaba tormenta. El terreno cenagoso dificultaba en gran medida que se pudiera llevar a cabo la batalla.

En un principio, los cañones de los jacobitas le hicieron albergar a Douglas una llamita de esperanza, pero luego, cuando fueron quedando uno a uno atrapados en aquel suelo inestable, cual trampa mortal, sus pretensiones de llegar a casa y saludar a su esposa con el mensaje que esta había escrito en su piel se vieron empañadas.

Se vio a sí mismo arrastrándose por el suelo como un gusano, para luchar por su vida, para salir airoso, para sobrevivir. Había perdido a Curran, su inseparable amigo de cuatro patas, aquel potrillo que le regalaron cuando solo era un adolescente y que ahora yacía en medio de un sinsentido.

Él solo tenía su espada, nada más que eso. Le habían facilitado una pistola que llevaba aferrada al cinturón y que todavía no había usado.

¿Qué demonios hacía él metido en aquel lío?, él que era un hombre pacífico, feliz con su plácida vida junto a la mujer que amaba. ¿Vería nacer a su hijo? El miedo lo apresó, mas no podía dejarse vencer por él, tenía que levantarse, desenvainar su espada y luchar, quizá era la única forma de sobrevivir.

Los gritos, la sangre, los cuerpos desmembrados. Gabriella, ¿qué estaría haciendo ella?, solo esperaba que no se le hubiera ocurrido seguirle, ella era capaz de eso y de más.

Consiguió ponerse en pie y desenvainó su espada al ver que un hombre ensangrentado venía hacia él. Cuando sus espadas chocaron, ambos combatieron de modo visceral, aquello no era un juego de niños, era vivir o morir. De pronto, la mirada de aquel hombre se cruzó con la suya y un escalofrío recorrió todo su cuerpo, no podía ser, era imposible, era imposible que la

mirada limpia y algo canalla de antaño, fuera aquella llena de odio que lanzaba flechas ardientes hacia él en ese mismo instante.

Las lágrimas estuvieron a punto de traicionarle. Sus ojos se empañaban mientras seguía combatiendo con aquel hombre sin alma. Douglas se sentía herido de muerte sin haber probado el afilado acero en su cuerpo, fue entonces cuando soltó un alarido y gritó con todas sus fuerzas. «¡¡¡Demonios, Callum, ¿por qué quieres matarme?!!!».

Callum detuvo el ataque y clavó de nuevo sus ojos en los de Douglas, en esta ocasión se veía algo diferente al odio en ellos. La sangre de su rostro fue invadida por las lágrimas. No podían, no podían seguir haciéndose daño. Habían sido como hermanos, más que eso.

Douglas dio un paso adelante y bajó la espada, Callum hizo lo mismo, pero no solo la bajó, la clavó en el terreno y abrió los brazos para abrazar a su amigo.

Hubiera sido un gesto hermoso, dos hombres, dos amigos abrazándose en medio de una batalla a muerte, una batalla teñida de odio. Sin embargo, la realidad fue vil y cruel, y justo antes de que Callum se rindiera a los brazos de Douglas, el filo de una espada asomó por su pecho.

Callum exhaló su último aliento mientras dos palabras salían de su boca, dos palabras dedicadas a su inseparable compañero de correrías: «Lo siento».

Douglas no supo qué fue lo que le ocurrió, una furia animal se apoderó de él, y al jacobita, que parecía ser uno de los irlandeses enviados por Francia, le dio muerte, ensañándose con él y clavándole la espada una y otra vez, hasta que Patrick lo tuvo que reducir.

—¿Se puede saber qué demonios haces?, es uno de los nuestros… —espetó con furia.

—Ha matado a mi amigo, así que no, no es de los nuestros, es un maldito asesino. Callum estaba desarmado, solo quería abrazarme…

—¿Abrazarte?, primo, me parece que no sabes dónde estás, y acabas de traicionar a los nuestros, así que más te vale que nadie más que yo te haya visto, o pase lo que pase hoy, estarás sentenciado.

—¡¡¡Déjame en paz!!!, ¡¡¡Estoy harto de todo este odio!!!, vuelvo a Urquhart, aquí no hay nada por lo que quiera luchar.

Douglas comenzó a caminar para alejarse de la batalla, aunque no fueron muchos los pasos que pudo dar antes de que un fuerte impacto lo hiciera salir despedido contra unas rocas.

***

Gabriella se hallaba en cuclillas, mientras Morna se llevaba las manos a la cabeza una y otra vez.

—Sé cómo hacer esto, he traído a muchos niños al mundo. Así que, tranquilízate, Morna, tranquilizaos las dos —soltó haciendo alusión también a la sirvienta, que no hacía más que lloriquear por toda la sangre que había perdido ya su señora.

—Sería mejor que lo hicieras en el lecho, ¿y si se te resbala el pequeño? —inquirió Morna.

—Tranquila… Tranquila —habló entre sonidos guturales y de pronto cogió aire y acompañó el esfuerzo más violento que había hecho en su vida con un alarido.

Comenzó a jadear y sonrió, tenía al bebé entre sus brazos.

41

Era un hermoso niño de cabello negro y ojos oscuros, como los de Gabriella. Nada más verle la carita, supo cómo debía llamarle. Todavía no había tratado ese tema con Douglas, pero estaba segura de que le encantaría. Además, ¿de qué otra forma podría llamarse?

El pequeño se metía los puños en la boca y Gabriella le ofreció el pecho para que se alimentara. El instinto del recién nacido lo hizo aferrarse con ahínco a su madre.

—Es tan hermoso —dijo Morna embelesada—, es igualito a Douglas. Aunque él nació sin pelo y era más blanquito de piel.

Gabriella sonrió, el niño era moreno, como su abuelo materno y como ella misma. Es más, le parecía que era a su padre y no a Douglas a quien se asemejaba el bebé, mas no dijo nada para no llevarle la contraria a Morna en aquel momento, en el que era la mismísima abuela del niño.

—¿Y cómo le vais a llamar? —preguntó Morna rascándose la cabeza.

—Ulan, no veo mejor nombre para mi pequeño. Es fuerte y se le ve lleno de vida, ¿no lo crees? —preguntó Gabriella, risueña.

—Es un precioso nombre para el pequeño más hermoso del mundo —anunció Morna dirigiéndose al recién nacido, de ese modo especial en que hablan los adultos a los bebés.

—Serás una abuela excepcional —soltó Gabriella de pronto.

Morna le dedicó una amplia sonrisa.

—Espera que Rory vea al pequeño, él sí será un abuelo excepcional, ya lo verás. Hablando de Rory…, ¡Ay, dios mío! —exclamó antes de salir de la estancia a la carrera.

Y es que la maquiavélica Morna había encerrado a su esposo en las caballerizas a traición, porque el buen hombre pensaba que todavía podía andar de un lado al otro blandiendo su espada. Como antiguo guerrero que era, no veía la ocasión para rememorar su vieja gloria. Así que, en cuanto vio las intenciones que tenía, fue tras él, atrancó las puertas y lo dejó sin la posibilidad de poder dirigirse a Culloden, como estaba segura de que tenía pensado hacer.

En cuanto quitó la tranca y abrió las puertas, halló a un Rory sediento y muy enfadado.

—Lo sé, todo lo que me digas será cierto y me lo tendré merecido. Pero Gabriella se puso de parto y me olvidé de que estabas aquí —se justificó Morna, en un tono muy poco habitual en ella.

—He tenido que beberme el agua de los caballos, mujer. Por no hablar de que ni siquiera he comido. Además, no me has dejado luchar por los míos, me has quitado la posibilidad de ayudar con mi buen hacer en la batalla —la regañó Rory, muy molesto—. ¿Has dicho que Gabriella está de parto? —preguntó de pronto en tono sorpresivo.

—Más que eso, esposo mío. Mi alcornoque querido, esta noche te compenso mi desaire —dijo coqueta.

Rory, cual serpiente encantada, le dedicó una sonrisa de complacencia a su mujer antes de fruncir el ceño.

—Maldita manipuladora…, no lo sé, tendré que pensármelo. ¿Ya ha nacido el crío? —preguntó cambiando de tercio.

Morna asintió con la cabeza.

—Sí, y es igualito a su padre. Ya verás. Vamos a ser los mejores abuelos.

—Abuelos…, por fin, porque esos desagradecidos que tenemos por hijos todavía no se han dignado a traernos un nieto —gruñó Rory.

—Pronto, Rory, pronto lo harán, son tardíos como su padre, eso no se puede negar. Además, ahora tenemos un pequeño nieto, que, aunque no sea de sangre, será una gran bendición y lo vamos a querer más si cabe.

—Ya tengo ganas de verlo —apuntó el hombre con una sonrisa de oreja a oreja—, por cierto, ¿eso de que esta noche me compensarás tus malas acciones sigue en pie?

***

La noche había caído y Douglas aún no regresaba. El día había sido un cúmulo de emociones empañadas por su ausencia.

El pequeño Ulan dormía plácidamente en el lecho, junto a Gabriella. Ella sonrió y le acarició la mejilla sonrosada por el calorcito del hogar, que teñía la alcoba de tonos anaranjados. La tormenta iluminaba de vez en cuando la estancia con la luz de los relámpagos. Si bien, los truenos no conseguían turbar el sueño del recién nacido.

Rory había salido hacia Inverness, para interesarse por el resultado de la batalla. Haría noche en una posada y no regresaría hasta el día siguiente.

Gabriella estaba muy preocupada por su esposo, que no hubiera vuelto todavía a Urquhart era un mal síntoma.

Tras aguardar y aguardar, cayó rendida cuando despuntaba el alba, la despertó el llanto desesperado de su bebé.

Gabriella lo acunó entre sus brazos y le dio de mamar, mientras entonaba una nana suave en español que su padre le cantaba cuando era una niña. Más para tranquilizarse a sí misma que para que lo hiciera el bebé, que ya estaba la mar de a gusto aferrado a su pecho.

Unos golpes en la puerta hicieron dar un respingo a madre e hijo.

—Gabriella, ¿puedo pasar? —inquirió Morna desde el otro lado de la puerta.

—Sí, entra —respondió casi en un susurro, para no molestar a su bebé.

La puerta se abrió y emitió un quejido. La cara del ama de llaves asomó blanca como la cera.

—¿Qué ocurre?, ¿por qué estás tan seria?, dime que Douglas está bien… —intervino Gabriella, con preocupación, a la vez que el bebé se soltaba del pecho y comenzaba a llorar a pleno pulmón.

—Termina de alimentar al pequeño, ellos notan tu estado de ánimo —dijo Morna con aplomo.

Gabriella negó con la cabeza.

—No, dímelo, si le ha ocurrido algo malo a Douglas, necesito saberlo.

Morna miró al bebé y agachó la cabeza, consternada.

—La madre de Andrew ha estado aquí, su hijo y su esposo tampoco han vuelto a casa y está muy preocupada, pensó que quizá, si Douglas había regresado de la batalla, bien podría informarle sobre ellos.

»Está en el salón, le he preparado un poco de manzanilla, pues decía que tenía la tripa revuelta.

»Rory ha salido a indagar qué ha podido ocurrir para que nuestro Douglas no haya vuelto a casa.

A Morna se le escaparon las lágrimas. Sacó un pañuelo del mandil y se lo llevó al lagrimal.

Gabriella sintió una punzada de temor en el pecho, pero sus ojos se clavaron en el bebé que se alimentaba de ella y tuvo que ser fuerte para no decaer y echarse a llorar con desesperación. En lugar de ello, respiró profundamente y tensó la mandíbula antes de decir:

—Mantengamos la calma. Douglas es un hombre fuerte, estoy segura de que sabrá apañárselas y también de que, más pronto que tarde, volverá a casa.

Morna asintió con la cabeza y se sentó junto a su señora, a la que veía más como una hija que como la persona que pagaba su sueldo.

—Admiro tu fortaleza, y pensar que cuando te vi por primera vez pensé que no durarías más que unos días y que el primer invierno te llevaría a la tumba… Todavía me acuerdo de lo flacucha que estabas —argumentó la mujer sin dejar de gimotear.

—Ya no soy esa niña, aunque entonces ya no era inocente. He sido muy feliz estos últimos años junto a Douglas, junto a ti y a Rory. Ahora la familia se ha ampliado, y sé que no será mi último hijo, este bribón necesita un hermanito o hermanita, o se aburrirá de lo lindo con tanto adulto —Gabriella rio y Morna posó la mano en el hombro de su señora.

—Nosotros también hemos sido muy felices. Cuando mi niño estaba solo, era presa de la tristeza, en estos cuatro muros derruidos, ¿cómo se podía ser feliz?, pero llegaste tú y su semblante cambió. Lo hiciste el hombre más dichoso de la faz de la Tierra.

Gabriella sintió ganas de llorar, mas se contuvo. Intuía que en aquel momento tocaba ser fuerte, y no erraba en sus suposiciones.

42

Rory arribó a Urquhart preso del enfado más atroz. Había acompañado a Olivia, la madre de Andrew, a su casa. Se dirigió a su esposa, que se hallaba en la cocina amasando pan, y, como si se tratara de un dragón que exhala fuego, bramó:

—¡¡Por tu culpa, condenada mujer, por tu culpa!!

—¿Qué ha ocurrido, Rory?, no me digas que… —dijo la mujer con apenas un hilito de voz, alejando las manos de la masa.

—Si yo hubiera estado allí, si no me hubieras encerrado. —Rory negó con la cabeza mientras caminaba de un lado al otro.

—Si hubieras estado ahí, ahora mismo no sabríamos nada tampoco de ti, y, dime, ¿qué haría sola con una mujer recién parida y una niña traumatizada por el daño que le hicieron aquellas ratas inglesas? Te necesito aquí, demonios, Gabriella te necesita aquí —argumentó Morna con el fin de tranquilizar a su esposo, sin embargo, a este no le convencieron sus razonamientos.

—Douglas es virtuoso con la espada, aunque no tiene ni idea de lucha, ni de estrategia militar. Te aseguro, mujer, que yo hubiera vuelto a casa y Douglas vendría conmigo sano y salvo. No te digo que no tuviéramos rasguños, heridas de guerra, sabes que tengo muchas, pero ahora él estaría aquí, disfrutando de su hijo y no vete a saber dónde.

—Lo siento, esposo. Ya no eres un jovencito, y si te hubiera ocurrido algo malo, yo me moriría.

—¿A mí?, ¿ocurrirme algo a mí?, imposible. ¿Sabes cómo me llamaban?

—Sí, Gun Stad[5]…

—Te aseguro que no me gané el apodo por cortar cardos con mi espada…

—Lo sé, esposo, sé que fuiste un gran guerrero, tu fama te precede, pero el tiempo ha pasado y eso tú lo sabes…

Rory apretó los labios entre sí, sentía una impotencia enorme por lo que le habían dicho sobre la batalla. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos y una congoja horrible en su garganta. Sus manos temblaban y la mandíbula se asemejaba al frío acero, de tensa que la tenía.

—Aquello fue un baño de sangre, mujer. Los nuestros fueron derrotados y masacrados. Esta mañana mataron a los que todavía respiraban y aprehendieron a otros.

—¿Quién te ha dicho todo eso?

—Andrew padre, que por alguna razón, pudo esconderse y regresar a su hogar. Lo encontramos en la puerta de su casa, herido y furioso. No sabe nada de su hijo, solo que él le salvó la vida. Jamás lo había visto tan abatido.

—¿Y de nuestro Douglas?, ¿sabe algo de él? —preguntó suplicante Morna.

Rory negó con la cabeza.

—Andrew padre me ha explicado que aquello fue una trampa mortal. Que los ingleses los superaban en número y en armamento. También en fuerza, fue un error aguardar la noche en vela para atacar a esos miserables por sorpresa. Los nuestros estaban cansados, desmoralizados…

—¿Y cómo sabes eso de que atacaron por sorpresa por la noche, esposo? —inquirió Morna con sus manos enharinadas en las caderas.

—Porque estuve allí, mujer. Y si no me lo hubieras impedido, también habría luchado en esa batalla que, como ves, ha sido un verdadero desastre. Si yo hubiera estado, si hubiera estado ahí…

—Ahora serías uno más de los muertos o quizá estarías preso.

—Si Andrew ha vuelto, ¿por qué demonios no hubiera vuelto yo?, fui un guerrero de los mejores, por dios…

—No te castigues por ello. Sabemos que no todos los nuestros han muerto, que hay prisioneros y también personas que han escapado, como Andrew padre…

—Son pocos, mujer, son pocos…

—Ahora recemos para que nuestro Douglas esté vivo.

Rory negó con la cabeza, Morna jamás sabría el daño que le había hecho a su honor y a su valía como guerrero. Por mucho que el motivo fuera protegerlo, ¿Por qué demonios necesitaba él, Gun Stad, la protección de una mujer?

Debía buscar a más supervivientes de la contienda, estaba seguro de que alguien podría darle más datos para saber el paradero de Douglas, aunque no se mostraba un horizonte muy halagüeño ante él.

43

Dormitaba preso de la confusión y notaba un suave balanceo que lo hacía volver al sueño una y otra vez, hasta que una especie de bola subió hasta su garganta y tuvo que incorporarse para vomitar. Después del vómito vinieron la tos y la flema.

Le dolía la cabeza y sentía que todo a su alrededor daba vueltas, pero ¿qué era ese todo? Dio un vistazo a su alrededor, oscuro y de olor nauseabundo, a orines, excrementos y sangre corrompida. Las moscas revoloteaban y emitían un molesto zumbido que presagiaba la muerte muy cerca de él.

No sabía cuánto tiempo llevaba en aquella bodega, y mucho menos cómo había ido a parar a un barco. Su último recuerdo fue del campo de batalla, de la masacre que jamás debió ocurrir. ¿Qué pensaría su esposa?, ¿que había muerto?

—Señor, señor… —escuchó de pronto—, ha despertado, pensé que se quedaría así para siempre.

Douglas aguzó la vista, conocía aquella voz, si bien, quería estar seguro de que no la había imaginado.

—Andrew, ¿cuánto tiempo he estado…?

—Tres días, nos encontramos en un barco y dicen por aquí que nos llevan a Barbados —cortó el muchacho.

Douglas se llevó las manos a las sienes y las presionó, sabía qué ocurría en Barbados y por qué precisamente se los llevaban a ellos allí.

—¿Quién te lo ha dicho? —inquirió Douglas con el cansancio impreso en su voz.

—Es un rumor que no deja de oírse por aquí, y digo yo, algo de cierto tendrá, ¿no cree?

—Esperemos que no, Andrew, esperemos que no —musitó Douglas con voz diluida.

—Señor, no se duerma de nuevo, si ven que no despierta, que sigue sin responder, lo matarán. He tenido que convencer a esos demonios para que no lo hicieran antes —dijo Andrew mientras zarandeaba a su señor.

Douglas intentó mantenerse firme, aunque el dolor y los mareos que sufría no se lo ponían fácil.

—Está bien, chico. Lo intentaré, pero me duele muchísimo la cabeza y tengo ganas de… —dejó de hablar en seco y volvió a arrojar, poniendo el piso de madera de la bodega perdido de

vómitos.

Se escucharon quejas de fondo.

—¡Callaos, este hombre es el señor de Urquhart, no es un desgraciado como vosotros! —exclamó Andrew, desafiante.

—Aquí no hay señores, todos vamos al mismo sitio, joven —dijo un anciano que observaba la escena con aire solemne.

—¿Lewis? —preguntó de pronto Douglas.

—El mismo, muchacho. Ya ves, al final todos acabamos en el mismo sitio —repitió.

Douglas entrecerró los ojos. Lewis MacKay tenía la mirada perdida. Fue entonces cuando recordó que Callum había muerto y la rabia se apoderó de él.

—¿Pero usted no era partidario de los Hannover? —inquirió Doug.

—Sí, lo era, tú lo has dicho, muchacho, ahora no tomo parte por nadie. Esos desgraciados mataron a mi sobrino, así que mejor que no cuenten conmigo —argumentó el anciano.

—Lewis, a Callum lo mató uno de los míos, lo sé porque yo mismo le di muerte —confesó Douglas, consternado.

—Lo sé, lo vi todo. De igual modo, mi sobrino está muerto. Así que no tengo bando. Ni Bonnie Prince Charlie ni el duque de Cumberland me representan. Si tuviera delante a cualquiera de los dos, les clavaría mi daga sin pensármelo ni media vez. Así que, como soy un traidor, han decidido darme una muerte lenta en Barbados.

Douglas y Andrew se miraron.

—Lo ve, señor. Aquí todos saben a dónde vamos…

—No, muchacho, nadie lo sabe. Sí, nuestro destino está marcado, pero todos desconocemos lo que nos espera en la isla. Probablemente, una vida miserable como esclavos, una muerte lenta, llena de agonía y penurias para los traidores, eso dijo ese desgraciado de Cumberland.

El pecho de Douglas se llenó de dolor. Se sentía un verdadero estúpido por haberse metido él solito en aquel lío del que solo sabía dios si podría o no salir jamás. Su pensamiento voló y se posó en Urquhart. Visualizó a Gabriella y una lágrima recorrió su mejilla cuando fue consciente de que jamás volvería a verla, y mucho menos a su pequeño, que nacería sin un padre.

Apretó los puños y se hizo una promesa. Saldría de allí, todavía no sabía cómo, pero haría lo que estuviera en su mano por caminar erguido y no con los pies por delante.

***

Habían pasado diez días sin noticias de Douglas. Gabriella estaba desesperada. Tampoco estaban de vuelta los jornaleros que se habían metido también en aquella batalla sin sentido. Necesitaban manos para trabajar en el campo y los únicos que no se unieron a aquella locura eran ancianos, o bien partidarios de ningún bando.

El capataz había combatido, así que no había nadie que comandara los cultivos. Gabriella decidió que ella misma lo haría, y Morna puso el grito en el cielo.

—¿Una mujer haciéndose cargo de los negocios de su esposo?, ¿dónde se ha visto eso? —inquirió con los brazos en jarras.

—No son los negocios de mi esposo, es el medio de subsistencia de esta familia, y, en ausencia de Douglas, he de ocupar su lugar.

—¿Y el pequeño? —inquirió el ama de llaves—, necesita a su madre…

—Y la tendrá, Morna. Las tierras están cerca, me pasaré varias veces al día. Tú puedes hacerte cargo del niño en mi ausencia, si te parece bien —dijo Gabriella con decisión.

—Acabas de parir, niña, es demasiado precipitado que te subas a un caballo tan pronto.

—Estoy bien, Morna, no era la primera vez que una cabeza salía por mi…

—¡Cállate, niña! —la cortó Morna—, me quedaré con el bebé. Tú puedes ir a ver los cultivos, pero eso sí, ten mucho cuidado, sé firme. Aquí no están acostumbrados a que una mujer los mande.

Gabriella asintió con la cabeza y Morna salió de la estancia con el bebé en brazos mientras mascullaba:

—Le diré a Rory que te acompañe, y no acepto un no por respuesta.

Cuando Gabriella llegó a los cultivos y vio que había apenas cuatro jornaleros, casi todos, mayores y cansados, se llevó las manos a la cabeza.

—Buenos días —saludó—, he venido a hablar con ustedes, ya que el señor no se encuentra en Urquhart, y, en su ausencia, yo seré la que ocupe su lugar.

El hombre desdentado que tenía frente a ella soltó una risita cargada de ironía.

—¿Lo dice en serio, señora?, ¿va usted a doblar el lomo en el campo como hacía su esposo que en gloria esté? —preguntó el hombre con malicia.

—¡No diga eso!, mi esposo no está muerto, ¿me ha entendido? —espetó Gabriella, furiosa.

—*Lady* Gabriella, lo que dice el Cojo es cierto, los pocos que han podido salvarse ya han vuelto, y están escondidos, además, se rumorea que los ingleses están buscando a posibles combatientes para darles muerte. Si el señor no ha vuelto, ya lo puede dar usted por muerto, créame.

—Y tú, chico, ¿cómo te llamas? —preguntó Gabriella, ante el respeto y la locuacidad del muchacho que tenía delante.

—Me llamo Iver, señora, y hace poco que trabajo a las órdenes de su esposo —apuntó el chico.

—Bien, Iver. ¿Y puedo saber por qué no has combatido? —inquirió Gabriella con los ojos entrecerrados.

—Este es un cobarde, señora Grant, dice que él no cree en la causa de ninguno de los dos bandos, que es mitad de cada uno de ellos.

Iver fulminó al Cojo con la mirada.

—¿Es eso cierto, muchacho? —preguntó Gabriella.

—Sí, señora, soy Mackencie y Campbell, me fui de mi clan porque no podía aguantar tanta rencilla por parte de mis dos familias.

—¿No serás por casualidad el hijo del *laird* Mackencie?

Los otros jornaleros lo miraron con desdén.

El chico negó con la cabeza.

—Por supuesto que no, señora. Soy un primo bastante lejano del *laird*, no me necesitan por allí.

—Entiendo —aseveró ella.

Gabriella preguntó los nombres a los demás hombres y habló con ellos tal y como había hecho con el joven Mackencie. Mas no halló mejor partido que aquel muchacho para ser el capataz de sus tierras. Cuando anunció quien había sido el elegido, los otros tres se quejaron y dijeron del joven que se había camelado a la señora, ahora que no tenía esposo que le calentara la cama.

Por supuesto que todo aquello lo dijeron en ausencia de Gabriella, en caso de que ella los hubiera escuchado, los habría echado de sus tierras sin pensárselo un instante.

Cuando volvió a Urquhart, halló caballos en la entrada, y escuchó el lloro desesperado de su hijo.

Ella y Rory se afanaron a entrar en el patio de armas, y se horrorizaron al ver que dos soldados del ejército inglés tenían a Morna sujeta por ambos brazos. Indignada, Gabriella exclamó:

—¡¡Dejen a mi ama de llaves en paz!!

Un hombre de facciones duras y ojos de serpiente se volteó y la miró de esa forma que miran los que solo pueden querer el mal para el prójimo. Gabriella desmontó del caballo y se aproximó a él.

—Si no me equivoco, es usted la señora de la casa, ¿cierto? —inquirió rodeándola cual bestia a punto de abalanzarse sobre su presa.

—Está en lo cierto, señor —respondió ella en tono neutro. No podía encararse con él, cuando su pequeño lloraba desconsolado a pocos metros, en el frío suelo.

—Pues bien, señora Grant. Venimos buscando a Patrick Grant, el primo de su esposo. Nos han dicho que lo han visto por las inmediaciones.

Gabriella se encogió de hombros.

—Patrick no está aquí, señor. A decir verdad, no lo veo desde hace varias semanas.

—¿Está segura?

Una pequeña mesita cayó entonces por una de las ventanas, señal inequívoca de que aquellos hombres estaban registrando la torre.

—Sí, lo estoy, nadie ha venido a esta casa, ni siquiera mi esposo lo ha hecho.

—Su esposo no es un problema, si todavía no está muerto, lo estará próximamente.

—¿De qué está hablando?, ¿dónde está Douglas?

—Mire, llegados a este punto, creo que podemos hacer un trato. Usted me dice dónde está esa rata de Patrick Grant, y yo la informo del paradero de su marido. ¿Le parece bien, *milady*?

Gabriella apretó los puños. Aquel hombre era el mal encarnado y con casaca roja.

—Señor, yo no sé dónde está Patrick, lo juro, pueden registrar todo Urquhart, les aseguro que no lo hallarán aquí. —Gabriella se moría de ganas de preguntarle a aquel tipo por Douglas, mas se contuvo, sabía que no era de fiar, que diría cualquier cosa con tal de que ella le revelara el paradero de la presa que quería cazar en aquel momento.

Rory comenzó a toser, hasta casi quedarse sin aire.

—¡Dios mío, esposo! —exclamó Morna, que seguía prendida por los soldados.

Gabriella entrecerró los ojos. Aquella tos no era casual. No podía ser, Rory sabía algo que ella ignoraba, y aquel ataque de tos fortuito no era real, aunque fuera una actuación magistral, era una señal para alguien.

—Hombre de dios, se va a morir —intervino el inglés ojos de serpiente—, cuídese, de lo contrario, con el señor de esta casa vendido como esclavo, que es lo mismo que decir sentenciado a muerte, tendrá que hacerse cargo de estas mujeres.

Gabriella abrió los ojos, sorprendida.

—Vendido como esclavo… —repitió ella.

De pronto, uno de los soldados salió y se dirigió a ojos de serpiente:

—¡Capitán, aquí no hay nadie, lo hemos registrado todo!

—Muy bien, soldado, avisa a los demás, nos vamos —respondió el capitán, a quien Gabriella comenzaría a llamar a partir de ese día Capitán Serpiente.

El niño continuaba llorando sin parar, y Gabriella no dejaba de mirarlo con la ansiedad propia de saberlo vulnerable y muerto de frío.

—Soltad a la vieja —ordenó el capitán—, y usted, señora, coja a su hijo. Me conmueve cómo lo mira y más que no se haya atrevido a hacerlo antes. No somos monstruos… —sentenció.

Gabriella esbozó una sonrisa falsa, cargada de hipocresía. En su interior imaginaba que estrangulaba a aquel tipo una y otra vez, si bien, su hijo era mucho más importante que sus ganas de decirle a aquel individuo que lo detestaba. Se afanó a coger al bebé en brazos y este buscó con desesperación un pecho al que agarrarse. Gabriella se tragó el pudor y alimentó a su hijo, ante la mirada extrañada de aquel tipo, que masculló un: «escocesas». Antes de retirar la mirada y dirigirla a Rory, que, tras su ataque de tos, había desmontado de su corcel.

—Por cierto, veo que no es sabedor de las nuevas leyes. Si vuelvo a este lugar y lo encuentro otra vez con esa ridiculez de falda, le aseguro que yo mismo se la arrancaré y lo azotaré hasta dejarlo sin piel. Está avisado…

Tras decir eso, montó en su caballo y lo arreó para alejarse y dejar tras de él una pequeña

nube de polvo.

Los demás hicieron lo mismo, y los pocos que tenían el caballo fuera del patio de armas, se alejaron caminando sin darles la espalda en ningún momento a las dos mujeres y al hombre que permanecían quietos en el sitio, todavía temerosos por lo que aquellos tipos pudieran hacerles.

Cuando los cascos de los caballos se escucharon lo suficientemente lejos. Gabriella bramó:

—¡¡¡Espero por tu bien, Rory, que me expliques por qué demonios no sé que ocultas a Patrick en esta casa!!!

44

Rory entró seguido de Gabriella en el despacho de Douglas, los ingleses lo habían revuelto todo y la imagen que ofrecía el lugar era la del más absoluto vandalismo.

—Son como ratas, *milady*. Encima quieren que me quite el símbolo de nuestras costumbres, lo que nos diferencia de ellos. Que prueben a matarme si quieren, pero no lo voy a hacer. Soy escocés, y lo seré hasta que muera —argumentó el antiguo guerrero mientras manipulaba la estantería plagada de libros que había justo detrás del escritorio de Douglas.

»He tenido que hacer un soberano esfuerzo para contenerme. Por un lado, solo llevaba un puñal escondido en la bota, por otro, eran muchos hombres y Ulan estaba en el suelo, desprotegido. Siento mucho no haber movido un dedo para echar a esos malnacidos de Urquhart.

Rory corrió hacia ambos lados aquella especie de falsa biblioteca, que quedó abierta de modo sorprendente, como si fueran unas puertas de libro.

El mozo de cuadras le pidió a Gabriella que le entregara la antorcha que él mismo le había proporcionado momentos antes de encaminarse hacia el despacho.

Ella no salía de su asombro…

Descendieron por una vieja escalera de caracol con peldaños de piedra. Olía a humedad y a decadencia.

Cuando arribaron abajo, el hombre imitó el sonido de un pájaro. Segundos después, aparecieron uno tras otro, siete hombres sucios y harapientos, algunos estaban heridos, pero habían sido curados. Patrick emergió entre ellos y saludó a la esposa de su primo.

—¿Qué demonios significa esto, Patrick? —preguntó ella luciendo una altanería que, hasta la fecha, Patrick Grant no le había visto.

—No teníamos a dónde ir, y recordaba este escondite de cuando era un niño y venía de visita con mis padres. Mi primo me lo mostró. Así que nos ocultamos aquí a la espera del momento propicio para alejarnos y buscar un destino más próspero que la ejecución.

—Has puesto en peligro nuestras vidas, ¿eres consciente de que aquí vive un recién nacido? —Inquirió ella, molesta.

—Solo serán unos días, no más de una semana. Necesitamos que nuestras heridas se curen y tengamos la fuerza suficiente para hacerle frente a posibles soldados ingleses que nos encontremos por el camino. Así como estamos, no llegaríamos muy lejos —explicó un hombre que se adelantó a Patrick y parecía sentirse por encima de los demás.

—Pretendemos llevar a su majestad a Francia… —intervino Patrick al ver que Gabriella no tenía ni idea de a quién tenía ante ella.

—¿Su majestad? —interrogó ella, con el ceño fruncido.

—Es el príncipe Carlos, *milady* —le susurró Rory.

Gabriella, que no sabía muy bien cómo comportarse ante un miembro de la realeza, hizo una reverencia forzada y dijo: «su majestad».

—Estos hombres han tenido a bien protegerme, pero he de decirle que no estoy lo que se dice cómodo en estas catacumbas, mazmorras o lo que demonios sean. La humedad me produce problemas para respirar con normalidad. Así que no tardaremos en irnos —explicó el príncipe en un tono que a Gabriella le pareció de lo más repelente.

—Espero que así sea, corremos un riesgo enorme al ocultarlo en este lugar, si nos descubren, nos matarán.

—Lo sé, y soy consciente del riesgo que corren al ayudarme, pero ha de pensar en todo momento que, ayudándome a mí, será compensada con riquezas y tierras, en cuanto consiga mis pretensiones.

—¿Y qué pretensiones son esas, alteza? —preguntó Gabriella sin poder disimular lo mal que le caía aquel individuo.

—Está claro, *milady*, llegar al trono, ser rey…

Gabriella iba a abrir la boca para decirle a aquel hombre que por su culpa se había producido una masacre no muy lejos de allí, y que su marido sería vendido como esclavo, mientras él dormía bajo techo, protegido por hombres que se habían jugado la vida por su causa. Quería escupirle aquellas palabras al príncipe, mas se contuvo ante la mirada temerosa de Rory. Y solo fue capaz de articular palabra para dirigirse a Patrick y decirle con la autoridad que le confería ser la señora de aquel castillo en ruinas: «dos días, ni uno más».

Cuando Rory y Gabriella volvieron al despacho de Douglas, esta puso el grito en el cielo y comenzó a caminar, nerviosa, de un lado al otro, como si de una fiera enjaulada se tratara.

—¿Cómo puede ser que Patrick se haya atrevido a ponernos en semejante situación?, podrían haberlos hallado. Y no quiero ni pensar qué hubiera ocurrido si eso llegara a pasar. No, dos días incluso es demasiado.

—*Milady*, vinieron a buscarme de madrugada, heridos y muertos de frío. ¿Qué otra cosa podía hacer que ayudarlos? —se justificó Rory.

—Lo sé, Rory, si quizá yo hubiera hecho lo mismo. Aunque las ínfulas que se da ese hombre me den urticaria, y solo de pensar que, por sus ansias de poder, mi marido no conoce siquiera a su hijo, se me revuelve la tripa y lo estrangularía con mis propias manos.

—Es muy joven todavía y no conoce más que las mieles que lo han criado. Para él, estar en un sótano húmedo e infestado de insectos y ratas no es plato de buen gusto, tampoco lo sería para ninguno de nosotros —intercedió Rory.

—Jamás me quejaría del lugar donde me esconden los que me han ayudado. Me parece de lo más engreído el principito…

Rory se encogió de hombros.

—Tranquila, no tendrás que volver a verlo si no quieres, llevo varios días alimentándolos y curando sus heridas.

—Ahora entiendo por qué Morna no ha parado de quejarse últimamente. Decía que no había manera de encontrarte y que aparecías por sorpresa, después de haberse pegado un buen rato buscándote y llamándote a voz en grito —dijo Gabriella con los brazos en jarras—. También se quejaba de que faltaba comida, pensaba que habían saqueado la despensa.

—No me quedó más remedio que atenderlos.

—De acuerdo, entiendo tu postura y que hayas ayudado a esos hombres, de lo contrario, habrían acabado muertos. Tu valentía te honra, Rory. Por favor, la próxima vez que quieras hacer el bien, habla primero conmigo, ¿de acuerdo?

—Así lo haré, *milady*.

Dos días después, el sótano secreto de Urquhart estaba vacío.

45

El cielo crepuscular iluminaba la cubierta del barco donde viajaban los escoceses que serían vendidos como esclavos. Sloan Montes la limpiaba a conciencia.

Se había embarcado en aquel navío porque le pagaban bien y el abogado Brown había muerto tan solo hacía unos meses, preso de unas fiebres que se lo llevaron prácticamente de un día para el otro.

Apreciaba a aquel hombre, que siempre lo trató bien y le proporcionó una existencia digna, enseñándole incluso a leer y a escribir. Si bien, ya no estaba, ni él ni la dulce y hermosa Iona que él había amado. Por la otra Iona, la de los ojos vengativos, solo sentía lástima.

Había tratado de olvidarla, pero cada noche, la imagen de su tez nívea acudía a su encuentro, haciéndole la existencia miserable. Por ello, Sloan bebía desde que se ponía el sol hasta que conseguía quedarse dormido. De ese modo acallaba el dolor por su amor perdido.

Los años no perdonaban, y su piel se había arrugado, curtido por el sol de la mar y el alcohol que tanto necesitaba para poder sobrellevar la soledad.

En cuanto supo la particularidad de los viajes de aquel barco, estuvo a punto de desembarcar. Sin embargo, ¿qué le quedaba en Escocia? Nada…, si con suerte un día viajaban a España, puede que se quedara en su tierra natal, o en algún lugar exótico que lo acogiera con los brazos y las piernas de sus mujeres abiertas.

Aquello no había ocurrido todavía. Los destinos a los que había viajado se le antojaban divertidos los primeros días. Luego sentía la necesidad imperiosa de salir de allí, culpabilizándose por ser partícipe de la venta de personas.

En esta ocasión, le habían prometido un buen puñado de dinero, ya que el viaje lo pagaba el gobierno inglés, para librarse de sus compatriotas escoceses, supervivientes de la batalla de Culloden, y darles una muerte envuelta en agonías, trabajando como mulos de sol a sol, a golpe de látigo y fatigas.

A Sloan se le revolvía el cuerpo solo de pensarlo.

Se prometió a sí mismo no ver, no oír y callar, callar mucho. Aquello eran vacas, sí, vacas peludas en busca de nuevos horizontes. Intentó no mirar, lo intentó con todas sus fuerzas, no obstante, los ojos se le fueron a un rostro sucio y ensangrentado, pero conocido.

El rostro de Douglas Grant…

Hizo lo posible por llevarles él mismo el escaso y fétido alimento a los escoceses, para

así poder hablar con aquel hombre que había conocido años atrás, y cuya esposa actual, él había ayudado a poner a salvo del maldito MacEanraig. Todos sus intentos habían resultado infructuosos. No le quedó más remedio que cambiar el vino del individuo que se ocupaba de alimentar a los prisioneros por otro en mal estado. El malestar no tardó en sobrevenirle al terco muchacho.

—Si me hubieras dejado bajar una vez, una sola vez a llevarles la comida a los escoceses, ahora no estarías vomitando, demonios —masculló para sí mismo, cuando vio al chico derrumbado echando hasta la primera leche por la borda.

En cuanto el capitán dirigió la vista a los que se encontraban ociosos, se topó con él, que se había asegurado de trabajar duro para acabar pronto y también de estar en el lugar indicado, en el momento perfecto.

—Montes, alimenta a las bestias —soltó con frialdad aquel individuo.

—A la orden, mi capitán —respondió Sloan, y se apresuró a recoger los cubos de nefasta comida en la cocina.

Descendió con el primer cubo y cuando estuvo en la bodega, no pudo menos que taparse la nariz, allí olía a rayos.

—¡¡Douglas Grant!!, ¡¡que se levante Douglas Grant!! —elevó la voz con el fin de que todos lo escucharan.

Segundos después, el hombre del rostro sucio y manchado de sangre seca que había visto días atrás ser subido al barco por ni más ni menos que tres hombres clavó la mirada en la suya.

46

Gabriella tendía la ropa de su bebé en los cordeles que habían habilitado para ello cerca del huerto, en un pequeño patio adyacente a la torre. Ulan le sonreía desde una cesta, tapado con la mantita lisa que le había tejido ella misma, para que, en caso de una nueva visita de los ingleses, no la emprendieran con el niño por saltarse la prohibición de utilizar el tartán característico de los clanes.

El pequeño braceaba y daba pataditas continuamente. Sonreía feliz.

Gabriella no podía evitar pensar en que, aunque el niño se asemejara a su abuelo materno, comenzaba a atisbarse un parecido notorio con Douglas.

—Si tu padre pudiera verte… —susurró ella acercándose a su hijo y dándole un pequeño beso en la mejilla.

El bebé hizo ruiditos, como si contestase, y Gabriella sonrió dichosa. No tenía ni la menor idea de por qué había podido llegar a querer tanto a aquel pequeño que solo llevaba unas semanas a su lado. A decir verdad, nada más saberse encinta comenzó a amarlo de modo intenso y especial.

Recordó las palabras de Morna y no pudo evitar soltar una risita.

—Se cagan y se orinan encima, te llenan de mocos, no te dejan dormir y cuando crecen son unos desagradecidos. ¡Pero cómo se quiere a los condenados!.

—La veo muy contenta, *lady* Grant —interrumpió sus pensamientos una voz que le heló la sangre.

—Capitán…

—Barnes, aunque puede llamarme Michael, si gusta. A las bellas mujeres como usted se lo consiento, siempre que sea a solas —apuntó el capitán con una sonrisa de medio lado que, en otra situación o contexto, podría decirse que era bonita.

Gabriella temblaba y solo pensaba en la vulnerabilidad de su hijo.

—¿Qué le trae de nuevo por aquí? —inquirió ella, temerosa.

—Nada en particular. Estoy de paso y decidí visitarla. El otro día me pareció una mujer con arrestos, y tengo especial admiración por las féminas que no se dejan amedrentar con facilidad.

—Ah, bien. Agradezco su visita, por aquí no suele venir nadie y es de lo más aburrido —

dijo ella con familiaridad.

Morna, escondida en la cocina, se llevó la mano a la boca al escuchar a la que ella consideraba como una hija.

—Veo que usted y yo nos hemos entendido a la primera —el capitán volvió a sonreír.

—¿Le gustaría pasar al salón?, le diré a Morna que prepare té…

—¡Oh!, no se moleste, he de irme, como le he dicho, solo pasaba por aquí. A decir verdad, otro día estaré encantado de aceptar su amable invitación —dijo el capitán con un deje de afabilidad totalmente opuesto a la expresión agresiva que se gastaba en su anterior visita.

—Cuando guste… —sentenció ella.

Ambos se despidieron y el capitán besó las manos de Gabriella, deteniéndose de modo escandaloso en estas.

Morna no salía de su asombro.

—Lo acompaño a la salida —dijo Gabriella con amabilidad.

—No es necesario, siga con su tarea, además, su hijo la necesita.

Gabriella le dedicó una sonrisa y el capitán se alejó. Segundos después se escucharon los cascos de su caballo y un relincho. Cuando ya casi se habían esfumado en la lejanía, ella soltó todo el aire de golpe.

—¡¡Dios mío!! —exclamó—, desgraciado…

Morna apareció de pronto con expresión confundida.

—¿Qué demonios ha sido eso?, ¿cómo eres capaz de ser amable con alguien como él? —inquirió la mujer con la sombra de la traición pintada en el rostro.

—Déjame que me recomponga, Morna, y te explique.

—No sé yo si tenga mucha explicación, te acabo de ver coquetear con un capitán inglés, a sabiendas de que tu esposo ha sido apresado y llevado vete a saber dónde por su gente.

—Morna, por dios, ¿me ves capaz de hacer tal cosa?, solo estaba fingiendo. Necesito saber el paradero de mi esposo y este hombre parece interesado en mí, pues aprovecharé ese hecho en mi favor —se defendió su señora.

—¿Eres consciente, mi niña, de que jugarás con fuego?, ese malnacido querrá algo más que besarte las manos.

Gabriella tomó aire con fuerza y lo soltó de un resoplido.

—Si he de sacrificarme por mi esposo, lo haré. En peores me he visto, Morna —soltó recordando cuan desagradable era su difunto marido.

El ama de llaves se santiguó.

—Mi niño no lo entenderá… —sollozó la mujer refiriéndose a Douglas.

—Pues si consigo salvarle la vida, aunque no vuelva a dirigirme la palabra, me sentiré dichosa.

La mujer se abandonó al llanto más descarnado.

—No llores, Morna. No conseguiremos nada haciéndolo. Necesitamos actuar, saber dónde han llevado a Doug.

—¿Y luego qué, mi niña? —preguntó, derrotada.

—Luego iré a buscarlo, así esté en el fin del mundo, lo hallaré.

***

Sloan se acercó a Douglas con la dificultad que representaba pasar entre un montón de hombres hambrientos que lo agarraban de las botas. Lewis tuvo que poner orden para que lo dejaran llegar a su destino.

Cuando lo consiguió, Sloan se encogió de hombros y preguntó:

—¿Se acuerda de mí, señor Grant?

—Claro que sí, puedes hablarme sin formalismos, ya ves dónde he acabado —Douglas soltó una risa nerviosa y cargada de sarcasmo—, eres Sloan Montes.

—Sí, tiene buena memoria, hay personas que dicen que ya no me reconocen…

—Estás cambiado, no te lo negaré, pero no para que no te reconozca ni tu santa madre —intervino Douglas—. Por cierto, ¿cómo has acabado aquí?, hasta donde sé, trabajabas para Brown.

—Sí, lo hacía. Pero el hombre murió hace unos meses, y no me quedó más remedio que embarcarme en esta pocilga —Sloan entrecerró los ojos y su rostro se tiñó de vergüenza.

—¿Por qué dijiste mi nombre?, ¿eres consciente de que, si te oyen, podrías acabar igual que yo? —inquirió Douglas con preocupación.

—Lo sé, y espero que estos buenos hombres no me delaten —dijo refiriéndose a los demás prisioneros.

—Por la cuenta que les trae, no lo harán, señor Montes —interrumpió Lewis con determinación.

Sloan asintió con la cabeza y bajó el tono de voz, hasta hacerlo apenas audible:

—Sé cómo podéis escapar, aunque quizá sea algo arriesgado.

—Habla, cualquier idea será bien recibida, ya ves que aquí abajo, encerrados, poco podemos hacer.

—Sí, pero hay un único hombre que entrega la comida, no soy yo, como ya sabrás…

—El otro abre la compuerta tira la comida al suelo y cierra de nuevo, y con el agua ni se molesta en bajar los peldaños de la escalera, deja el pequeño barril en uno de ellos y cierra. Tal parece que nos tiene pánico, o que piensa que podemos contagiarle algo —prorrumpió Lewis.

—Por eso digo que te has arriesgado mucho, Sloan —intervino Douglas—, si te sorprenden hablando con nosotros aquí abajo, tendrás problemas.

Sloan miró de soslayo hacia la compuerta, que había tenido a bien cerrar por dentro.

—Lo sé y no me importa. Si puedo ayudar a salvar vidas humanas, ten por seguro que lo

haré.

—Y yo te lo agradezco, solo espero que no tengas problemas por ello. Quizá nos sirvas más sano, salvo y libre, que aquí encerrado con nosotros.

Sloan asintió con la cabeza, y se encogió de nuevo de hombros.

—Pues bien, acérquense, que les contaré cuál es mi plan…

47

Lo vio de refilón y tuvo que aguzar la vista para estar segura de quién era.

—¡Maldita sea! —exclamó, furiosa, y se encaminó a las cuadras.

Encontró a Rory cepillando a un caballo algo viejo, aunque no por ello menos hermoso.

—Acabo de ver al príncipe Carlos cerca del lago. ¿No se habían ido ya, Rory?

—Sí, *milady*, pero volvieron hace dos días. No les está siendo fácil despistar a los ingleses.

—Y aquí tampoco lo harán —masculló bajando el tono—, Barnes viene ahora casi todos los días y es demasiado arriesgado.

—Por ello mismo están seguros aquí. Ese miserable se ha confiado y está tan cegado por sus encantos que no ve más allá de sus narices —argumentó el anciano.

Gabriella sintió una punzada de ofensa. Su sacrificio estaba resultando más difícil de lo que imaginaba. Aquel hombre, con sus ojos de serpiente, la aterraba y tenía que hacer un esfuerzo soberano por aguantar la compostura, para que su fachada de amabilidad y coquetería no se transformara en un baño de sangre. Más de una vez había estado tentada a sacar su puñal escondido y hacerlo deslizar por la garganta de aquel lobo con piel de cordero.

—Pues si el príncipe se pasea tan campante por la orilla del lago, dudo mucho que haga la vista gorda. Además, está prohibido el uso del *kilt*[6] y él lleva uno ni más ni menos que de color rojo. Si quiere esconderse, me da a mí que mucho empeño no está poniendo —intervino Gabriella entre aspavientos.

—Lo sé, *milady*, pero está incómodo en el sótano y necesita la luz del sol, por ello sale una vez al día…

—Al cuerno, dile de mi parte que no puede salir del castillo, que, si lo vuelvo a ver remojándose sus aristocráticos pies en el lago, seré yo misma quien lo entregue a los ingleses… —sentenció Gabriella antes de salir como una furia de las caballerizas.

De pronto, su cabeza impactó con algo duro y firme, y unos brazos fuertes la sujetaron por los suyos.

—Tenga cuidado, si va tan distraída, tendrá problemas. Imagine que hubiera sido un maleante y no yo, que tanto la aprecio, quien se topó con usted.

Gabriella intentó parecer sorprendida y se echó a reír, nerviosa. De nuevo, Barnes la

incomodaba con su presencia. Rezó en silencio para que él no hubiera escuchado los reproches que había hecho a su mozo de cuadras.

Desde aquella fortuita visita, el inglés se había presentado varias veces a la semana. Tomaban el té y aprovechaba para acercarse demasiado a ella, sin embargo, no hacía mucho más que besar sus manos con efusividad. Hecho que la incomodaba en demasía.

—Tiene usted razón. Buenos días, Michael. Venga conmigo, le diré a Morna que prepare alguna delicia para que podamos desayunar —dijo Gabriella volviendo a retomar las riendas de sus actos y posando su mano en el hombro de él con familiaridad, mientras le dedicaba una caída de pestañas que no le pasó inadvertida al inglés.

Por dentro, su odio hacia él bullía y el miedo a que descubriera al príncipe tenía que ser contenido.

Vio a Rory que los observaba calculando cuánto tiempo tendría para avisar al caído pretendiente, y si Barnes había venido o no solo en esta ocasión.

Gabriella pareció leerle la mente, porque le preguntó al capitán:

—¿Ha venido usted solo?

—No, dos soldados me esperan fuera.

El corazón de Gabriella estaba a punto de salírsele del pecho.

—Oh, qué lástima. La mañana es fría y me gustaría agasajar a sus hombres con algo que llevarse al estómago. Le diré a Morna que les sirva el desayuno en la cocina, si le parece bien…

Barnes la miró de soslayo, sin embargo, acabó por asentir.

Una vez que Gabriella y el capitán estuvieron en el salón, sentados a la mesa y degustando las delicias que había preparado Morna, Barnes comenzó a hablar.

—He venido a despedirme, Gabriella. El deber me llama —dijo en un tono algo lastimero.

—¿Y a dónde irás, Michael? —inquirió con la sonrisa de Judas y un trato sin formalismos.

—Unos prisioneros han tomado un barco y he de ir a solucionarlo.

El corazón de Gabriella dio un vuelco.

—¿Un barco?, ¿y dónde ha sido? —preguntó sin poder esconder el interés que despertaba en ella aquella noticia.

Michael enarcó las cejas, sorprendido.

—Veo que te interesa sobremanera lo que tenga que ver con el mar, ¿cierto? —inquirió él con un rictus desafiante que helaba la sangre y el cuerpo entero.

—No, es solo que me ha sorprendido que te marches y no puedas honrarnos más en esta casa con tu presencia. Me agrada tu compañía —se excusó en un intento de convencerse a sí misma de que así era.

—¿De verdad? —inquirió él clavando su mirada reptil sobre ella.

Gabriella asintió con la cabeza y le dedicó una hermosa y falsa sonrisa.

—De verdad. En fin. Tendré que hacerme a la idea de que estarás lejos y esperaré que vuelvas sano y salvo, para que podamos disfrutar de estos ratos que me hacen más liviana la pérdida de mi esposo —soltó ella de modo teatral.

—¿La pérdida?, ¿cómo sabes que está muerto?

—Es algo aquí adentro —dijo llevándose la mano al pecho—, me dice una y otra vez que Douglas ya no está con nosotros.

—¿Y crees que podrías superarlo?, quiero decir, ¿que podrías darle otra oportunidad al amor? —interrogó Barnes tomando las manos de Gabriella entre las suyas.

Gabriella soltó un suspiro enorme y se encogió de hombros.

—Todavía es pronto para pensar en ello, pero soy una mujer familiar, me gustaría que mi hijo creciera con una figura paterna, alguien que le inculcara buenos valores…

La mirada de Barnes se encendió.

Dejó en paz las manos de la mujer que tenía ante sí y se atrevió a acariciarle el rostro.

—Me gustaría decirte tantas cosas. Y tengo que contenerme, porque en ocasiones creo que todo esto es una farsa y que es solo un espejismo. Que en realidad me odias y que aceptas mis atenciones por algún motivo… Yo jamás había sentido esto por nadie, llevo toda mi vida solo y me debo a mi país, sin embargo, cuando pisé este lugar algo cambió en mí.

»No he dejado de pensar en ti desde que te vi por primera vez, y he eludido mis deberes por verte sonreír, por acariciar tus suaves manos, por perderme en esos ojos oscuros tan enigmáticos y a la vez traicioneros.

»Gabriella, dime si puedo albergar esperanza en mi corazón, si algún día tendré tu amor y respeto.

Aquello era demasiado para Gabriella. Porque una cosa era hacer el papel de amiga del alma, algo coqueta, pero otra muy distinta corresponder a los sentimientos de los que Barnes hablaba. Se había enamorado de ella y eso suponía un problema. Siempre pensó que era un capricho, que solo quería meterse entre sus piernas.

Morna no había dejado de advertirle del peligro de aquella situación y ahora comprendía el alcance que había tenido su osadía.

Gabriella posó su mano sobre la de Barnes y dijo:

—Me halagan tus sentimientos hacia mí, Michael. Y no me gustaría ser cruel ni prometerte algo que incumpliré. Amo a mi esposo y mi anhelo al despertar cada mañana es verlo aparecer por esa puerta.

»Que conozca a su hijo, que esté aquí con nosotros de nuevo. No hay noche que no me acueste pidiéndole a Dios que así sea.

Barnes retiró la mano como si el contacto con la de Gabriella le quemara.

Ella esperaba su furia, amenazas, que incluso llegara a abofetearla por haberlo engañado durante semanas, haciéndole creer que podía sentir por él algo más que una simple amistad.

—Douglas Grant tiene suerte…, por tu amor, yo también sería capaz de tomar un barco y escapar de la esclavitud en un lugar hostil como Barbados…

—Ha sido él… —dijo Gabriella con los ojos llenos de lágrimas, esperanzada.

—Sí, Gabriella. Grant se ha hecho con el control del barco que lo transportaba a él y a otros escoceses. Yo soy el hombre que ha de impedir que llegue a puerto. Tengo órdenes de apresarlo y acabar con todo el que ha secundado el motín.

Gabriella agachó la cabeza y la volvió a alzar, clavando sus ojos en los de él con intensidad/súplica.

—¿Y qué vas a hacer?

—Yo también te amo, Gabriella. Estas semanas han sido las mejores de mi vida. Aunque todo haya sido un teatro y algo en mi interior me dijera que no podía ser real.

»Iré a darle caza a ese barco y cumpliré con las órdenes de mi superior.

—Por favor, Michael, si en verdad me amas, no me lo quites, piensa que todos esos sentimientos que dices albergar hacia mí son los que yo tengo por él.

Michael se levantó de la silla, ella hizo lo mismo. Se acercó a Gabriella y enmarcó su rostro con las manos.

Se aproximó hasta quedar a escasos milímetros de sus labios y cerró los ojos.

—Eres mi debilidad —susurró él, antes de separarse de sus labios y abrazarla.

Gabriella correspondió al abrazo, pero esta vez no fue un acto ficticio ni cargado de falsedad, fue un abrazo sincero que la hizo albergar una llamita de esperanza.

48

Fue más fácil de lo que pensaron en un principio. Tomar aquel barco cuando su capitán ya estaba seguro de que nada podría ocurrir. A punto de pisar la isla de Barbados.

Los prisioneros, sabedores del plan, que tramaron con tiempo mientras veían las horas pasar en aquella bodega, habían decidido repartirse la comida en lugar de tirarse como leones hambrientos cuando sus captores se la lanzaban como si se trataran de bestias.

El teatrillo lo hacían, no querían levantar ningún tipo de sospecha, además, si aquellos energúmenos pensaban de ellos que eran animales salvajes, dejarían que siguieran creyéndolo. Y así lo hicieron.

Su intención era estar lo suficientemente fuertes como para salir de su prisión y sorprender a los marineros y a su capitán cansados, y a poder ser dormidos.

Sloan hacía lo posible por colarse en la bodega sin ser visto, por regla general, se aventuraba por la noche. Es más, tuvo la suerte de que le encomendaran la vigilancia de la compuerta cada vez con más asiduidad, al ver que el hombre era el único que soportaba despierto toda la noche, habiendo trabajado cual mulo todo el día.

Y la ocasión perfecta se dio en forma de fiesta. Les faltaba muy poco para avistar tierra y se envolvieron en el ron que siempre tenían a bien adquirir en el Caribe, y que ya a punto estaba de acabarse. El capitán pensó que, dada la cercanía a las islas, podían terminar las existencias del líquido embriagador que hacía el tiempo en alta mar más llevadero.

Douglas fue avisado por Sloan y este puso a todos sus compañeros al corriente. Tomarían el barco esa misma noche, cuando todos estuvieran borrachos como cubas.

Consiguieron encerrar en la bodega a casi toda la tripulación, pero el escurridizo capitán saltó por la borda y fue quien informó a los ingleses del motín. También fue el que dio nombres, pues tuvo una interesante charla con el artífice del ataque antes de abrazar las olas. Charla en la que Douglas prácticamente le escupió a la cara quién era. ¿Buscaba algo?, sí, buscaba que, por cualquier carambola del destino, su esposa llegase a enterarse de que estaba bien y que volvía a casa, aunque fuera como forajido y tuviera que ocultarse durante mucho tiempo antes de arrimarse al calor de la lumbre junto a ellos.

Y Douglas se proclamó capitán de aquel navío, que se llamaba Santa Fe. No tenía ni la más remota idea de los términos marineros ni de navegación, si bien, sus deseos de libertad le dieron el empuje suficiente. Su primera orden fue que dieran la vuelta, que atracarían en cualquier otro lugar que no fuese Barbados y llenarían el barco de víveres y provisiones, ¿cómo

lo harían?, tendrían que tirar de pillaje y de mentira, aunque era el único modo de sobrevivir todo el camino de vuelta.

Todavía tenían alimento para varias jornadas, pero se acabaría.

Todos se disfrazaron con los ropajes que pertenecían a la tripulación del Santa Fe, para, en caso de cruzarse con cualquier otro barco, no levantar sospechas. Sus ropas raídas y la suciedad de estas podrían, sin duda, alertar a cualquiera que los viera.

Douglas se atavió como un auténtico capitán de barco inglés, aunque el nombre del navío fuera español. ¿Quién sabía cómo aquellos comerciantes ingleses se habían hecho con él? De todos modos, ese detalle le recordó a su esposa, medio española, aunque las costumbres de sus raíces estuvieran tan lejos ya de ella, muchas habían sido las veces que le contaba historias de su padre y de las delicias que hacía para su familia con un simple cerdo, del que decía se aprovechaban hasta los andares.

—Vuelvo a casa, mi amor, espérame —susurró frente a un crepúsculo teñido de miles de colores.

***

Barnes embarcó una mañana de junio, rumbo a las islas caribeñas, con el fin de interceptar en ruta al Santa Fe.

A medida que veía cómo el navío se alejaba de tierra firme, su corazón se encogía hasta volverse tan pequeño y duro como un garbanzo.

El desamor lo acompañaba y, aunque había luchado contra ese sentimiento tan fuerte instalado en su pecho y que no lo dejaba vivir, no lo había logrado.

Decidió entonces convivir con el recuerdo de aquellos días en los que había disfrutado de la sonrisa y la suave piel de las ajadas manos de Gabriella. ¿Cómo algo podía ser tosco y suave a la vez?, ni él lo sabía, es más, cuando le había preguntado a ella por el deterioro de la piel de sus manos, la joven había eludido el tema y su mirada se había cubierto de un velo de espanto.

Recordó sus curvas, sus andares femeninos y el modo en que, sin pudor, alimentaba a su hijo.

Bien se guardó él en no mirar cuando aquello sucedía. Aunque le parecía una imagen hermosa y le encantaba soñar que aquella era su familia, no lo era, y no quería que Gabriella se ofendiera y no lo dejara volver a su casa nunca más.

Que aquello era poco probable que ocurriera, pues ella no era más que una escocesa sin rango alguno, y él, ni más ni menos que un capitán del ejército inglés, que debería velar porque las prohibiciones de Cumberland se cumplieran, en lugar de andar enamorado de una de sus enemigas.

El día estaba tocado de nubes y la niebla lo impregnaba todo con su humedad que calaba los huesos del inglés.

Se acercó al capitán del barco, que peinaba canas y tenía una leve cojera al caminar, y le preguntó por el tiempo que tardarían en llegar a su destino, que, en primera instancia, era la isla de Barbados. Al arribar, recogerían al capitán del Santa Fe y lo devolverían a su barco. Una vez

conseguido ese objetivo, escoltarían al Santa Fe de nuevo a la isla, para que se cumplieran las órdenes iniciales, que no eran otras que los escoceses fueran vendidos como esclavos.

Sin embargo, si se encontraban con el navío en el camino, debían luchar con sus falsos tripulantes y reducirlos. Las órdenes de Cumberland habían sido claras. Que matara a todos los que quisiera, menos a Douglas Grant. A ese lo quería vivo y ante él.

—No tenga prisa, capitán. Son varias semanas y en la mar es mejor olvidarse del tiempo. Si no lo hubiera hecho así, ya estaría loco.

Barnes miró al hombre de soslayo y pensó que mucha pinta de cuerdo no tenía.

—En cualquier caso, me gustaría una estimación, yo soy hombre de tierra, y el mar es un gran desconocido para mí —intervino Barnes encogiéndose de hombros.

—Entonces, ¿por qué lo han enviado a usted? —inquirió el capitán del barco.

—La verdad, amigo, es que no me han mandado, fui yo quien me ofrecí a detener el motín del Santa Fe —confesó Barnes, consciente de la mentira que le había dicho a Gabriella.

—¿Y por qué hizo eso, Barnes? —preguntó el capitán con los ojos entrecerrados.

Barnes sonrió y dejó la mirada perdida en el horizonte, que ya era pura niebla.

—Es algo personal —soltó antes de darse media vuelta y alejarse a paso vivo, con las manos a la espalda.

No quería permanecer junto el capitán por más tiempo, de lo contrario, acabaría por soltar que todo lo había hecho por un arrebato de lo más visceral llamado amor.

49

Y los días pasaron sin saber nada del barco que había tomado Douglas. Las noticias habían volado y se decía que Lewis MacKay y Andrew Fraser habían sido los cómplices de su esposo.

Que el viejo MacKay era un traidor y que había cambiado de bando, por ello lo apresaron.

Al parecer, el capitán del barco, que se llamaba Santa Fe, escapó, y había dado nombres y narrado el horror que tuvo que padecer antes de poder hacerlo.

Cuando a los oídos de Gabriella llegaron aquellos rumores, esbozó una sonrisa.

—¡Ay, Douglas!, estoy segura de que ese capitán no se te hubiera escapado si tú no quisieras que lo hiciera. Te has arriesgado mucho, ahora ya tienen tu nombre, pero también me has dado esperanzas, las de volvernos a reencontrar muy pronto.

Gabriella se acicaló y se arregló más que de costumbre, lo venía haciendo así desde que Barnes le dio la noticia. Quería que, cuando su esposo regresara a Urquhart, la viera bella y lozana, no ojerosa y triste, como había estado durante demasiado tiempo.

Se acercó a la cunita de Ulan y lo observó dormido, era tan bonito.

—Papá ya viene, mi amor…

Unos toques en la puerta la sorprendieron. Era Bonnie, que, con su voz algo apagada, le anunció que tenían visita.

Gabriella entrecerró los ojos y se recompuso el vestido antes de salir a recibir a quien fuese que había perturbado la paz de Urquhart.

Cuando descendió los peldaños y arribó al salón, halló a Megan y a Ada, las dos vestidas con harapos y muy sucias. Los hijos de Megan se ocultaban detrás de ella, enganchados a sus faldas.

—¡Por el amor de dios, Megan! —exclamó Gabriella antes de correr hacia ella y abrazarla.

Megan correspondió al abrazo, algo avergonzada por el olor que desprendían sus ropajes y ella misma.

No pudo menos que echarse a llorar, desconsolada.

—Lo siento, lo siento mucho —comenzó a sollozar sin poder parar.

—No te preocupes, son tiempos difíciles, pero yo nunca he dejado de echarte de menos, amiga —intervino Gabriella.

—No nos portamos bien, ni yo ni Callum…, Callum, oh dios —y se echó a llorar de modo desgarrado.

—¿Dónde está tu esposo? —preguntó Gabriella mirándola a los ojos enrojecidos y testigos de demasiada barbarie.

Megan y Ada, que parecía haber envejecido una década en tan solo unos meses, le explicaron que Callum había caído en batalla, que Lewis les había contado que fue incapaz de darle muerte a Douglas cuando lo tuvo frente a él, indefenso, y que un miembro del ejército jacobita lo mató a sangre fría, cuando estaba desarmado y solo pretendía abrazar a su amigo.

Gabriella se llevó la mano a la boca, horrorizada.

—A mi esposo se lo llevaron al día siguiente, decían que era un traidor porque no mató a Douglas, cuando podía haberlo hecho. Lo último que hemos sabido es que Douglas y él están juntos y que han tomado el barco que los transportaba a Barbados. ¿Y sabéis lo que os digo?, que Lewis ha hecho muy bien, me siento muy orgullosa de que haya puesto fin a todo el fanatismo que envolvió nuestra familia en las últimas semanas.

»Llegamos a olvidarnos de nuestros amigos porque pensaban diferente a nosotros, echamos de nuestra casa a Douglas, a Douglas, que siempre fue como de la familia. Y ahora aquí estamos, en la casa de nuestros amigos jacobitas, porque no tenemos techo en el que guarecernos. Cumberland mandó quemar la granja y la librería.

—Por supuesto que podéis quedaros aquí, no hay mucho sitio, aunque nos apañaremos.

Megan y Ada agradecieron la bondad de Gabriella. Se habían tragado el orgullo y la vergüenza, porque de orgullo y vergüenza no vive nadie, y habían tocado a su puerta. En aquel momento, con la brisa de la mañana colándose por las ventanas abiertas del salón de la torre de Urquhart, supieron que no se habían equivocado al hacerlo.

***

El mes de julio llegó henchido de sol y de paz relativa. En Urquhart habían tenido varias visitas de los ingleses. Ninguna de ellas fue más allá de la intimidatoria ronda.

Lo que Gabriella ignoraba era que Barnes había dado órdenes explícitas de que no se molestara en demasía a la señora del castillo en ruinas. Hecho que les vino de perlas para no tener que dar explicaciones sobre el aumento de los habitantes de aquel hermoso pero decadente lugar.

Gabriella había habilitado una habitación para Megan, Ada y los niños. Que solo eran dos, pues Megan, al enterarse de la fatal muerte de su esposo, había parido otro hijo muerto.

Los pequeños Seeldar, de cinco años, y Cailean, de tres, le habían dado una vida a aquel castillo que hacía tiempo que no tenía. Pues todo parecía haberse tornado sombrío desde que Douglas no volvió de la batalla.

Las mujeres se habían organizado su rutina, y todas ayudaban en la limpieza y mantenimiento de la vivienda. Por otra parte, Rory, viendo el problema de espacio que tenía su

señora en la torre, había comenzado a reconstruir un derruido edificio, cercano a esta, que en otros tiempos pudo ser un pequeño salón, por la chimenea que todavía lo poblaba.

Ada, quien no se pisaba las faldas fácilmente, se ofreció a ayudarlo. Ambos, ya ancianos, poco podían hacer y las obras iban lentas, muy lentas. Gabriella y Megan echaban una mano cuando les era posible, el cuidado de los niños les ocupaba gran parte del tiempo. Y las semanas transcurrían sin noticias de los valerosos hombres que se habían enfrentado a su cruel destino.

Y así llegó agosto. Rory había intentado averiguar si se sabía algo más, pero el silencio era total, hecho que para el mozo de cuadras era buena señal.

—¿Crees que si los ingleses los hubieran atrapado no lo gritarían a los cuatro vientos?, si no sabemos nada del Santa Fe es que sigue navegando, desafiando a las tormentas y pronto tendremos noticias satisfactorias. Ha de pensar, *milady*, que no puede llegar a puerto, todo el esfuerzo no serviría de nada y Douglas sería apresado de nuevo. Ahora mismo es uno de los hombres más buscados de toda Escocia, más incluso que el príncipe Estuardo —argumentó Rory una mañana.

—Por cierto, ¿se ha sabido algo de él y de los hombres que lo protegían? —inquirió Gabriella con el gesto torcido.

—Pues tengo entendido, *milady*, que hace tan solo unos días consiguió salir de Inglaterra, y lo que me han contado es cuando menos curioso, porque lo hizo vestido de mujer, de doncella, más concretamente, de una señorita muy bien posicionada del clan MacDonald. No sé quién es esa dama, pero de paciencia ha de estar armada, el tiempo que estuvo entre estos muros se me hizo largo y tedioso, pues ese muchacho, por muy aristocrático que sea, es poco menos que inaguantable.

»Todavía no sé qué poder es el que lo hizo reclutar a tantos hombres para ir directos a su muerte, como si se tratasen de vacas.

—Te recuerdo, Rory, que tú te enfadaste muchísimo con la pobre Morna por impedirte participar en la batalla —apuntó Gabriella.

—Sí, tiene razón, me enfurecí sobremanera. Sin embargo, luego llegué a la conclusión de que todo tiene su razón de ser, y si no estuvo de Dios que yo luchara en la contienda, algún motivo habría.

Gabriella soltó un suspiro mientras negaba con la cabeza.

—Ojalá hubiera sido tan lista y previsora como Morna, y hubiera encerrado yo también a Douglas… —sentenció.

50

La moral de los hombres del Santa Fe mermaba por cada día que pasaba. Sin apenas víveres ni agua, ya se habían producido varias muertes, también había habido bajas en la antigua tripulación, cautiva en las bodegas, tal y como ellos hicieron el viaje de ida.

—Tenemos que encontrar un lugar donde atracar el barco, necesitamos provisiones. De lo contrario, pereceremos en el mar y todo el esfuerzo no habrá servido para nada —intervino Sloan, que se sentía cada vez más desbordado por la situación.

—Solo hemos encontrado agua y más agua, no sé cómo no se me ocurrió antes, la euforia de haber vencido una pequeña batalla me cegó, y no pensé que, desde Barbados a Escocia, no hay tierra —se dolió Douglas.

—Bueno, quizás podamos desembarcar en África, o en España, están más cerca que nuestro destino, además, no podremos seguir durante mucho tiempo en el barco, o acabarán por capturarnos. La fortuna nos ha sonreído por semanas, pero no siempre será así —dijo Sloan señalando el mapa que tenían extendido él y Douglas en una mesa del camarote de este último.

—Sí, pero la pregunta es: ¿Sabremos llegar a alguno de esos lugares?, ninguno tenemos experiencia en el mar, más allá de ser meros viajeros. Solo tú has trabajado en barcos y llevabas apenas unos meses, ¿cierto? —preguntó Douglas con un deje de derrota en la voz.

Sloan asintió.

—Quizá deberíamos liberar a alguno de los prisioneros para que nos ayude —anunció Montes.

—¿Y crees que nos ayudará?, ¿o por el contrario acabaremos en la boca del lobo?

Douglas se llevó ambas manos al rostro, la falta de comida y agua comenzaba a pasarle factura.

De pronto, unos gritos los alertaron. Y Douglas no pudo menos que comenzar a temblar cuando una palabra llegó a sus oídos clara como el agua: ingleses.

¡Ahí estaba!, después de tantas semanas de escabullirse, de burlarse de él, ahí estaba el Santa Fe cual barco fantasma, mostrándole su popa, como si se tratase del trasero del diablo.

—Los encontramos —anunció Barnes, catalejo en mano, con la seguridad de que aquel navío no era otro que el Santa Fe.

—¿Está seguro, capitán? —inquirió quitándole de las manos el catalejo—, no parecen

escoceses, no veo cuadros por ninguna parte —dijo el hombre soltando una carcajada.

—¿Crees que serían tan estúpidos como para conservar su atuendo?, esos son los prisioneros, huele hasta aquí a escocés —dijo Barnes con determinación.

El capitán del barco negó con la cabeza, en las semanas que Michael Barnes lo había acompañado, se había percatado de la tristeza que apresaba el corazón de aquel capitán inglés, una tristeza acompañada de odio, no podía haber peor pareja, había pensado para sí.

—Daré orden para atacar —intervino Barnes con decisión.

—Un momento, hombre. Usted puede ser el capitán que ha enviado el gobierno para atrapar a esas ratas escocesas, pero aquí el que doy las órdenes soy yo —espetó el capitán del navío, que se apellidaba Smith, hecho que no supo Barnes hasta pocas jornadas antes, porque todos le llamaban capitán o señor…

—Pues dé la orden, hombre de dios, no ve que se nos van a escapar, su barco es más ligero que el nuestro —insistió Barnes.

—Sí, puede ser, si bien, ninguno tiene la experiencia que tengo yo en estos asuntos, se lo puedo asegurar —sentenció Smith antes de ordenar a sus muchachos que prepararan los cañones.

En el Santa Fe también se preparaban para la batalla. Sin experiencia, sin fuerzas apenas, Douglas temía que sus acciones quedaran en saco roto. Sus esperanzas de volver a ver a su esposa y conocer a su hijo se diluían demasiado pronto.

Lewis no dejaba de dar órdenes, tal parecía que en lugar de hombres trataba con sus vacas peludas, pero no era momento de entretenerse en semejantes pensamientos, debían actuar con inteligencia y, al recibir el primer cañonazo, Douglas se santiguó.

—Ayúdame, si de verdad estás ahí, Dios —masculló antes de desenvainar la espada del capitán fugado del Santa Fe.

En unos minutos, los dos barcos se enzarzaron en una batalla épica. Los cañonazos iban y venían. Y lo peor fue ver que había ingleses en la cubierta del Santa Fe. Ambos bandos se batieron en un duelo colectivo de espadas y sangre, demasiada sangre.

—¡¡No podréis con nosotros, malnacidos!! —exclamó Lewis antes de atravesar el cuerpo de un soldado inglés imberbe.

Andrew, por su parte, se abría paso torpemente con su espada. Douglas negó con la cabeza, aquel chiquillo estaba demasiado débil para poder luchar. Tres jornadas llevaba preso de las más feroces diarreas.

De pronto, unos ojos de reptil se posaron en los suyos y una sonrisa de suficiencia le mostró que, por andar mirando lo que hacían los demás, había descuidado su propio cuerpo. El filo de una espada arañaba su cuello.

—Douglas Grant, por fin nos conocemos —dijo el propietario de los ojos de serpiente y la espada traicionera.

—Créame que no es un grato encuentro —respondió Douglas sin moverse un ápice.

—He pasado muchas lunas imaginando cómo sería el hombre que tenía el placer y la suerte de yacer cada noche con la mujer que amo —masculló Barnes con saña.

—¿Que amas?, ¿se puede saber a quién te refieres? —inquirió Douglas con una punzada intempestiva de celos.

—Verá, Douglas, tuve el honor de conocer bastante bien a Gabriella en estos últimos tiempos, en los que usted estuvo ausente —explicó Barnes con el fin de enfurecer a Douglas.

—¿Qué quiere decir con eso, malnacido?, ¿qué le ha hecho a mi esposa?

—Nada que ella no quisiera. Es más, creo que el pequeño Ulan comenzó a cogerme cariño, por ello, aquí estoy, para luchar por la mujer que roba mis sueños cada noche. Los dos la amamos, así que, el que sobreviva podrá volver junto a ella, y, cómo no, ser el padre de ese niño.

—Pero ¿qué diablos…?, el único padre, el único esposo soy yo. Así que déjese de estupideces, no permitiré que usted ponga una mano sobre mi familia, ¿me ha oído?

Barnes sonrió complacido y retiró la espada del cuello de Douglas. Momento que este aprovechó para atacarlo. Y comenzó una contienda a espadazo limpio, con heridas superficiales, y algo más profundas.

El resto de la tripulación luchaba a su alrededor, pero Barnes y Douglas parecían haberse quedado solos, en una especie de duelo por una mujer, un duelo macabro y en unas condiciones cuando menos reprobables.

Barnes, instruido en la batalla y con un largo historial de condecoraciones, no tardó en hacer que la espada de Douglas saliera volando.

—He de reconocer que, aunque inexperto, no es usted lo que se dice fácil de derrotar, me ha costado un buen rato arrebatarle la espada —dijo Barnes de nuevo apoyando el filo del arma sobre Douglas, esta vez en el pecho.

—No pararé de luchar, aunque me deje la vida en ello —masculló Douglas con sangre en la boca.

—Oh, ¡qué bonito!, lástima que Gabriella nunca llegue a saber que fui yo quien le quitó la vida a su gran amor. La versión oficial será que fue otro, alguien de menos rango, quien lo hizo. Ella llorará sobre mi hombro y, poco a poco, conseguiré que abra su corazón y aprovecharé esa brecha para meterme en él.

—Eres un desgraciado —espetó Douglas con dificultad.

—Y tú una rata escocesa. Pensándolo mejor, quizá ese hijo también pueda pasar a mejor vida, no me sentiría cómodo criándolo como si fuera mío, además, ¿cómo iremos a fiestas Gabriella y yo si ella tiene que cuidar de un mocoso? No…, ya tendremos nuestros propios hijos.

Douglas estaba cada vez más furioso, mientras Barnes se sentía tan seguro en su papel de guerrero, que tuvo la osadía de retirar la espada del cuello de su enemigo y devolverle la suya a este.

—Ten, que no se diga que no te he dado oportunidades de vencerme —soltó Barnes con una sonrisa de suficiencia.

Douglas no le hizo ascos, aunque el gesto viniera rociado de humillación. Era una oportunidad e iba a aprovecharla.

Sin embargo, pronto supo que poco podría hacer y se dispuso a entregar su vida para sesgar la de Michael Barnes. Si él moría, poco importaba, mientras su oponente también lo

hiciera y mantuviera sus sangrientas manos lejos de las personas más importantes de su vida. Gabriella y Ulan… Ulan, su hijo. Inspiró aire y sonrió al pensar en su pequeño, antes de prepararse para su inevitable final.

51

El afilado acero atravesó su pecho, y una mirada sorpresiva tiñó su rostro de muerte. La espada retrocedió y él cayó al suelo, sin vida.

¿Quién lo lloraría?, ¿Gabriella?, ¿o quizá aquel bebé que no tenía idea todavía de quién era su padre? No tenía a nadie más y se había pasado la vida cumpliendo con un deber que nunca se terminaba.

Sus últimos pensamientos fueron para ella, porque por amor se es capaz de vivir mil guerras y él las había vivido todas sin él, ahora su corazón lo había hecho más débil, menos aventajado para la lucha y el uso de la espada. También más estúpido, se había centrado tanto en su rival, que se había olvidado de vigilar su espalda.

Michael Barnes murió una calurosa mañana del mes de agosto, atravesado por la espada de Lewis MacKay, librando así a Douglas de una muerte segura.

—No pude hacer nada por evitar la muerte de mi sobrino, pero he podido enmendar mi pena contigo. Callum estaría orgulloso de su viejo tío —dijo el anciano ayudándole a levantarse del suelo.

Douglas, que ya se había hecho a la idea de morir ese mismo día, soltó un gran suspiro.

—Juro que siento que acabo de nacer de nuevo —sentenció limpiándose el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Pues ya sabes lo que te toca, muchacho. Hemos acabado con todos los malnacidos que han subido al barco, los pocos que quedan y el capitán han sido capturados por los nuestros. Así que, cambiemos de barco y volvamos a casa.

—A casa —dijo Douglas con una enorme sonrisa.

El navío peor parado había sido el Santa Fe, así que sus tripulantes lanzaron los cadáveres al mar y traspasaron a todos los heridos y prisioneros al barco de Smith.

Él colaboró en todo momento, llevaría a los escoceses a un lugar seguro y volvería a Inglaterra con todos los suyos, los liberaría cuando se hubiera alejado lo suficiente de estos. Aquel era el trato al que habían llegado Douglas y el viejo capitán, no hizo falta amenazarlo siquiera. Él mismo se ofreció.

Lewis le avisó en todo momento de que podía ser una trampa: «nada es tan fácil y menos con los ingleses», le dijo. «No nos queda otro remedio que confiar, Lewis, nosotros no tenemos ni idea de navegación».

En los días que aún tardaron en llegar a España, Douglas entabló una especie de amistad con aquel hombre, que le confesó que tenía raíces escocesas y que siempre había renegado de ellas. Que no sabía si lo hacía por vergüenza o cobardía, que en aquellos días había llegado a la conclusión de que era lo segundo, y que en la lucha entre ingleses y escoceses no había buenos ni malos, en realidad, en ninguna lucha los había. Solo odio, envidias y mucho, mucho miedo a lo desconocido.

Cuando se despidieron de Smith en el puerto de Cádiz, Douglas le estrechó la mano con firmeza antes de darle las gracias por haberlos llevado a tierra firme, lugar donde sabían moverse mejor que en las traicioneras aguas.

Douglas sonrió y se abrazó a Lewis y el joven Andrew, que había podido superar el mal que lo atenazó por varias semanas, aunque estuviera flaco como un palo. Los demás hombres, incluido Sloan Montes, jalearon la escena, todos se habían librado de una muerte lenta y agoniosa, además, eran libres… ¡Libres!

52

La buena o mala fortuna hizo que el navío de guerra del capitán Smith naufragara después de que este se volara la tapa de los sesos con la vieja pistola familiar que guardaba para el evento en cuestión.

Su hermano mayor se quitó de en medio del mismo modo, él no iba a ser menos. Era consciente de que sería acusado de traicionar a los suyos, manteniéndolos encerrados y ayudando a los escoceses. Prefería la pistola a la soga.

El capitán no les abrió la compuerta, dándoles así una agónica muerte a sus hombres, que lucharon hasta el último aliento por salir de aquella bodega que poco a poco se fue llenando de agua, pues su capitán se había entretenido en dejar el bajel como un colador, abriéndole camino al mar a hachazos.

El grupo de escoceses, encabezado por Douglas, Sloan y Lewis, caminaron durante días y días, atravesando España y parte de Francia.

Hicieron uso del pillaje para conseguir ropa que no llamara la atención. De todos los prisioneros que los ingleses pretendían llevar a Barbados, ya solo quedaban diez y por el camino perdieron todavía a dos más.

Conseguir un barco que los llevara a Escocia sin pasar por Inglaterra y sin dinero para el pasaje no fue fácil, hasta que encontraron a un viejo pescador que, a cambio de trabajo, se comprometió a acercarlos lo más posible a su destino.

Douglas y los demás tuvieron la suerte de que aquel individuo y su tripulación tuvieran un odio monumental hacia los ingleses, así que se sintieron increíblemente bien al ayudarlos.

En Urquhart, Gabriella lloraba la pérdida de Douglas, pues el hallazgo del Santa Fe, como barco fantasma, con evidentes signos de haber sido presa de los cañonazos, sumado a la desaparición del Hyperion, el barco que el gobierno había enviado para darles caza, y del que solo se habían recuperado restos, presagiaban lo peor.

Fueron semanas de angustia, en las que Gabriella llegó a perder la fe y la esperanza en volver a ver a su esposo.

Megan la consolaba, Morna también lo hacía, hasta el viejo Rory lo intentaba.

Ada estaba igual o peor que ella. Ya ni la reconstrucción del que sería su hogar la motivaba.

Se pasaba el día sentada en la orilla del lago, sin saber siquiera lo que esperaba.

—Ada no podrá con la pérdida de Lewis —dijo Megan con consternación—, llevaban juntos toda la vida, desde que tan solo eran unos niños.

Gabriella se volteó a ver a su amiga y asintió con la cabeza.

—Es una mujer fuerte, una guerrera de los pies a la cabeza, pero Lewis es su debilidad y Douglas la mía.

—Hablas de ellos en presente, ha pasado demasiado tiempo y no han vuelto, Gab, es mejor hacerse a la idea de que ya no volverán, créeme. De lo contrario acabarás por volverte loca —argumentó Megan posando la mano en el hombro de Gabriella.

—No puedo. Algo aquí dentro —apuntó señalando su pecho—, me dice que no puede estar muerto.

—Lo sé, amiga. Yo lo viví con Callum, mas nunca volvió. Por ello mi consejo.

—En ocasiones pienso que perderé la cordura. ¿Qué será de Ulan sin su padre?, ¿qué será de mí sin el amor de mi vida? Lo sé, el tiempo todo lo cura y aprenderé a vivir con su ausencia. Eso es lo que todos me dicen, mas yo no puedo hacerme a la idea. Albergo un amor enorme hacia ese hombre, ¿qué hago ahora con él?

Megan suspiró y, aunque lo había intentado evitar por todos los medios, rompió a llorar sin consuelo alguno.

—Lo siento —susurró.

—No te disculpes, las dos estamos en el mismo barco. Nos cuidaremos mutuamente y saldremos adelante, aunque tengamos que cargar con nuestro amor perdido en la espalda por el resto de la vida —sentenció Gabriella, con una determinación que ni ella se terminaba de creer.

Abrazó a Megan y ambas lloraron hombro contra hombro.

Hasta que unos gritos las alertaron.

53

Entró vociferando en el patio de armas de Urquhart. Era un hombre de cabello cano, ventrudo y con unos ojos capaces de verte el alma. Buscaba a Gabriella…

El abrazo de las dos amigas se deshizo y corrieron hacia el lugar de donde procedían los gritos. Al ver a aquel hombre preso de la furia, Gabriella se acercó con prudencia a él.

—Yo soy *lady* Grant, ¿qué desea de mí? —inquirió Gabriella cuidándose mucho de que su pregunta sonara desafiante.

El hombre le dedicó una sonrisa cargada de inquina y la miró de arriba abajo antes de soltar:

—Así que eres la ramera que hizo perder la cabeza a mi hijo… —espetó agarrándola del brazo por sorpresa.

—¡Suélteme, no sé de qué me habla! —exclamó ella, aunque era mentira, lo intuía. Aquellos ojos no la engañaban, eran idénticos a los de Michael Barnes, su hijo.

—¿Que no lo sabes?, ¿que no lo sabes? Mira esto y dime qué clase de hechizo le hiciste a mi hijo para que acabara dejándose la vida por ti en el mar…

Barnes padre agitaba un cuaderno de tapas de piel color marrón. Gabriella no erró al imaginar que sería el diario de Michael.

Él mismo le había dicho que escribía su diario desde que era muy joven, que le gustaba plasmar su vida en el papel y releer su pasado para aprender de él y no cometer los mismos errores una y otra vez.

—Le puedo asegurar que yo no tengo culpa de que su hijo decidiera embarcarse, ni tampoco de los sentimientos que él pudiera albergar hacia mí cuando soy una mujer casada.

—Permítame que discrepe con eso de que eres una mujer casada, en todo caso, eres viuda. El mar se tragó a mi hijo, pero no todo fue malo, porque también lo hizo con tu esposo.

—¿De qué está hablando? —preguntó Gabriella con el corazón a punto de salírsele del pecho.

—De que ya no eres una mujer casada, pues tu esposo, ese asqueroso escocés, está muerto.

—No puede ser cierto. Miente —replicó ella dando un paso al frente y ya sin un ápice de disimulo en su tono, que esta vez rezumaba hostilidad.

Los ingleses de casaca roja que acompañaban a Barnes padre desenvainaron sendas espadas y apuntaron con sus filos a Gabriella.

—Tranquilos, muchachos. No representa un peligro para mí, solo es una mujer —dijo Barnes con desprecio.

—No la subestimes, viejo amigo —intervino de pronto Rory, que se acercaba a su señora y a Barnes, empuñando su espada.

Los soldados se pusieron de nuevo en guardia y Barnes los tranquilizó, haciéndoles ver que aquel anciano armado tampoco representaba riesgo alguno para él.

—¿Qué veo?, el mismísimo Gun Stad en persona. Aunque poco queda ya de aquel fiero guerrero del pasado, ¿cierto, viejo? —se mofó Barnes padre.

—Tampoco queda mucho del hombre que consiguió poder a cambio de pisar la cabeza de su propia familia —soltó Rory con un tono de inquina que jamás había visto ni su propia esposa.

Morna y Megan observaban la escena y no perdían detalle. Bonnie se había escondido, las casacas rojas la aterraban.

—Cuando la familia de tu esposa, que no la tuya, proviene de las cloacas, es mejor llenarlas de agua y que se ahoguen, ¿no crees? Le hice un favor a mi esposa, que en gloria esté.

Rory negó con la cabeza.

—La pobre Marian bastante sufrió, se tendría que haber muerto antes de enamorarse de alguien como tú… Decidiste arrancarla de sus raíces y acabar con los suyos de la peor manera. Por suerte, no pudiste eliminarlos a todos y siempre habrá alguien que te recuerde que te casaste con una escocesa y que tus hijos, por mucho que te pese, son medio escoceses.

Morna entrecerró los ojos, no entendía nada.

—Cállate, viejo chiflado —masculló Barnes desenvainando su espada.

Rory supo desde el primer día que Michael Barnes puso los pies en Urquhart de quien era hijo. En un principio pensó que él no tenía la culpa de los pecados de su padre, pero más tarde vio que era una copia idéntica de este.

Creyó que sería una visita aislada, mas cuando vio el interés del hijo de su hermana Marian por Gabriella, pensó que la historia se repetía y rezó para que su sobrino partiera y nunca más volviera a Urquhart.

Además del apellido, aquellos endemoniados ojos no le pasaron inadvertidos al viejo Rory. Lo que nunca imaginó fue que volvería a tener enfrente a Linus Barnes.

La inquina que le tenía por la vida tan desgraciada que le había dado a su hermana, alejándola de su familia y, posteriormente, inventando falacias sobre ellos y haciendo que fueran ejecutados, le pesaba a Rory como una Losa.

Jamás había dicho nada, conoció a Morna cuando habían pasado muchos años de ello y decidió no desenterrar sus traumáticos recuerdos.

Rory se salvó de milagro, ese día había salido de caza con unos amigos, y al volver se encontró con que se habían llevado a sus padres y a su hermano mayor.

No pudo hacer nada por ayudarlos, y los tres fueron colgados por ser supuestamente unos

jacobitas revolucionarios que planeaban atacar a la corona. Absurdo no, lo siguiente.

Por ello, Rory se convirtió en Gun Stad, el guerrero más temido de los ingleses en sus buenos tiempos, y la peor pesadilla de su cuñado.

—Ven aquí si tienes agallas, malnacido —soltó Rory con determinación.

Morna ahogó un grito. Su esposo estaba ya muy mayor para asuntos de espada y honor.

La consoló que el tal Linus parecía aún más viejo que él.

Ambos se enzarzaron en una lucha que no presagiaba nada bueno.

Con dificultad, pero todavía con brío, se movían los dos hombres espada va, espada viene.

Uno iba al suelo, se levantaba, el otro lo mismo. Hasta que Rory consiguió tener a su cuñado panza arriba, con la espada apuntándole el inmenso vientre.

—Adelante, hazlo. Ya nada me queda —intervino Linus en tono lastimero.

—No has cambiado, Linus. En cuanto te ves a punto de abandonar este mundo, te entran las penas… —dijo Rory respirando agitadamente y llevándose una mano al pecho.

Morna negó con la cabeza.

—Lo siento, siento mucho lo que le ocurrió a Marian. Mas nunca fue mi intención, yo la amaba —gimoteó Barnes.

—Lo que le ocurrió a mi hermana es que murió de pena porque su esposo no la trataba bien y la había arrancado de sus raíces. Además de haber enviado a la horca a sus padres y a uno de sus hermanos.

—Yo no hice tal cosa, jamás le hablé al rey de tus padres, todo fueron fabulaciones, inventos de ese desgraciado que bebía los vientos por ella para despertar el odio de los familiares de mi esposa hacia mí —argumentó Barnes.

—No lo nombres siquiera. Fue un gran hombre y me hubiera llenado de dicha que mi hermana se uniera en matrimonio a él. Pero se enamoró de ti y sentenció para siempre su vida.

Angus Grant había sido amigo de Rory y Marian desde que solo eran unos niños. Fue encarcelado y apaleado hasta la muerte por órdenes del mismísimo Barnes, pues los celos lo carcomían por dentro.

—Yo amaba a mi esposa, todo lo que dices es falso, Angus malmetió contra mí, lo juro por el alma de mi hijo muerto en cumplimiento de su deber —dijo Barnes con sus ojos llorosos de reptil.

—En cualquier caso, ya no importa. Todos, excepto tú, están muertos, y a ti no te creo una palabra, así que no me importará darte muerte, es más, estaré encantado de hacerlo.

—Rory —susurró Morna—, no lo hagas, no te manches las manos.

Rory cruzó la mirada con la de su esposa. Sabía que hasta ese instante no habían intervenido los soldados que acompañaban a Linus porque él mismo había dado órdenes de que así fuera, si bien, en el momento que él intentara darle muerte a su rival, caerían sobre él y lo matarían. No, aquello era poco menos que una locura.

Él le dedicó una bonita sonrisa a su esposa y retiró la espada del vientre de Linus.

De pronto, un gran estruendo rompió el silencio y uno de los soldados que acompañaban a Barnes cayó al suelo.

Los otros miraron hacia arriba, poniéndose alerta por si les atacaban y les disparaban a ellos también. Linus se levantó ayudado por uno de los tres hombres que quedaban.

—¡Ahí arriba, atrapadla! —dos soldados se metieron en la torre con celeridad, buscaban a la autora del disparo, que no era otra que Bonnie.

Todos estaban tan distraídos con el incidente, que no se percataron de que Barnes se abalanzaba puñal en mano sobre el glorioso guerrero Gun Stad.

54

El camino desde donde los había dejado el pesquero, en Mallaig, hasta Urquhart era todavía largo, quedaban varias jornadas a pie. Douglas y los demás estaban ya muy cansados, llevaban muchas semanas de privaciones que les pasaban factura absolutamente a todos.

Incluso Douglas, que siempre había sido un hombre corpulento y musculado por naturaleza, sufría los estragos de aquel viaje sin fin.

Delgado, con la nariz afilada y una barba que cada día se veía más larga y poblada, estaba irreconocible.

Avanzaban con sigilo y se ocultaban cada vez que escuchaban cascos de caballos.

Hacía frío y ellos no llevaban ropa suficiente para hacer frente a las noches al raso y a la lluvia fría que calaba sus huesos. Pero ahí seguían, paso a paso, sin detenerse más que para reponer fuerzas y comer lo que podían.

Eran conscientes de que volver a Escocia no había sido una buena idea, sin embargo, no querían comenzar una nueva vida sin que los suyos supieran que estaban vivos, y en cuanto pisaran sus respectivos hogares, ya pensarían qué hacer para no ser apresados por los ingleses.

Caminaban por un bosque espeso y oscuro, mientras charlaban de lo que harían al llegar a casa. Andrew era el más entusiasmado, había conocido a una joven por la que bebía los vientos y parte de las tempestades y no dejaba de hablar del cabello de Agnes, el rostro angelical de Agnes, las manos de Agnes. Los andares delicados de Agnes, lo que haría cuando volviera a ver a Agnes… Agnes, Agnes y Agnes.

De pronto, uno de los hombres cayó al suelo a plomo. Douglas lo miró aterrado cuando vio que el joven, que un momento antes se reía del soliloquio de Andrew, yacía bocabajo, con una flecha clavada en la espalda.

—¡¡Nos atacan!! —exclamó antes de correr a ocultarse tras unos matorrales.

Lewis lo alcanzó y le habló bajito:

—Por cómo ha entrado la flecha en la espalda de Cail, el atacante o atacantes están en las copas de los árboles. Será muy difícil que no nos vean.

Sloan se unió a la pareja.

—Me ha parecido ver a alguien ahí arriba —dijo señalando un árbol alto en cuya copa parecía haber una especie de cabaña de madera.

—No creo que sean maleantes, esperad —soltó Lewis antes de salir de su escondite y

dirigirse al autor del flechazo—: No queremos hacerle daño, somos hombres de paz y nuestro único cometido es volver a casa.

Silencio…

—Lo matarán por inconsciente —susurró Sloan.

Douglas negó con la cabeza.

De pronto, un rostro cubierto con una tela oscura enrollada, del que solo se entreveían unos ojos, espetó:

—Váyanse, este es mi territorio y mataré a todo el que ose pisarlo sin mi consentimiento.

Sloan frunció el ceño, ¿no era acaso una voz femenina con pretensiones de ser masculina?

Douglas pensó lo mismo y ambos se encogieron de hombros.

—No queremos hacerte daño, muchacho —intervino Lewis alzando las manos en señal de rendición.

A Douglas y a Sloan les entró la risa, parecía que Lewis no se había dado cuenta que no era un hombre ni un chico a quien se enfrentaban. Sin embargo, por experiencia, sabían que nunca…, nunca se podía subestimar a una mujer, y menos si tenía una puntería de lo más certera y temeraria.

De pronto, un pequeño impacto en la pierna de Lewis lo hizo agacharse para ver a qué se debía. Lo que vio lo dejó estupefacto. Había un niño pequeño, de unos cuatro o cinco años, que sostenía un arquito con una flecha de madera sin una punta que pudiera dañar.

—¡Gilmer, aléjate de ahí! —ordenó la mujer de cara cubierta, ya sin disimular su voz femenina. Segundos más tarde descendió del árbol por una soga que ella misma lanzó y se acercó al niño, que tomó en brazos con decisión.

—¿Qué hacen aquí?, no es un lugar seguro si no se conoce en profundidad —dijo la muchacha mostrando su rostro.

Douglas frunció el ceño y se levantó, mientras Sloan ya se acercaba a la mujer con los ojos abiertos como platos.

—Iona… —susurró tentado a pellizcarse las mejillas, pues tal parecía que estaba sumido en un sueño.

Ella desvió la mirada, mas no dijo nada.

Sloan observó al pequeño, moreno y de ojos oscuros muy parecidos a los suyos. Si no estaba sugestionándose, no dudaría un instante de que ese hijo no podía ser de otro que no fuera él. Eran dos gotas de agua cristalina.

—Somos inofensivos, solo necesitamos llegar a nuestros hogares, nada más. Sin embargo, si tiene algo que nos pueda llenar el estómago, le estaríamos enormemente agradecidos —dijo Lewis de corrido mientras su tripa rugía con saña.

Iona se rascó la cabeza y asintió.

—Un momento, les bajaré algo para que puedan comer, mi casa no soportaría el peso de

tantas personas —dijo señalando la cabaña.

El pequeño trepó por el cuerpo de su madre y se agarró a su cuello por la espalda, y ella comenzó a subir al árbol con una agilidad y una fuerza admirables.

Sloan, que pensaba que tenía derecho a saber si el pequeño Gilmer era hijo suyo, fue tras ella y trepó por el árbol con no poca dificultad.

—Este muchacho ha perdido el juicio, se caerá y se romperá la crisma —dijo Lewis mientras observaba la proeza de Montes.

Andrew se carcajeó.

—Por una mujer como esa, yo también me la rompería —dijo, socarrón.

—Serás malnacido, ¿nos has dado el día deshaciéndote en halagos hacia la bella Agnes, y ahora querrías cambiarla por la primera que se te cruza en el camino?

Una vez en el interior de la casa de Iona, Sloan miró en derredor, todo estaba limpio y ordenado, y, aunque humilde, debía reconocer que aquella cabaña era acogedora.

Gilmer se acercó a él y le tiró de los faldones de la raída casaca. Sloan lo miró con ternura y no pudo evitar alzarlo en brazos, lo que al chiquillo lo llenó de dicha y comenzó a reírse mientras Sloan giraba sobre sí mismo con el niño por encima de su cabeza.

—Madre, madre… Estoy volando —dijo el niño entre risas.

Iona, que se afanaba en preparar algo de comer para sus visitantes, se giró para ver a su hijo y dio un respingo cuando halló a Sloan jugando con este, como si se tratara de otro chiquillo travieso.

Puso los brazos en jarras y ordenó con voz firme:

—Haz el favor de bajar al niño al suelo. Y tú, Gilmer, ¿qué te dije yo de hablar y jugar con extraños?

—Mujer, no soy un extraño. Es más, creo que me debes una buena explicación…

—¿Y por qué?, no veo motivo alguno para hacerlo.

—Iona, por Dios, ¿me vas a negar que este niño es hijo mío? —inquirió Sloan con el pequeño en brazos—, cuando lo miro parece que esté viendo mi reflejo en un espejo.

—Suelta a mi hijo —espetó amenazando a Sloan con un cuchillo.

—A tu hijo…, claro, solo tuyo y nada más que tuyo —soltó Sloan mientras dejaba el niño en el suelo—. No soy una amenaza, jamás separaría a un niño de su madre si es lo que temes. Solo quiero que me dejes ser su padre.

—Padre… —masculló el niño con los ojos muy abiertos.

—Gilmer, llévales agua a nuestros visitantes —dijo ella entregándole un odre.

—¡Voy, madre! —exclamó el niño y tomó el odre de manos de Iona—. Señor, yo tengo un padre, se llama Sloan Montes y un día vendrá a verme.

Sloan abrió los ojos como platos y fulminó a Iona con la mirada.

El pequeño comenzó a descender por una escalera de soga, con peldaños hechos de troncos, que él mismo lanzó.

—Bien, ¿me vas a dar esa explicación?, hasta el niño sabe el nombre de su padre…

Iona relajó los hombros, había llegado el momento que tanto había temido, a la vez que deseado.

—Cuando me fui de tu casa estaba embarazada, pero no lo sabía. Pensé que no querrías volver a verme y decidí criar a nuestro hijo yo sola, nada más —argumentó Iona en un tono todavía desconfiado y bañado de hostilidad.

—Jamás te hubiera rechazado, Iona. Menos aún a sabiendas de que íbamos a ser padres. ¿Cómo has podido ocultármelo?, ¿cómo?

»He sido un alma en pena durante todos estos años, mi vida no tenía sentido sin ti, y ahora me encuentro con que me has ocultado deliberadamente que tengo un hijo, un hijo, Iona…

—Lo siento —susurró ella, encogiéndose de hombros.

Mentía y lo sabía muy bien. Semanas después de marcharse de la humilde casa que había compartido con Sloan, volvió a llamar a su puerta, pero allí ya no había nadie, y por mucho que intentó dar con él, no lo consiguió. Así que, sola, con el temor de aparecer ante los suyos preñada, decidió seguir con su vida y luchar por ese pequeño que venía en camino. Pequeño que, sin haber visto todavía ningún amanecer, ya había llenado sus días de dicha y alegría.

Y ahora él, como invocado por el mismísimo diablo, aparecía cuando ya había aprendido a vivir sola con su hijo y ya no esperaba volver a verlo.

Sloan se acercó a ella con cuidado. Iona no se movió un ápice. Acarició su rostro, ya no tan aniñado, y besó sus labios con dulzura. Ella cerró los ojos.

—Me moría sin ti, Sloan. Lo siento mucho, siento haber sido una inconsciente. Siento haberte privado de la dicha de disfrutar de tu hijo. Siento haber convertido tu vida en miserable. Lo siento mucho. —Las lágrimas afloraron de los ojos de la muchacha.

Él las secó con sus pulgares mientras clavaba su mirada en la de su amada Iona.

—Déjame solucionar eso, mi amor. Déjame quedarme contigo y con nuestro hijo. Te lo ruego…

Iona respiró profundamente y dejó caer sus hombros.

De pronto, Gilmer apareció en la cabaña. Risueño y divertido, dijo:

—Los visitantes me han enseñado sus espadas. Yo quiero aprender a luchar con una espada, madre. ¿Me harás una para mí?

Iona sonrió y clavó sus ojos en los de Sloan. Con determinación, sentenció:

—Quizá tu padre pueda hacértela. ¿A qué sí, Sloan?

El rostro moreno y atractivo de Sloan se iluminó, y Gilmer esbozó la sonrisa más hermosa que jamás había visto el hombre.

—Claro que sí, hijo mío, te haré una hermosa espada, te aseguro que con ella podrás vencer a todos tus adversarios.

El niño se echó en los brazos de Sloan.

—Padre… Padre.

Iona no pudo evitar emocionarse.

—Anda, ven aquí, guerrera mía —dijo Sloan exponiéndose ante Iona.

Los tres se fundieron en un abrazo, un abrazo que susurró al oído de Sloan que ya estaba en casa.

55

No todos los seres humanos son buenos, los hay provistos de una maldad aberrante, y Linus Barnes era uno de ellos. Por suerte, hay hombres que un día fueron valerosos, hombres que tuvieron que lidiar con la maldad hacia los suyos y la aprovecharon para hacer el bien. Y Rory era un buen hombre, pero también un gran guerrero, por ello fue capaz de esquivar el ataque de su adversario y hacerlo morder el polvo del patio de armas de Urquhart.

La pobre Bonnie no tuvo tanta suerte, pues en cuanto vio que dos ingleses se aproximaban a ella cual panteras a punto de caer sobre su presa, se lanzó por una de las ventanas de la torre del castillo.

Cayó muy cerca de Linus y este frunció el ceño, confundido.

La sangre brotó de manera abrupta de la boca de Bonnie, que murió prácticamente en el acto.

La muchacha había confundido a uno de los ingleses que acompañaban a Barnes con el que la violó tiempo atrás, como solía suceder cada vez que cualquier hombre ataviado con una casaca roja cruzaba los muros de Urquhart. Semanas antes había hallado un arma en el despacho de Douglas y se la guardó en el mandil. Desde entonces la llevaba siempre encima, hasta que el miedo la hizo actuar, quitándole la vida a un hombre inocente, cuyo único pecado había sido ser inglés y tener ideas contrarias a los escoceses, también algo de aversión hacia ellos. Mas nunca había violentado a fémina alguna.

Barnes se levantó y, derrotado, escupió en el suelo antes de soltar:

—¡Esto no quedará así!

Los ingleses abandonaron Urquhart, llevándose al soldado muerto.

Una vez solos, Gabriella se derrumbó.

—No puede ser, no puede estar muerto, él no, él no…

Gabriella había pasado ya por demasiado, era una mujer fuerte y valiente, cuyo sufrimiento llevaba oculto en el corazón, agazapado, a la espera de despertar y acabar con ella, y eso fue lo que ocurrió aquel día, que no pudo más y cayó en una especie de fiebre llamada pena.

Fueron días largos, en el que los habitantes del castillo en ruinas temieron lo peor. Pues Gabriella ni siquiera era capaz de atender a su bebé.

Sus días se sumieron en un agujero negro sin fondo, agujero del que Morna y Megan intentaron sacarla sin suerte.

Hicieron venir a una curandera, que les dio un mal pronóstico de inmediato. «Tiene la muerte en la mirada, será mejor que se preparen para lo peor». Sin embargo, Morna se resistía a que su señora/niña se le fuera en sus propias narices, no sin atiborrarla de caldos que ella rechazaba deliberadamente.

—¡Te vas a morir, insensata!, come de una maldita vez —la reprendía Morna.

—No puede estar muerto, Morna. Es imposible —susurraba ella antes de sumergirse de nuevo en las tinieblas.

Rory fue a buscar al doctor Mackenzie, quien al arribar a Urquhart y ver en qué estado se encontraba Gabriella, puso el grito en el cielo.

—¿Se puede saber por qué nadie me ha avisado antes? —espetó furioso.

—¿Está muy grave, doctor? —interrogó Morna, sin responder al médico su pregunta, con una punzada de remordimiento por haber pensado que aquello podía arreglarlo la curandera.

—Esta mujer se está muriendo, no sé en qué estaban pensando para no haberme avisado antes —masculló mientras abría su maletín de médico.

—¿Pero se puede morir de pena? —inquirió Morna con genuina preocupación.

MacKenzie rodó los ojos.

—Haga el favor de traerme al niño —ordenó el doctor.

—Al niño, ¿por qué?, lo alimenta de milagro. Apenas se ocupa de él —replicó Morna.

—Haga lo que le digo y no me replique, demonios —gruñó el doctor.

Morna salió de la estancia y se dirigió a la cocina, donde Megan trataba de hacer comer al pequeño un poco de manzana que había chafado con un tenedor.

Un par de minutos después apareció con el bebé en brazos.

—Déselo a su madre —ordenó el doctor.

Morna negó con la cabeza.

—¿Y si no es pena y es una enfermedad contagiosa? —preguntó el ama de llaves aferrándose al niño como si la vida le fuera en ello.

—Déjese de estupideces y ponga el niño en brazos de su madre.

Morna obedeció y puso a Ulan sobre Gabriella, que se hallaba sentada en la cama, tapada hasta la cintura, con la mirada perdida en el vacío.

—Gabriella, el niño ya ha perdido a su padre, no lo dejes también tú. Él necesita amor, y estoy seguro de que te hará mucho bien tenerlo a tu lado —dijo el hombre como si le hablara a una niña pequeña.

Gabriella miró a Ulan como si fuera un desconocido para ella.

—Douglas, Douglas, no puede ser, él no puede estar muerto —gimoteó de nuevo.

—Gabriella, vuelve con tu hijo, si no lo haces se quedará solo, ¿qué será de él entonces?

El pequeño comenzó a llorar con fuerza y Gabriella lo observó con temor. Morna se llevó la mano a la boca, esperaba que su señora rechazara al niño, que pidiera que se lo llevaran como

había hecho poco después de que enterraran a la pobre Bonnie.

Sin embargo, Gabriella acunó a su bebé en los brazos y comenzó a entonar una vieja canción de cuna en español.

El doctor Mackenzie y Morna se miraron complacidos. Gabriella había vuelto.

56

Había penado demasiado y decidió, a la mañana siguiente de la visita del doctor Mackenzie, seguir con su vida. No iba a ser fácil, el mar se había quedado con el cuerpo de su esposo y no tenía lápida en la que llorarle. Pensó en hacerle un funeral, aunque fuera simbólico, si bien, luego rechazó la idea, sería dar por sentado que Douglas estaba muerto y en ella había cierto desasosiego que le indicaba que poner su nombre en una sepultura sería un error enorme.

Así que decidió ir a la orilla del lago todos los días a hablar con Douglas. Y podía parecer que había perdido el juicio, pero ella no lo pensaba así. El lago Ness era el lugar favorito del que había sido su esposo durante los últimos años y sentía que allí podía conectar con su alma.

—Tendrías que ver a nuestro pequeño, amor. El destino ha hecho que cada día se parezca más a ti. Es tan hermoso, y está fuerte como un roble. Morna se ocupa de que coma y coma, tengo que reprenderla, a este paso, nuestro hijo acabará como un lechón.

»Te echo de menos, ha sido demasiado tiempo sin ti. Incluso creí morir, y no, aquí estoy. De alguna forma me he dado cuenta de que de amor no se muere, aunque la herida que deja nunca sane. Al menos es lo que pienso ahora, no sé qué me deparará el paso del tiempo, o si encontraré de nuevo el amor. De momento, no estoy por la labor, todavía siento mis dedos escribir sobre tu piel. ¿Te acuerdas de aquel mensaje?, hace tanto tiempo y, sin embargo, siento que todavía las yemas de mis dedos queman en contacto con tu torso desnudo.

—Mis dedos guardan el secreto de tu amor —escuchó Gabriella, y todos los vellos de su cuerpo se erizaron.

De pronto, unas manos fuertes se posaron sobre sus hombros.

—Dios mío, no puede ser cierto, eres tú, eres tú, mi amor —dijo entre sollozos mientras sentía en sus hombros las manos cálidas que tanto había añorado—. Tiene que ser un sueño, no puede ser real, déjame verte, necesito sentirte —susurró antes de que él descendiera por sus brazos, acariciándoselos, y la tomara por una mano para voltearla.

Era él, eran sus ojos, no había duda, lo tenía ahí delante y pestañeó varias veces para ver si no era una alucinación producida por el anhelo de volver a verlo, mas no lo era. Ante ella, visiblemente desmejorado, con una barba horrible y un aspecto aún peor, estaba Douglas Grant en persona.

—¿Descifré el mensaje? —preguntó antes de enmarcar su rostro con dulzura.

—A la perfección…

—Ese mensaje me ha mantenido vivo, mi amor, así que abrázame, no dejes que yo mismo piense que no soy más que un alma errante que vuelve a casa sin saber que hace ya mucho tiempo que murió.

Gabriella se abalanzó sobre lo que quedaba de Douglas y ambos se fundieron en un anhelado beso, que pasó de lo dulce al picante y afloró en pasión.

—Sabía que no podía ser, que estabas vivo, que te sentía, que me pensabas igual que yo a ti —dijo Gabriella emocionada.

—Siempre te pensé, mi amor, ni un solo minuto dejé de hacerlo. Eso sí, tendrás que explicarme que era eso de que con el tiempo quizá te abrieras de nuevo al amor —soltó de pronto divertido.

—Pues parece que ha dado resultado, estás aquí —Gabriella rio y Douglas se unió a ella.

Por fin, después de tanto tiempo, de tantas lunas y mareas, nuestros protagonistas estaban juntos, y no solo ellos, cuando el llanto de Ulan, que permanecía hasta escasos momentos dormido en su cestita, los sorprendió, Douglas no pudo menos que buscarlo con la mirada, expectante.

Gabriella lo tomó de la mano y ambos se acercaron a la cesta. Ella cogió al bebé en brazos, intentó calmarlo e hizo amago de entregárselo a su esposo, que nervioso, no supo qué hacer.

—Estoy muy sucio y no sé cómo cogerlo, es tan pequeño que temo dañarlo —balbució.

—Tranquilo, no tengas miedo, ya es todo un hombrecito.

Douglas tomó a Ulan en sus brazos y sintió en su pecho el impacto de una flecha mucho más certera que todas las que él había disparado con su arco en sus treinta y dos años de vida, el amor hacia su hijo, que abrió una brecha enorme en su corazón. Fue entonces y no antes cuando comprendió que nunca más estaría solo.

Epílogo

Urquhart no volvió a recobrar su viejo esplendor. Es más, el abandono lo hizo deteriorarse con rapidez, en una época en la que las ruinas poco importaban. Todos, los Grant, los MacKay y hasta Andrew y su familia, decidieron alejarse de Escocia por un tiempo, que se convirtió en una vida entera.

Durante su travesía por España, Douglas halló un lugar en el que pensó que podía comenzar una nueva vida con los suyos, un lugar de verdor inigualable y sabor a mar. Galicia, donde podían embriagarse de la música de las gaitas sin tener que desafiar a los que habían cortado los lazos que les unían a sus tradiciones, un mediodía de abril de 1746.

El viaje fue duro y pasaron unos meses en los que rezaron para no ser visitados por sus enemigos de casaca roja en Urquhart, hasta que decidieron que partir era lo mejor.

Morna y Rory no quisieron acompañarlos y se quedaron en el que había sido su hogar durante media vida. Pero el tiempo pasó y ambos pasaron a mejor vida… Juntos.

Uno de sus hijos los encontró en el lecho conyugal abrazados y todavía calientes, aunque muertos. ¿Qué fue lo que ocurrió?, nadie lo supo jamás, pero yo sé el secreto y os lo voy a contar. Morna se puso muy enferma y poco a poco se fue apagando. Una mañana se despidió de Rory, le dijo que debía irse, que este mundo le había dado todo lo que necesitaba, y que se llevaba al cielo mucho, pero muchísimo amor. Rory, bastante más anciano, tuvo la gentileza de decirle: «pues yo me voy contigo, ¿qué voy a hacer yo aquí solo?». Cerró los ojos y decidió morirse. Ya es casualidad que así fuera. Bueno, quizá ciertas hierbas que el buen hombre tuvo a bien ingerir ayudaron un poco a ello.

Iona y Sloan se trasladaron a un hogar en tierra firme, pues él no estaba hecho a la vida en las copas de los árboles y pronto empezó a acusar una especie de mal de altura, o puede que lo fingiera. En cualquier caso, ellos y su pequeño empezaron una nueva vida en Inverness, en una pequeña granja que adquirió Sloan con los ahorros de todo el tiempo que había trabajado y vivido en casa del abogado Brown.

Pero volviendo al tema que nos ocupa, nuestra encantadora pareja, Douglas y Gabriella fueron felices en tierras españolas, en esa época en la que la guerra del Asiento, que se libraba en las islas caribeñas, y que tenía como protagonistas a ingleses y españoles, llegaba a su fin.

Se convirtieron en guardeses de un pazo, y, con el tiempo, asociados con los MacKay, fue su propia granja la que explotaron, con vacas que no tenían el pelo largo como las de su patria, pero no por ello eran menos provechosas.

Dos hijos más llenaron su vida de gozo, un niño de nombre Gabriel, una niña que llamaron Emily, como la madre de Douglas.

El tiempo transcurrió como la brisa, fresca y renovadora. Porque cuando todo va bien, el tiempo pasa rápido, como un suspiro, y no hay maldiciones familiares ni viejas creencias que lo detengan.

Sus cabelleras se encanecieron y sus cuerpos dejaron de ser tan altos, para hacerse más pequeños y encorvados. Aun así, Gabriella y Douglas se amaron sin pensar un día en lo contrario. De vez en cuando, mientras paseaban por la playa, recordaban Urquhart, y la forma tan extraña en que el destino tuvo a bien unirlos.

Entonces se besaban y se decían bajito unas palabras que un día fueron escritas sobre su piel: «Te amo».

NOTA DE AUTORA

Querido lector / a:

Espero que hayas disfrutado de esta historia. ya he perdido la cuenta de las que he escrito, pero no por ello es menos especial para mí. Además, es mi primera novela romántica pura. Suelo mezclar mis novelas de romance histórico con misterio, *thriller*, ciencia ficción, incluso con algo de fantasía y mitología. Eso es algo que me encanta, sin embargo, en esta ocasión salió algo muy diferente a lo que suelo hacer y estoy muy contenta con el resultado. Espero haber estado a la altura. En cualquier caso, agradeceré tus comentarios en Amazon, Goodreads o donde gustes, incluso, si quieres hacerme llegar tus impresiones por privado, puedes enviarme un correo electrónico a lisbethcavey@gmail.com, prometo contestar.

Con respecto a los acontecimientos narrados en esta novela, he de decir que me he basado, lógicamente, en la batalla de Culloden de 1746. Aunque he añadido detalles de cosecha propia, con el fin de darle mi toque a esta historia en cuestión.

No tengo mucho más que añadir, solo darte las gracias por convertir este sueño en realidad y hacer que cada día me sienta más orgullosa de mi trabajo, con el que disfruto de modo especial, porque es la profesión más bella del mundo.

Lisbeth Cavey

Escanea el siguiente código si quieres ver mis demás libros, seguirme en Amazon o en las redes sociales:

[1] Vacas peludas de Escocia.

[2] Raza de caballos de Escocia

[3] Antigua teoría por la que se decía que el cuerpo humano tenía cuatro humores, flema, sangre, bilis negra y bilis amarilla. Si estos humores se desestabilizaban, aparecía la enfermedad.

[4] Pequeño puñal que solían llevar oculto los escoceses en la bota o el calcetín.

[5] Que no para y es implacable.

[6] Falda escocesa